





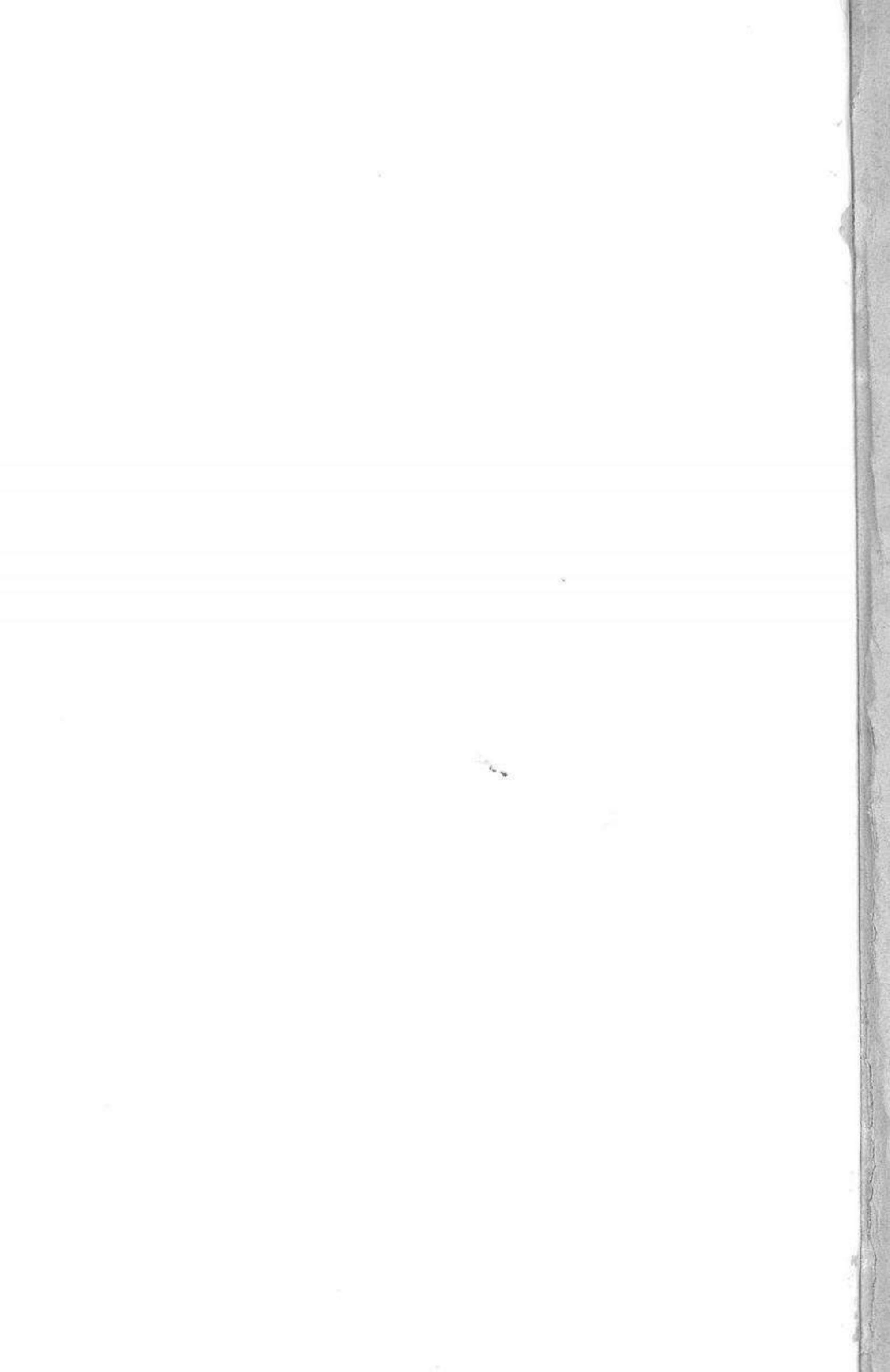
RAST

01881436230

Ast R 1877

R265056899





LIBRERIA
DE
JUAN MARTINEZ
PLAZUELA DE RIEGO
OVIEDO.



LOS ORADORES DEL ATENEO.

RAST

AST R 1877

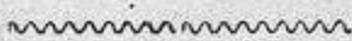
LOS
ORADORES DEL ATENEO
SEMBLANZAS

Y PERFILES CRÍTICOS

POR

ARMANDO PALACIO VALDÉS

Primer Secretario de la Sección de ciencias morales y políticas
del Ateneo de Madrid.

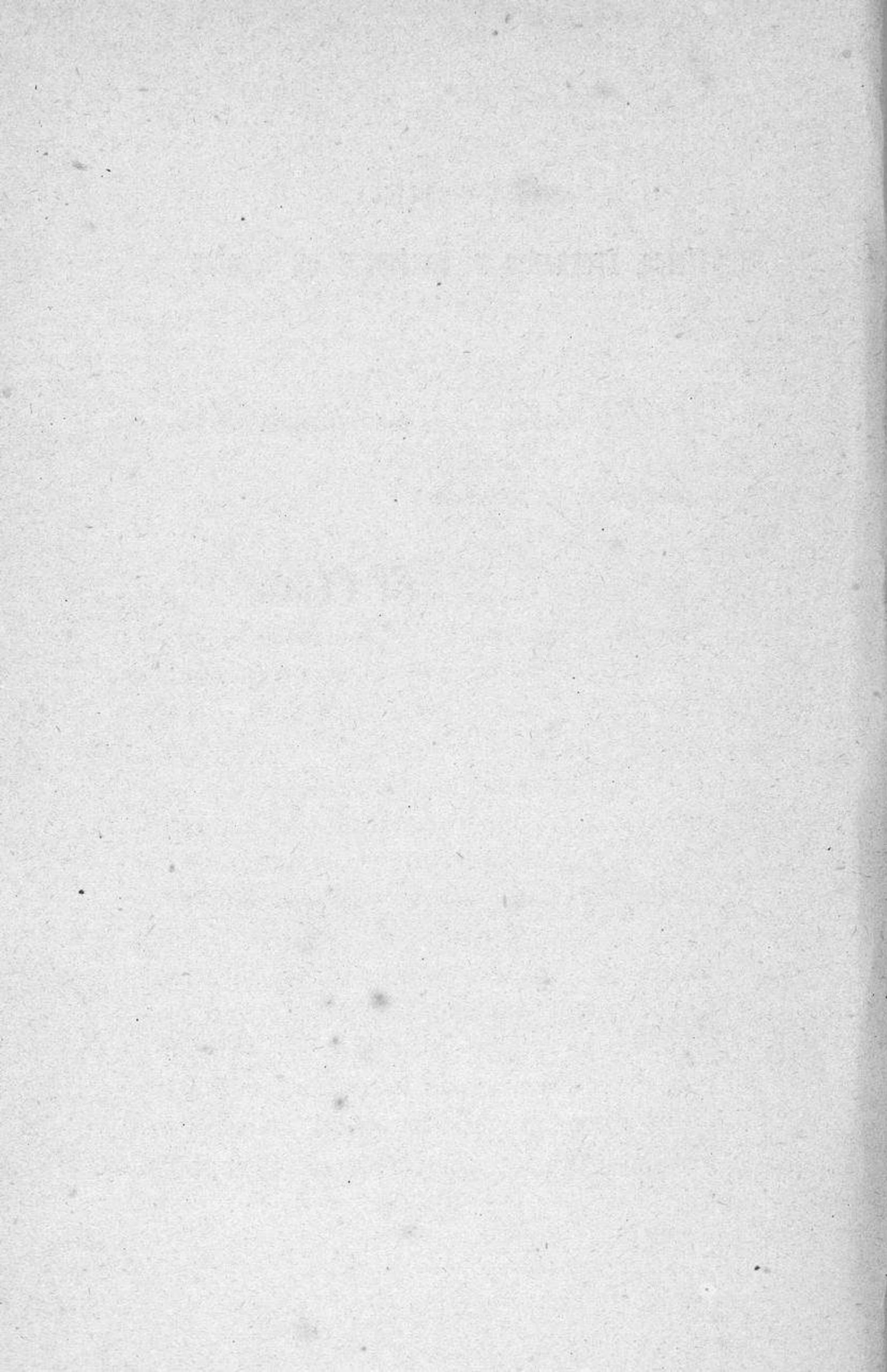


MADRID
CASA EDITORIAL DE MEDINA
AMNISTÍA, NÚM. 12

AL ATENEO
CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO DE MADRID.

*Lo dedica en testimonio de
adhesión y respeto*

El Autor.



PROEMIO.

El Ateneo científico y literario de Madrid ha manifestado en los últimos cursos una vida y animación á que no estábamos acostumbrados los que tristemente discurríamos en años anteriores por sus desiertos pasillos. Casi diariamente resuenan las acaloradas voces de sus oradores por los ámbitos del espacioso, aunque irregular salón consagrado á la cátedra, y transformado ahora en candente arena de estos palenques científicos. La discusión no queda encerrada tampoco en el ceremonial de las formas académicas, sino que, desencadenada y movida por los huracanes de la pasión, sale á los pasillos consiguiendo arrebatarse los cerebros de aquellos que, por carecer de facundia ó

por modestia, no terciaban en el público certámen. En privado, así como en público, líbranse formidables batallas, en las cuales se combate con todo el entusiasmo de la idea, aunque algunas veces, fuerza es decirlo, se sustituye éste por otro ménos noble, el de los bandos políticos ó el que origina las heridas del amor propio. Esparcidos aquí y allá por los divanes y butacas del establecimiento, suelen verse á última hora empolvados, deshechos, aporreados y casi sangrientos á los campeones de la noche, sorbiendo con ánsia el agua fresca, mientras alguno que otro, de pulmón más robusto, manteniéndose aún en pié frente á estos desgraciados, descarga sobre ellos con extraña ferocidad los golpes de remate. No pocas veces demandé gracia para algunos cuya inflamada pupila nos anunciaba la nube de argumentos que por su cabeza corria, sin que esta temerosa nube lograra rociar con algunas gotas sus exhaustos gaznates, y les pusiera en condiciones de revolverse contra su duro adversario.

Debátense en esta culta sociedad los más árduos é interesantes problemas de la ciencia; pero obsérvase el, á primera vista, extraño fenómeno, de que todas sus discusio-

nes, previamente anunciadas en un tema concreto, vienen precipitadamente á parar en puro asunto teológico ó político. Fuertemente impresionado por estas singulares corrientes que en breve plazo conducen siempre el tema á su disolucion, traté de inquirir la causa, y no cifrando gran confianza en el dictámen de mi pobre razon, busqué el parecer de los más doctos. La mayoría se inclinó á creer noblemente, que la trascendencia de tales temas, la irresistible atraccion que ejercen sobre el espíritu en estos críticos tiempos y su actualidad, sobre todo en nuestra España, donde á la hora presente teología y política andan sobradamente confundidas, son parte bastante á explicar los extravíos de nuestro pensamiento. Los ménos y con peor intencion, quisieron ver en ello pruebas claras de nuestra insuficiencia para ahondar con profundo y delicado análisis en un determinado punto de la ciencia. Nuestros lectores optarán entre las dos contrarias teorías, aunque á mi ver no sería difícil hallar elementos de verdad en ambas.

Lo cierto de todo es, como digo, que las discusiones marchan en completo y general des-

órden. Cada cual, sin preocuparse para nada del tema discutido, verdadero náufrago en estas borrascosas sesiones, teje como puede un discurso y encomienda á la Providencia la convicción de sus oyentes. Dudo que exista país en el mundo donde se hable tanto y tan bien como en España, pero seguro me encuentro de que en ninguna se recaba ménos de tanta oratoria. Consiste esto en que la forma, el aspecto artístico de la oratoria española, absorbe y avasalla su fondo científico, el cual se halla primorosamente velado, pero velado al fin, por las hermosas galas de una retórica desenfrenada.

En ningun otro país más que en España, y para encarecer á los representantes de la Nacion la conveniencia de votar un impuesto sobre el aguardiente trae el orador á cuento, flotando en un mar de rizadas ondas, las primitivas construcciones pelásgicas, el mono-teísmo de la raza semítica ó los cuadros del Correggio. Los oradores españoles no hacen obras de ciencia sino obras de arte, y como artistas deben ser juzgados. De este modo nos explicamos el deleite con que hemos asistido estos cursos á las sesiones del Ateneo, y á la par el insignificante ardor cien-

tífico que lograron despertar en nosotros. El público, artista también como los oradores, aplaude con frenesí los períodos tersos, las brillantes imágenes, la mímica fogosa; en cambio repugna el argumento recto y descarnado y el análisis detenido del asunto. Hay una derecha y hay una izquierda. Sentada la una en frente de la otra, se miran con recelosa antipatía, y tienen por costumbre aplaudir tan solo á sus respectivos oradores. Escusado será advertir que los años de las personas que en la derecha se sientan, suman bastante más que los de aquellos que tienen su asiento en la izquierda. Esto no obstante, el ardor, el entusiasmo y aun la intransigencia es igual en ambas partes.

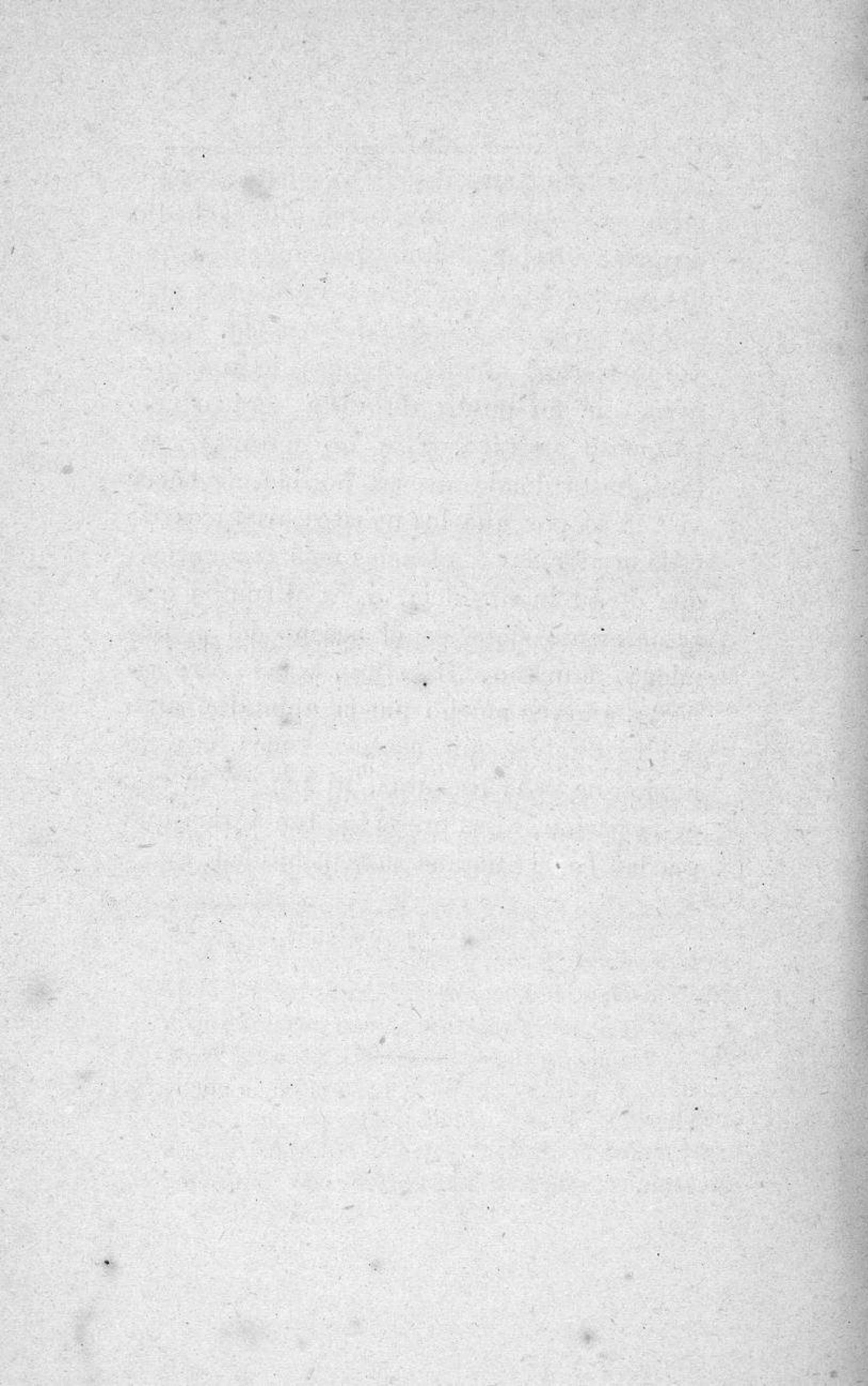
Y cuenta que esto no lo decimos á modo de censura, porque estamos bien convencidos de que estos fuegos y arrebatos salen del fondo mismo del carácter nacional, de cuyas grandezas participan muchos, de cuyos defectos y pequeñeces todos participamos. No creemos posible, según lo expuesto, que la ciencia gane mucho en las sesiones del Ateneo, donde sus más intrincadas cuestiones se discuten; pero en cambio suponemos que el arte, ese fantasma divino

que logró arrastrar siempre con predominio los deseos y las fuerzas de nuestra patria, tendrá que agradecer á este centro literario un culto desinteresado y devotísimo. En buen hora que se nos hagan ver los peligros sin cuento que la verdad corre entre tanta magnificencia y suntuosidad; por cima de todo flotarán siempre las bellezas reales que hemos sabido crear.

Nuestra oratoria recorre en toda su extension la colosal escala trazada para esta manifestacion artística. Oradores, cuya sutil ironía asuela y abrasa, tenemos, y tambien tenemos esos grandes artistas, verdaderos magos de la palabra, que en todas ocasiones saben rodearse de hermosas y nunca pensadas imágenes que encantan y ascienden el alma. El instrumento que exterioriza los vuelos de esta fantasía con su majestuosa dulzura y sonoridad, realza la obra del orador, y la coloca á la par ó por encima de los más acabados modelos del arte clásico.

Fijo en estas consideraciones, pienso mostrar en las páginas siguientes algunas observaciones sobre varios de los oradores que han terciado durante los últimos cursos en los debates del Ateneo. No aspiro á hacer

retratos, que harto difícil lo considero para mi humilde pluma. Busco tan sólo el medio de echar á volar algunos pensamientos que me ocurrieron al escuchar los discursos pronunciados en las veladas del Ateneo. Excusado parecerá añadir, despues de lo expresado, que mi punto de vista será principalmente artístico. Esto, no obstante, trataré, hasta donde me sea posible, de hacer ver, á la par que los méritos artísticos de cada orador, las tendencias más caracterizadas de su inteligencia, ó sea el rumbo que actualmente sigue en el océano del pensamiento humano. Bajo uno y bajo otro aspecto, aunque mucho pueda aplaudir, algo tendré también que censurar; mas haré de modo que estas censuras, ni tengan su raíz en la pasión, ni se presenten tan ágrías que puedan herir ninguna susceptibilidad.



DON MIGUEL SANCHEZ.

Cierta noche, y en ocasion en que el Sr. Sanchez pedía la palabra, oimos decir á nuestro lado: «Este señor cura padece una equivocacion; se dirigía á San Luis y entró distraido en el Ateneo.»

No es exacto, sin embargo, lo que el mordaz interlocutor trataba de significar. El Sr. Sanchez (ó el Padre Sanchez, que así es como más generalmente se le conoce) nada tiene de orador sagrado, si no es cierta pastosidad de voz y melifluidad de tono, y el empleo de algunas frases, como las de mansedumbre por humildad, misericordia por compasion, y otras tales que trascienden de una legua á púlpito.

Por lo demas, ¿quién podrá dudar que el Sr. Sanchez abandonó totalmente las formas arcaicas de la Cátedra Santa para aceptar con amor la nueva fase de la apologética católica? No se trata ya de hinchadas é indigestas pláticas, sembradas de místicos ejemplos donde Satanás juega por lo comun papeles de melodrama, de símiles bíblicos y latines macarrónicos, no; la moda, que todo lo invade,

como me propongo demostrar en ocasion propicia, se ha introducido por la mohosa cancela de las catedrales y ha sugerido á los defensores de la verdad católica nuevas y radicales reformas en su piadosa estrategia. La Iglesia había poseido hasta ahora santos padres, doctores y mártires; pero carecía de guerrilleros de la palabra, y los tiempos actuales se los ha suministrado.

Los modernos paladines del Catolicismo no se aperciben á la batalla, como los antiguos, demandando al cielo fuerzas en medio de fervorosas oraciones y áspera penitencia, sino que afilan su lengua en las peleas del Seminario, y adiestran su pluma en las turbulencias del periodismo candente. Los apóstoles é iluminados de otros dias, son actualmente polemistas irascibles y batalladores; los que fecundaban ántes con su preciosa sangre los campos de la religion, riegan con bilis hoy la arena del debate. Los apologistas católicos se creen en el deber de aceptar las condiciones en que hoy se les ofrece la lucha, y mantienen en tension constantemente el arco que tiene aparejado el dardo del sarcasmo ó del ultraje.

El Sr. Sanchez ha entrado de lleno en los derroteros de la nueva apologética: no pertenece á la escuela de San Anselmo y San Bernardo; pero, en cambio, es discípulo aprovechado de Luis Veuillot. Hace bastantes años que esgrime su palabra, sutil y revoltosa, en el Ateneo de Madrid, si bien ha padecido un prolongado mutismo, ocasionado, á lo que parece, por la suspicacia clerical. No merecen los honores de batallas las luchas en que interviene, porque no entra en sus miras presentar el pecho al

enemigo, pero sabe preparar con destreza una emboscada y evitar los más certeros golpes. No páramientes jamás en las doctrinas, sino en la persona que las representa, y á ella asesta desde luégo sus malignas estocadas. El Padre Sanchez entiende que la discusion es un pugilato donde el laurel de la victoria debe adjudicarse al que más aporrea á su adversario.

Es un polemista escabroso; un defensor audaz del antiguo régimen; tiene bastante nervio dentro del género especial de su oratoria, y maneja con éxito ese estilo, ora místico, ora volteriano, que por medio de intencionadas burlas é incesantes sarcasmos pretende inculcarnos el amor de Dios y del prójimo.

Cuando escuchamos las picantes alusiones, las sangrientas diatribas con que el P. Sanchez maltrata á sus adversarios políticos, nuestro pensamiento se remonta sin darnos cuenta de ello á los primeros tiempos del Cristianismo; y contemplamos la figura apacible del Redentor, y escuchamos la dulce y persuasiva voz que nos ordena amarnos los unos á los otros; y vemos tambien sobre el fuste marmóreo de una columna á aquellos ejemplares varones que salieron del mundo vivos en fuerza de mirar al cielo. ¡Oh santos Estilitas! ¡Cuántas veces se hubiera desplomado el P. Sanchez de vuestra memorable columna; él que tan fijos tiene sus ojos en la tierra!

La verdad de todo es que estos detractores irreconciliables de la revolucion, son en el fondo espíritus revolucionarios. Compárese, si no, la forma en que el Cristianismo se difundía en sus primeros tiempos con el método que hoy adoptan sus apóstoles

para esparcirlo por el orbe, y se notará con claridad la profunda revolucion que en su modo de ser y de propagarse se ha operado. Bajo este sentido, el padre Sanchez es un demagogo del apostolado, un descamisado del catolicismo; su temperamento no le llevará seguramente al desierto á vivir con raíces y frutas y á gozar de los inefables misterios de la soledad y del éxtasis, ántes bien, le arrastrará constantemente hácia el choque ruidoso y apasionado de las ideas, hácia la invectiva, hácia la sátira; es un fanático del pasado con instintos y lenguaje democráticos.

Con estos procedimientos irrespetuosos, con esta fecundidad de invectiva y esta agudeza que le caracterizan, el orador católico logra despertar en alto grado la curiosidad del auditorio. En España nada hay que nos regocije tanto como oír en la calle unos tiros ó una desvergüenza; estamos ávidos de sensaciones fuertes; la monotonía nos causa terror; queremos, en una palabra, divertirnos. Y hay que convenir en que nada más divertido que las filípicas con que el P. Sanchez flagela á los enemigos del absolutismo. No extrañe, pues, que en la sala del Ateneo se espere un discurso suyo con la risueña impaciencia con que en el teatro se aguarda en pos de un drama un sainete.

De este modo, con las armas de la ironía, con las donosuras del gracejo, con los excesos de la pasión, quiere servir nuestro orador al catolicismo sin comprender que lo rebaja al nivel de secta tumultuosa y alborotada. Esto equivale á servirse de la religion como de un estandarte bajo cuyos pliegues se lanzan al combate todos los ímpetus del sectario, todas

las genialidades del carácter y los rencores todos del espíritu. Nuestra conciencia nos dice que servir á la religion con tales armas es desnaturalizarla, y el imponerla una absurda solidaridad con el ideal absolutista es comprometerla gravemente.

No ofrece duda que en los tiempos en que vivimos, cuando las ideas chocan con estrépito en medio de una incesante discusion, y se ponen en tela de juicio las bases fundamentales del catolicismo, es no tan sólo un derecho sino tambien un deber de los creyentes el acudir con presteza á su defensa. Lo que lamentamos no es que los escritores y oradores católicos intervengan en la controversia, sino que se mezclen en los ardores y desmanes que la pasion produce siempre, quedando al mismo tiempo apartados de los altos y serios debates que ha suscitado la crítica contemporánea.

El Sr. Sanchez, á pesar de cuanto llevamos dicho, no es un orador católico á la moderna, en la acepcion más completa de la palabra. Fáltale para esto una condicion esencial, la de ser lego, jóven y bien quisto de las damas. No pertenece á esa falange inquieta de fogosos mancebos que constituyen hoy la policia de la Iglesia, y que, juzgándose intérpretes únicos de la voluntad divina, vilipendian á cuantos desconocen su autoridad en materia de fe, de costumbres y de literatura.

Su carácter sacerdotal le impide afectar ese buen tono y exquisita cortesania en la intemperancia misma que tanto brillo comunica á los apóstoles con bigote y rizada cabellera.

El paso por el seminario, segun ha hecho observar un ilustre escritor de esta época, imprime un

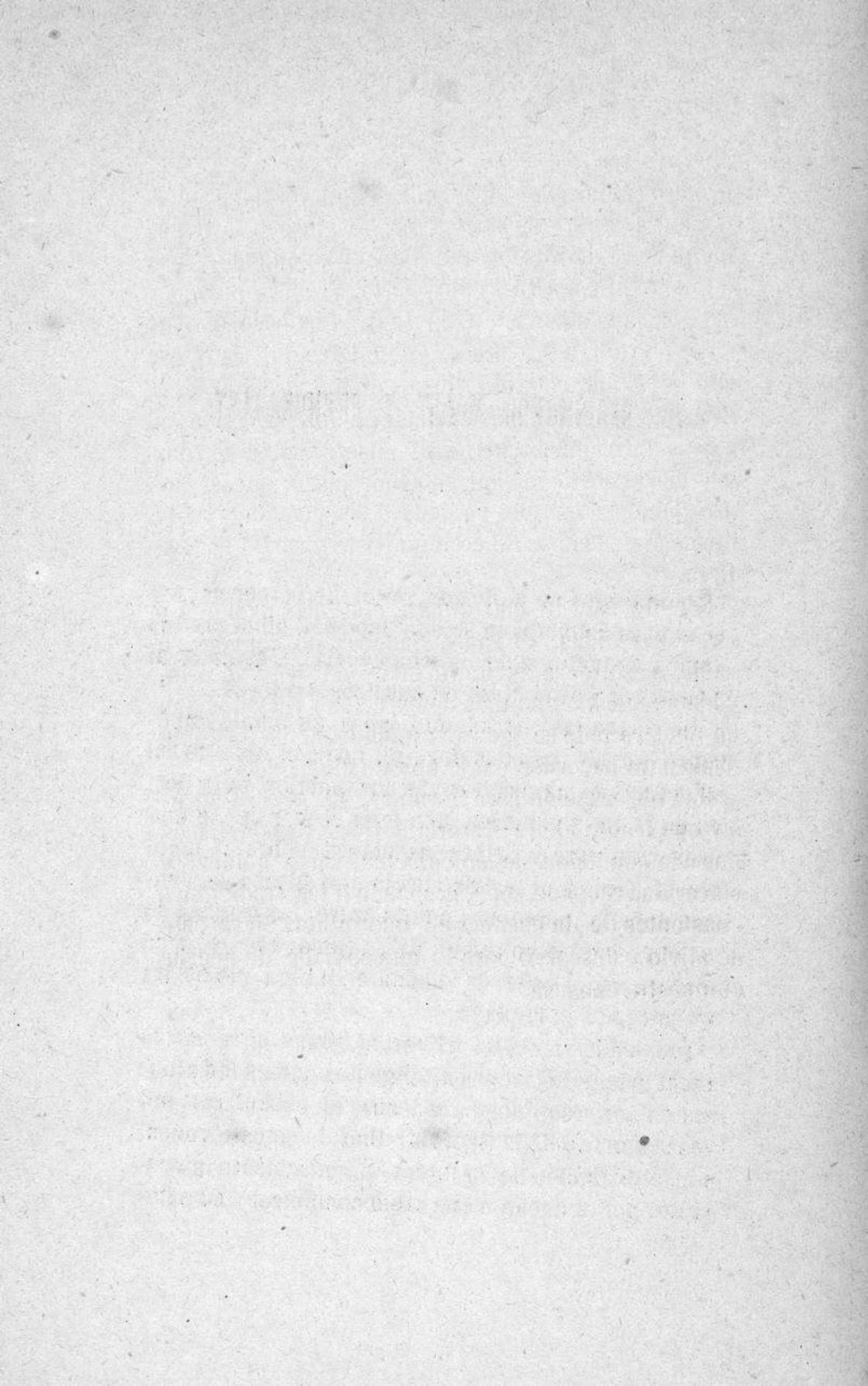
sello de tal modo indeleble, que ni el cambio más radical en las opiniones y en los hábitos alcanzan á borrarlo. Calcúlese, pues, qué claro se verá este sello en el señor Sanchez, cuando ningun cambio se ha operado, ni esperamos que se opere, en sus concepciones mundanas y extramundanas. Cuando se le ocurre discutir alguna doctrina (lo cual repetimos que rara vez acontece), saca todo el arsenal de argucias y sofismas con que le abastecieron en sus juveniles años los maestros de la escolástica. Si se le cita un hecho que perjudica á la doctrina que sustenta, lo niega; si se le demuestra, *distingue*; y cuando los distingos no bastan, replica: «...más eres tú». Manifiesta gran predileccion por la historia, pero la historia del Padre Sanchez no es historia, sino una especie de cámara oscura, muy oscura, donde todo se ve cabeza abajo. A tal ínclito varon, cuya memoria honra la humanidad desde largo tiempo, se le ve, terriblemente ataviado con cuernos y rabo, comerse los niños crudos; á tal otro bellaco que en su vida ha hecho más que picardías y ruindades, se le contempla por arte de encantamento trasformado en santo. Profesa, en cambio, una aversion casi sagrada, por lo inmensa, á la poesía. Se comprende bien. Los poetas son los profetas de nuestra edad, y el Padre Sanchez es todo lo contrario de un profeta. Tan léjos lleva nuestro orador esta aversion, que todo cuanto de malo encuentra en los discursos de sus contrarios no es más que poesía, pura poesía, como él dice afectando el más profundo desprecio. Los dedos se le tornan poetas. ¡Un dia se le ocurrió llamar poeta al Sr. Figuerola!

En lo referente á la demostracion de las ideas,

profesa este orador ideas muy singulares. La prueba de que una idea es verdadera, no consiste para él en que sea rigurosamente lógica y se imponga desde luego al espíritu como cierta. Precisa que vaya acompañada además de un texto donde se apoye, cuyo texto deberá citarse en toda regla, esto es, con la página, capítulo, libro, edicion, archivo, etc. Él así lo practica; mas oí decir en los pasillos á un sujeto (probablemente aquel mismo socio mordaz que cierta noche le llamaba señor cura), que el padre Sanchez es una verdadera especialidad en la invencion de citas. No creo que esto pase de cuchufleta.

Sea de esto lo que quiera, con tales maneras y otras parecidas, el Padre Sanchez no convence á nadie, pero logra excitar la hilaridad del auditorio, y bien conocidas son las deferencias y respetos que en nuestro país se guardan á quien se da bastante maña para hacernos pasar un rato divertido.

Una observacion para terminar. El género agresivo y picante de la oratoria del Sr. Sanchez, más que á la condicion de su carácter, cuya nobleza y sinceridad reconocemos, responde á las tradiciones constantes de la escuela en que milita. Sirva esto de alivio y descargo para lo que se halle de acerbo en nuestra censura.



D. SEGISMUNDO MORET Y PRENDERGAST.

Penetramos en el florido verjel de la poesía, en el recinto deleitable y ameno donde se albergan los genios seductores de la elocuencia. Llegamos al más suave y armonioso de nuestros oradores.

No es águila soberbia que lanza su vuelo impetuoso por las regiones del aire; no es el rayo de sol ardiente que abrasa los tiernos pétalos de la flor; no es la ola gigantesca que forja el mar en su embravecido seno y brinca espumosa sobre el inmóvil escollo; es el malvís alirojo que entona su cántico dulce y monótono, oculto entre las frondas de un tilo; es el rayo tenue de la luna que esparce sosiego por el valle; es la onda cristalina que espira sin estrépito en la playa.

¿De dónde viene? De la libertad. ¿Quién no recuerda aquel grupo de jóvenes inteligentes que en los albores de una revolución rodeaba el estandarte mil veces bendito de la libertad? Uno de estos jóvenes, por la distinción de su figura, singularmente interesante, por el encanto que sabía comunicar á su pala-

bra, siempre florida y persuasiva, arrastraba hacia sí todas las miradas y todos los entusiasmos. ¿Quién es entre nosotros el que no le ha visto subir á la tribuna acompañado de ese murmullo pasajero con que la simpatía impone silencio á la atención? Su cabeza, delicadamente bella, irradiaba inteligencia; su mirada, un poco vaga y soñadora, buscaba instintivamente la luz que entraba por el medio-punto del salón como para suplicarla que iluminase su pensamiento. Su palabra, confiada y vibrante, corría sobre los abismos temerosos de la política como un incauto niño que no percibe el peligro que le cerca.

Moret no es un orador parlamentario. Fáltale malicia, sóbrale fantasía y elevación para terciar en esas peleas nobles muchas veces, á veces también indignas, en que se agitan los intereses políticos. Carece en absoluto de esa decantada habilidad, que mejor llamaríamos astucia, con que, á guisa de ganzáa, consiguen abrir hoy nuestros políticos las puertas del alcázar gubernamental. Si ha entrado en él algún día, fué deslumbrando con el brillo de su palabra á los astutos enanos que lo guardaban. Arrojarónlo de allí más tarde explotando malignamente su candidez. Tampoco posee esa energía y firmeza que en el fragor de la lucha pone en suspensión á los contendientes, ni con fogosos arrestos tritura y despolvorea las doctrinas de sus contrarios. Es un tribuno aristocrático que sólo produce efecto entre los espíritus cultos y un tanto iniciados en los refinamientos del lenguaje. Y en verdad que este responde con solicitud tan primorosa á los soplos más leves de su pensamiento, á sus matices más des-

vaidos, como las cuerdas del arpa contestan exhalando dulces notas á la blanca mano que las hiere.

La oratoria del Sr. Moret no tiene trascendencia en el sentido de que despierte el pensamiento para nuevas y más profundas concepciones. Limitase á recoger del suelo una idea generosa para arrojar sobre ella la luz de su inteligencia y ofrecérsela adornada con todos los colores del iris y todas las magias del arte. De este modo, mejor que con profundas y sábias disquisiciones, sirve á las ideas haciéndolas amables y simpáticas para todos. Su claro pensamiento tiene la virtud de disipar las nieblas con que la malicia y el error las cubren. La libertad es la musa que iñspira todas sus oraciones: esta musa, que por capricho inexcrutable se ofrece las más de las veces á la vista de sus oradores como deidad sangrienta y vengativa, como ángel exterminador y ministro de la voluntad del pueblo destinado á dar muerte á los primogénitos del privilegio y de la fortuna, se presenta á los ojos del jóven tribuno, y á los de aquellos que la gala de su elocuencia encadena, como ángel de ventura que trae en su mano, no la tea del exterminio, sino el olivo de la paz.

¡Grande y poderoso influjo el de la elocuencia! A su poder no se allanan los peñascos ni se aplacan los irritados mares, pero hay algo que se mitiga y se aplaca más duro que los peñascos y más irritado que los mares; el corazon del hombre!

El Sr. Moret es un gran orador; pero nada más que un orador. Ha tenido la desgracia de nacer á la vida de la inteligencia en una época en que las as-

piraciones más nobles del espíritu moderno se hallaban representadas por la escuela que tomó el nombre de economista. Y digo desgracia, porque no es mucha fortuna ciertamente para nuestra juventud el que haya de percibir la luz de la ciencia siempre de reflejo y á través de los cristales que el curso de las circunstancias las interponen. En los comienzos del siglo, los jóvenes que en nuestra patria amaban la cultura y ocupaban su espíritu con los problemas que arrastra consigo, eran cándidos descreídos y reformadores ilusos. Miraban por el cristal de la Enciclopedia y no alcanzaban á ver más que negaciones en el vasto campo de la ciencia. Más tarde llegó hasta aquí la ola de la escuela economista, y arrastró consigo á la flor de nuestros pensadores que navegaron incautos sobre su turgente espalda, sin comprender á qué abismo de anarquía y egoismo nos conducían sus falaces armonías. Ultimamente la amplitud que de poco á esta parte han tomado los estudios de medicina, introdujeron aquí de soslayo la gallina del positivismo, que con tal extraña fecundidad va empollando en nuestras tierras, como se advierte por el número de pollos que en el día hacen profesion de escépticos.

Todas estas direcciones, imposible fuera negarlo, corresponden en la esfera del conocimiento á otros tantos puntos de la realidad, pero tienen la desdichada ocurrencia de aspirar al monopolio de toda ella, por lo mismo que en España van campeando sucesivamente sin mantener las luchas incesantes á que otras escuelas rivales las provocan en los demas países, y consiguen de esta suerte

hacerse insoportables y odiosas para los espíritus que buscan imparcial y seriamente la verdad.

El Sr. Moret puso al servicio del individualismo las prodigiosas aptitudes con que la Providencia le dotara, cuando el individualismo era el único pan que se ofrecía á los hambrientos de la inteligencia. Sintióse vencido por aquella serie de hermosos sofismas con que el optimismo individualista nos llevaba á la felicidad sin movernos del sitio, sin hacer otra cosa que presenciar inmóviles el desenvolvimiento de las leyes que llamaban naturales. Parodiando á la inversa la frase de Mahoma, decían: «No vayais á la felicidad; dejad que la felicidad venga á vosotros.» Y, no obstante, ninguna de las condiciones morales del Sr. Moret acusa un individualista. Un espíritu como el suyo, generoso y armónico, más apto parece para la iniciativa de algun noble y filantrópico proyecto que para la especulación fria y calculada que la antigua escuela económica imponía á sus afiliados.

Escuchad á ese orador ameno y elegante, saboread la ambrosía de su dicción, extasiaos ante ese conjunto de hermosas imágenes que surgen bullidoras al conjuro de su encantada fantasía, y sabed despues que ese orador tan delicado, ese espíritu tan poético es... un hacendista.

Sí; el Sr. Moret se ha consagrado á la ciencia financiera, ha sido su intérprete en la Universidad de Madrid y su ministro en las esferas del poder. ¡Podrá darse mayor desdicha para la poesía, quiero decir, para la Hacienda!

¿Por qué es el Sr. Moret un financiero? Preguntad á la más fragante de las flores, á la suave madre-

selva, por qué despide su*perfumado aroma entre las aguzadas espinas de una zarza; preguntad á la perla por qué oculta sus bellezas en el fondo de un molusco repugnante; preguntad por qué de un matemático profundo se forma de súbito un poeta dramático.

Arcanos y paradojas son estas con que la naturaleza nos quiere sorprender algunas veces.

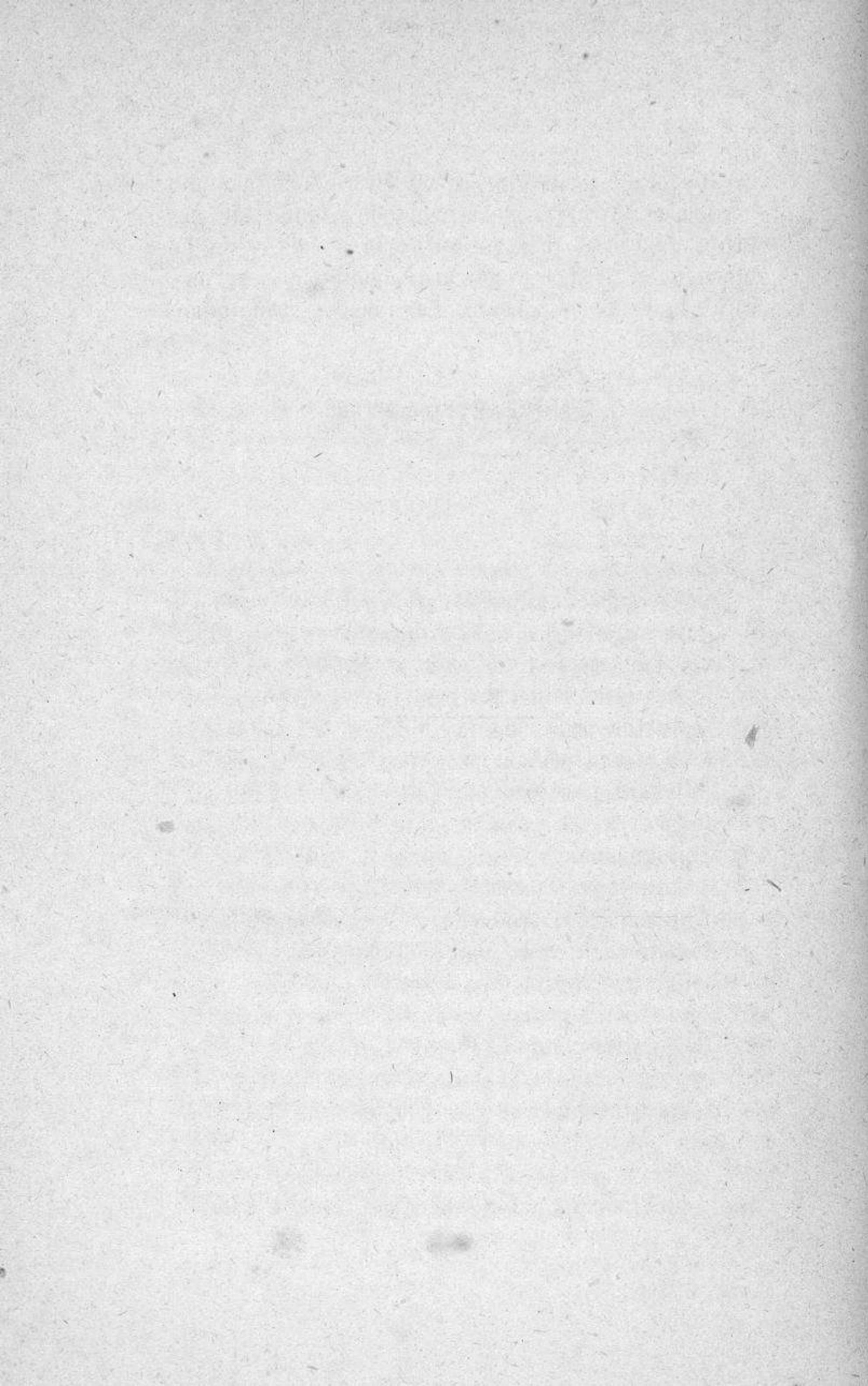
El Sr. Moret nació orador y se hizo financiero, ó lo que es lo mismo, nació rruiseñor y quiso ser gorrion. Para gorrion es demasiado fino y atildado.

Queremos, pues, al Sr. Moret rruiseñor; queremos escuchar su voz elocuente siempre que no nos hable de deuda flotante ó de emision de bonos. Queremos tambien contemplarle desempeñando en la escena de la oratoria papeles de víctima, porque su frase, siempre melódica y regalada, no se hizo para expresar los acentos ásperos y arrebatados del tribuno batallador, ni mucho ménos para engolfarse en el laberíntico juego de la ironía y la sátira.

Nada hay que nos disguste tanto como el gracejo del Sr. Moret cuando graceja. Con aquel rostro afeinado, con aquellos ojos que, áun queriendo reflejar malicia, siguen expresando la misma amable inocencia, con aquel aire soñador, con aquella voz conmovida y temblorosa que frecuentemente se anuda en la garganta, produciendo un movimiento de simpatía en el auditorio, ¿aspira el Sr. Moret á ser zumbon? ¿No comprende que el chiste que sale de su boca, suena como un suspiro?

Abandone el ilustre orador esa forma, que se hizo para almas más revueltas y tempestuosas que

la suya; no vuelva á introducirse incautamente en los matorrales de la hacienda, donde su espíritu dejará el rico vellon de la poesía y de la elocuencia, y siga el glorioso camino que su naturaleza le tiene trazado. Es nuestro respetuoso consejo.



D. CÁRLOS MARÍA PERIER.

¡Suaves ondas que besais las playas de la Italia, tibias auras que meceis los cedros del Líbano, gentiles corderillos que triscáis en la pradera, aroma de las flores, perfume de los campos, venid! Vengan los elementos todos de la bucólica, y mójese mi pluma en la rica miel de Chio y en los lagos azules de la Helvecia. No tardeis. Ved que el orador se encuentra en pié, y yo impaciente por dar comienzo á la semblanza.

La voz llega ya á nuestros oídos.

Sentados bajo la frondosa y secular encina, en esas horas ardientes del medio día en que el ruido de los humanos se apaga casi por completo y el de los insectos toma proporciones sofocantes; cuando todo dormita buscando con anhelo la sombra deleitosa, ¿no escuchasteis los errantes sonidos de la flauta? Las cadencias se prolongan de un modo indefinido, la misma frase se repite sin cesar, pero sus notas llegan unas veces puras y vibrantes, otras, cuando atraviesan por los juncos que crecen á ori-

llas del arroyo, melancólicas y vagas, estremeciendo el aire con dulzura y cerrando blandamente vuestros ojos. Os hallais dormidos, y todavía percibís los mismos sonos. Despertais, y los seguís oyendo. Despues de algun tiempo, la flauta llega á ser uno de tantos insectos y forma coro con los cantos penetrantes del grillo y la cigarra.

Trasladaos al Ateneo de Madrid, y, si no os inspira algun temor, sentaos en una de esas butacas de color de cielo—¡á tal punto es cierto que el hábito no hace al monje! (1)—El Sr. Perier se levanta y da comienzo la sinfonía. La flauta entona con dulzura una melodía delicada que regalará vuestros oidos; mas ya se viene repitiendo cinco veces, y el artista no piensa en buscar un nuevo tema. Despues de algun tiempo quedareis dormidos. Cuando abrais los ojos, las cosas se encontrarán probablemente en el mismo ser y estado, esto es, las auras que vienen de la derecha traerán á vuestros oidos la misma melodía. Acontece que el artista pretende introducir algunas variaciones en la frase; pero no me engaña, la percibo tan clara y tan distinta como si por vez primera saliera de la flauta.

El Sr. Perier es, pues, un orador, pero orador de una sola cuerda, y sobre ella nos da luengos conciertos. Orador de exordio interminable, aunque hemos de advertir que jamás empleará el conocido en la retórica con el nombre de exabrupto: se lo veda su exquisita cortesía.

Que en el horizonte de las discusiones del Ateneo

(1) Estas butacas fueron sustituidas al fin por otras, si no tan vistosas, un poco más cómodas.

¡Loado sea el señor secretario!

se deje ver un tema por fas ó por nefas relacionado con la religion, la familia ó la propiedad, y ya tienen ustedes á mi orador con verdadera comezon de acudir á la muralla de estas instituciones, para que ninguna reforma clave en ella su bandera. Quizá sea el más constante de los sitiados, pero es carabina de chispa la que empuña y sus fuegos no son mortíferos. Avezado el enemigo á contemplarlo derecho sobre el muro, le dispara saetas sin veneno, porque ni su actitud es arrogante, ni son muchas las bajas que causa.

Esfuérzase en pedir respeto y gracia para las sagradas instituciones que defiende, y no demanda la muerte y el exterminio para las que combate. Mis plácemes por ello. Poco hay tan destemplado y ponzoñoso como el lenguaje de los que toman por oficio la defensa incondicional de nuestras tradiciones. El Sr. Perier, al separarse totalmente de esta forma, merece con justicia los elogios de todas las personas sensatas é imparciales, porque en ello revela comprender que las instituciones de orden y de paz, pacífica y ordenadamente necesitan defenderse, y deja ver, además de esto, una buena fe que en vano han de alardear los que adoptan otros modos de polémica.

Muy léjos, pues, de erizarlo con argumentos de mala ley, sabe envolver con gran esmero el proyectil entre algodón y seda, barnizándolo despues bonitamente de aceites olorosos ántes de enviarlo al enemigo. Es tan manso y sosegado el juego de su palabra, que esta fluye de sus labios, como dice Homero que fluía de los del prudente Nestor, dulce cual la miel de las abejas.

Acabais de entrar en una de nuestras góticas basílicas, y es la hora en que con toda pompa se oficia ante los fieles. Los cánticos sagrados y las plegarias fervorosas adquieren resonancia en los ángulos del templo. Las flores silvestres esparcidas por todo el pavimento «ofrecen mil olores al sentido.» El incienso que arde en los pebeteros del altar suspende por algunos instantes vuestro pensamiento, y os pone en deseo de reclinar la cabeza para recibir en plácido desmayo las tristes y graves melodías del órgano. Todo es paz y sosiego. Los ruidos mundanales no quieren vibrar en aquella atmósfera seráfica.

Si oís al orador de que ahora estoy tratando, experimentaréis sensaciones muy análogas. Parece que no vive en medio de la lucha de creencias y doctrinas cuyo fragor conturba nuestros ánimos, y su oratoria es, pudiéramos decir, extramundana. En los momentos más críticos de la contienda, cuando el coraje inyecta de sangre los ojos de los héroes y la muerte cierne sus alas sobre el campo de batalla, levántase un orador con sereno continente, saca del bolsillo una encíclica romana, y da comienzo á su lectura, que impasible y tranquilo hace prolongar un buen lapso de tiempo. ¡Quién lo diría! Esta lectura es la lluvia copiosa y refrescante que apaga los ardores de la tierra. En adelante, los oradores se levantan á hablar entumecidos, y la sesión figura padecer de reumatismos.

Sigamos con el agua. No escuchais los ruidos medrosos y solemnes de poderosa catarata que se despeña, sino el susurro monótono del arroyo que serpea entre yerbas aromáticas, y al cual acompaña

el no ménos triste y monótono rumor que el viento produce en los árboles. En vano anhelaís nuevas y variadas emociones. El orador, como la Naturaleza, languidece sin morir jamás. Navegamos por el mar Muerto, sin que un soplo de la brisa hinche nuestras velas.

Muchas veces me he preguntado: ¿qué actitud pensaría tomar el Sr. Perier dentro de la Convencion francesa? Despues de las enrojecidas palabras de Marat, ¿cómo sonarían sus discretas disertaciones? De aquella Montaña partían torrentes espumosos y violentos huracanes; ¿qué cefirillos tan suaves llegarían si el Sr. Perier se viera en ella!

Las distancias que de su homónimo Casimiro Perier le separan son inmensas. Aquel orador, cuya energía borrascosa tiranizaba á todas las fracciones de la Cámara, se hubiera visto en grave aprieto ante la cristiana mansedumbre de su tocayo. ¡Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra!

Para figurarse con cierta exactitud á este orador, es indispensable haber contemplado mucho tiempo un cielo siempre límpido, que si primero serena y dulcifica nuestro espíritu, luégo empezará á causarnos tedio y concluirá por abrumarnos. ¡Con qué ansia pedimos entónces á ese cielo que en sus senos profundos condense los vapores que recibe y un momento nos cubra al astro del dia! ¡Ay! en el cielo del pensamiento del Sr. Perier jamás ha estallado tempestad alguna!

La diction es correcta y el ademan sosegado; pero le falta color y animacion.

D. LAUREANO FIGUEROLA.

¿Puede aspirar el Sr. Figuerola al título de orador en la significacion harto restringida que la critica viene dando al vocablo? No debe creerse. Y, sin embargo, no he vacilado un punto para darle cabida en la serie de semblanzas que toscamente voy diseñando. Y es porque—lo confieso con mucha vergüenza—no puedo ménos de sentir marcada predileccion por los oradores que no saben hablar. Esta predileccion será tal vez genial extravagancia, pero tiene algun fundamento, por más que sea deleznable. Los oradores que disponen de una palabra fácil y brillante, así como los que la naturaleza favoreció con un estómago robusto, abusan con frecuencia de tan dichoso privilegio y padecen no pocas veces empachos ó indigestiones de grave molestia para la Asamblea que pacientemente los escucha. Suben radiantes al carro de la elocuencia, ponen de improviso su corcel al galope, y acontece que el corcel se desboca y el conductor sufre mucho aprieto. ¡Cuántos oradores he visto con la pala-

bra desbocada! ¡Cuánto angustiado Mazeppa sujeto al salvaje corcel de su elocuencia!

Hé aquí un compromiso que no puede temer el Sr. Figuerola. No dispone de una flexible y elegante carroza; su vehículo consiste en un carro de dos ruedas arrastrado por pacientes mulas; pero es lo cierto que, aun dando tumbos y giros peligrosos, siempre llega al fin de su carrera. Los obstáculos con que á la continua tropieza retardan bastante su marcha y ponen á prueba nuestra paciencia, pero así tambien contemplamos á todo sabor los fértiles campos de la erudicion por donde nos conduce.

El apremio que el Sr. Figuerola siente en la palabra, puede parecer á aquellos que ven en el orador un mero fabricante de períodos, y en la oratoria una música que sirve tan sólo para regalo del oido, defecto inexcusable; yo lo perdono de buen grado si se compensa, como en el caso presente, con una buena dosis de intencion y de ciencia.

Intencion he dicho, y ninguna palabra es más expresiva ahora. La oratoria del Sr. Figuerola es en alto grado intencionada. Acontece, no obstante, en algunas ocasiones, que la palabra va más allá de lo que su intencion había decidido llegar, lo cual se explica fácilmente teniendo en cuenta lo que há poco hemos manifestado. Los directores de orquesta que no ejercen sobre los instrumentos un absoluto dominio, suelen imprimir á su batuta movimientos que la orquesta se niega á secundar. A tales estériles movimientos llaman los músicos en su jerga *sablazos*. Pues bien, me inclino á creer que el Sr. Figuerola da muchos *sablazos* cuando habla. Sólo así puedo hallar legítima excusa para la aspereza que todo el

mundo observa en su diction cuando debate. Estoy bien seguro de que si el Sr. Figuerola discutiese siempre desde su despacho, jamás hubiera dejado escapar frases que alguna vez le han valido la fama de orador ácre ó virulento.

Y á propósito de famas, preciso es convenir en que la del Sr. Figuerola no puede excitar la envidia de nadie. Despues de haber atravesado por la region del ministerio de Hacienda, que, cual si fuese la del fuego, tiene el privilegio de carbonizar á todo el que penetra en ella, goza nuestro orador, principalmente entre la clerecía y las clases pasivas, de una popularidad que no ha dejado de estremecerme.

Se dice por los conservadores que él ha sido quien inició con sus absurdas teorías la ruina de nuestra Hacienda. No es exacto. Lo que ha iniciado y consumado el Sr. Figuerola es la ruina de los curas. En cuanto á la hacienda, nos la habíamos comido muy alegremente en tiempo de la union liberal.

Pero el Sr. Figuerola tiene además la mala suerte de aparecer como un escéptico, cuando es más bien un fanático. No hay pensador de más fe. La creencia viva y ardiente del católico más acrisolado en la verdad de sus doctrinas político-religiosas, no puede compararse á la que nuestro orador tiene en que tales doctrinas son un tejido de absurdos y patrañas. De estos irrefragables principios deduce el Sr. Figuerola una política altamente mefistofélica. Se dice con verdadero escándalo que come cura y almuerza fraile. En cambio, los curas y los frailes se han comido su reputacion.

Nada más curioso que ver cómo sale el Sr. Figue-

rola de las juntas del Ateneo despues de haber dado á beber á los señores de la derecha hiel y vinagre. Sin poner la más pequeña atencion en las malignas murmuraciones que deja en pos de sí, expresa su glacial fisonomía un dulce contento, una satisfaccion tan pura, que hace subir los vapores de la cólera al rostro de sus adversarios. Abrocha con sosiego su forrado gaban, rodea su cuello con un desmesurado tapaboca, da fuego á un cigarro y sale á la calle lanzando un reto de muerte á la pulmonía. Sonle igualmente indiferentes la lisonja ó la diatriba. Sus labios jamás dejan de plegarse con cierta siniestra sonrisa que debe helar el blando corazón de los creyentes. El Padre Sanchez se muerde la lengua cuando habla el Sr. Figuerola. Y á propósito del Padre Sanchez: séame permitido hacer presente á mis lectores el disgusto que me aflige por haber lastimado con algunas inadvertidas palabras la intachable reputacion de este orador. No ha sido mi ánimo jamás dirigir el más pequeño ataque á la digna y respetable figura del Padre Sanchez, y hago tal declaracion para contestar á los cargos que me lanza desde el *Consultor de los Párrocos*. Nadie puede dudar de lo mucho que yo admiro al Sr. Sanchez como particular y lo mucho que le respeto como presbítero ¿Juzgaría el Sr. Sanchez que esta admiracion y este respeto se han entibiado porque haya cometido el involuntario error de suponerle más aficionado á los *bisteads* de las grandes poblaciones que á las raíces y frutas del desierto? Me dice en su contestacion que no fuma. Nunca lo he afirmado. Es más; creo que obra muy cuerdamente no fumando, sobre todo si el cigarro le hace salivar en

demasía. Me dice que tampoco bebe vino. ¿Cómo no he de estar conforme con esta saludable costumbre, cuando yo mismo, con ser racionalista, lo aborrezco?

Deseo, por tanto, hacer constar que me separan del Padre Sanchez cuestiones de dogma, no de disciplina, y que no ha sido mi propósito ofender en lo más mínimo el amor que dice sentir por el ascetismo y la maceracion.

Dicho esto, vuelvo al Sr. Figuerola.

Como le han sido ocupacion continua los trabajos de erudicion histórica, y ha llevado á todos ellos un sentimiento de aversion á los excesos y monstruosidades del fanatismo religioso, los partidarios de la tradicion tienen en él un adversario implacable. Nadie como él sabe deshacer la urdimbre laboriosa de piadosas mentiras y distingos que la historia clerical ha tejido para uso de los seminarios. Restituye á los hechos su verdadero valor y llama á las cosas por su verdadero nombre, á veces, justo es decirlo, con menoscabo de las formas delicadas que aconseja la cortesía en todos casos.

El Sr. Figuerola desea con ansia el advenimiento de un siglo de mayor progreso que el nuestro, y anticipadamente acomoda á él con íntima complacencia sus actos y su lenguaje. En su cátedra de Derecho político, por donde he tenido la buena fortuna de pasar, es donde con más empeño ha ejercitado este noble juego. En cierta ocasion, despues de haber puesto en claro con mucho acierto la cuestion de los jesuitas, decía—revisitando sus palabras de una extraordinaria gravedad—á la escasa docena de imberbes alumnos que allí nos reuníamos: «Mucho sentiría, señores, que

esto lastimase las creencias de alguno; mas como en mi cátedra se encontrarán adeptos de muy distintas religiones, desde el católico romano hasta el sectario de Mahoma ó de Budha, no puedo ménos de manifestar los hechos como la historia los ofrece.» Al escuchar tales palabras, cada uno de nosotros dirigía una mirada recelosa á su vecino, esperando descubrir un musulman ó un lama. Pero nada se veía debajo de aquella levita ó cazadora que pudiera revelar á un hijo del desierto: en los ojos de mis compañeros no fulguraba el sol de los trópicos, sino el de Guadalajara ó Soria.

Como profesor y como orador académico ha mostrado siempre el Sr. Figuerola muy altas cualidades. Concibe con claridad las ideas, y del mismo tenor las expresa. No se agolpan á su cerebro introduciendo turbaciones ni desórdenes; proceden todas en correcta formacion y están dispuestas á salir á la primera señal. No hay monotonía en sus discursos, aunque arrastre bastante la dición, porque en todo tiempo y lugar su palabra es la expresion de un pensamiento vigoroso.

No me cumple juzgarle ahora como orador político; si tal fuese mi intento, recogería la multitud de picantes epigramas y sarcasmos con que sus enemigos le motejan. Probaría que el Sr. Figuerola no pincha por todas partes como el cardo, y sólo se eriza cuando se siente acometido. ¡Y el Sr. Figuerola lo ha sido tantas veces! Tantas veces ha sentido revolverse en sus entrañas el dardo conservador, que no es grande maravilla si su piel presenta muchas asperezas. ¡Son las asperezas de las cicatrices!

¡Desgraciado Sr. Figuerola! Hubo un tiempo en que tenía por enemigos á todos los contribuyentes de la Península. Desde entónces, ¡cuánto hemos contribuido! ¡Será aventurado el suponer que en el corazon de los contribuyentes—si es que á los contribuyentes les han dejado todavía el corazon—se está haciendo ya justicia al Sr. Figuerola? Conven-go en que despues de la revolucion hubiera sido de la mayor oportunidad el vivir holgadamente sin que nadie nos viniera á pedir un cuarto. ¡Pero tiene el Sr. Figuerola la culpa de haber hallado las ar-cas del Tesoro apuntaladas bajo el peso... del gran libro de la Deuda, ó de no ser un segundo Midas que al toser arrojase monedas de cinco duros (de las antiguas)? ¡Qué fácil es desconceptuar y perder al que tiene en su mano la llave de la gaveta pública, sobre todo si en esta gaveta no hay más que ra- tones!

Mas dejemos al tiempo que rehabilite el mereci- do renombre de éste y de otros vilipendiados ges- tores de los intereses públicos, y terminemos este rápido bosquejo saludando al Sr. Figuerola como uno de los más infatigables y doctos campeones que la doctrina liberal tiene en el Ateneo.

D. JUAN VALERA.

No es tarea tan fácil como á primera vista parece, trasladar al papel los rasgos salientes de un orador. Unos, como el Sr. Perier, están siempre traspuestos ó adormecidos, y es fuerza copiar su semblante con la ausencia de vida que caracteriza al sueño. Otros, de espíritu agitado y sutil, como el Sr. Valera, se niegan á estarse quietos, y con sus desordenados movimientos hacen imposible el buen desempeño de la obra.

Siento aprension inusitada al tocar con mis torpes dedos la delicada, la culta, la espiritual figura del Sr. Valera. Inútilmente trataré de imitar, haciendo su semblanza, al acreditado pintor que ha enriquecido la galería del Ateneo con su retrato. Confieso humildemente que no me siento con fuerzas para reproducir embellecida la imágen del ilustre escritor. Harto haré si consigo no empañar su mucho brillo.

Principio por suponer al Sr. Valera bastante sensato para no abrigar las pretensiones de orador

grandilocuente. Corto es el número de los que ven ceñidas sus sienes con una corona legítimamente alcanzada; más corto aún el de los que pueden soportar el peso de dos ó más. Y el renombre que el Sr. Valera tiene adquirido como escritor, brilla con luz demasiado clara para no eclipsar el de otros astros de segunda magnitud que alguna vez se dejan ver en el cielo de su gloria. El escritor y el orador se confunden en el Sr. Valera, y como las condiciones exigidas para uno y otro son muy distintas, el escritor tiene sofocado bajo su gran pesadumbre al orador. En el Sr. Castelar encontramos un ejemplo de lo contrario. El orador puede y debe ser exuberante en la frase, armonioso hasta con detrimento de la precision, siempre rico, fácil y sonoro. El prosista debe proceder con cierto rigor en el empleo de las formas métricas, y huir con tacto de las asociaciones de palabras que tienen su verdadero lugar en la oratoria. De aquí la inferioridad del Sr. Valera como orador. Posee todo el donaire, ingenio y flexibilidad de un consumado prosista, pero es necesario afirmar que no tiene la afluencia, ni la armonía, ni la fluidez que deben adornar al orador. Es un hablador delicioso á quien se escucha con más gusto en conversacion familiar que sobre la tribuna. Es el rey de los pasillos. Discurriendo en aquella atmósfera más ardiente y ménos hipócrita que la de la cátedra, no tiene rival. Allí vierte el Sr. Valera el manantial inagotable de su gracejo. Los jóvenes expresan ruidosamente su alborozo; los viejos hacen el sacrificio de su paseo; todos forman círculo en torno suyo y escuchan regocijados la palabra breve, incisiva y modulada por

un acento andaluz que se escapa como aguda saeta de los labios del ilustre novelista. Las exigencias de la tribuna le embarazan sobremanera: así que ha optado con buen acuerdo por no satisfacerlas y convertir el discurso en sabrosa plática.

Entro á hablar ahora del espíritu del Sr. Valera, que como he indicado no tiene poco de inextricable y enmarañado. Las puertas de este espíritu me causan cierto temor supersticioso como las de un alcázar encantado. Tanto pienso que hay en él de misterioso y laberíntico. Desde fuera se escuchan ruidos que unas veces semejan risas, otras lamentos.

Después que oigo hablar al Sr. Valera, no me preocupa tanto lo que ha dicho como lo que dejó por decir; de suerte que cuando ha expresado un juicio sobre alguna cuestión nunca dejo de preguntarme: ¿Qué pensará el Sr. Valera sobre esta cuestión? ¿Quién puede saberlo!

El carácter del Sr. Valera no puede reconocerse en su manera de escribir ó de hablar, porque no pertenece al número de aquellos que siguen la inspiración del momento, que obedecen á la palabra y no la gobiernan. Sólo los espíritus superficiales se abren sin inconveniente para que la mirada del observador penetre en ellos. La multitud los comprende y los aplaude; pero esta facilidad con que son comprendidos significa en último término que pagan tributo servil á la inspiración del momento, que carecen de esa plástica necesidad propia de los grandes artistas. La multitud no puede medir jamás el horizonte en que se mueven los grandes espíritus. Considérese por qué el Sr. Valera jamás

será un escritor popular. El pueblo jamás verá á través de las nieblas que flotan sobre su espíritu, jamás llegará á descifrar la charada de su carácter, jamás entenderá esos refinamientos ó *tiquis miquis* (como él los llamaría) psicológicos con que se complace en amasar sus novelas. Son muy pocas las mujeres que han podido dar fin á la lectura de su *Pepita Jimenez*. Pesada é incomprensible les parece, ó cuando más, sólo advierten en ella los rasgos vulgares con que se disfraza el pensamiento.

Sin que yo trate de escudriñar lo que pasa en el cerebro del Sr. Valera, pienso que es un espíritu engendrado por la civilizacion helénica más que un producto del movimiento cristiano. Tiene una naturaleza demasiado realista, y se entrega sobradamente á las alegrías y dulzuras de la vida, para que deje de aborrecer las tendencias ascéticas, iconocásticas y espiritualistas que caracterizan al cristiano. Ama y se penetra de todo lo que vale la existencia, y goza con esa majestad propia del que tiene conciencia de su divinidad. Tengo entendido que nuestro orador no se macera como el padre Sanchez, privándose del tabaco, del café y de otros productos ultramarinos. En cuanto á aquellos otros que el sol de Andalucía sazona y torna tan dulces, tampoco juzgo que sienta demasiado horror por ellos, recordando el último capítulo de *Pepita Jimenez*. Y no se me enoje el Sr. Valera porque no le tenga por un San Antonio, que despues de todo no tenía ni la mitad de su talento, pues á tiempo está para serlo si le place seguir sus huellas y desea ver, como la de aquel, su imágen de madera honestamente vestida con

muchos pliegues adornando bajo un fanal la celda de alguna devota y sirviendo de incentivo á sus castísimos arrobos. Nada más fácil que el Sr. Valera enderece el dia ménos pensado sus torcidos pensamientos y los incline hácia el padre Sanchez, y por el padre Sanchez consiga la bienaventuranza, desde donde tal vez un recuerdo de estas líneas me dispense la merced de un milagro que estoy necesitando hace tiempo. ¡Lástima es que el Sr. Valera no crea en los milagros! Pero, ¿qué acabo de decir? Advierto que el insigne novelista se ha ruborizado hasta las orejas y me hace señas para que calle. ¡Si soy más torpe...! ¡Qué necesidad tenía de saber la elevada sociedad donde el Sr. Valera se agita, que no cree en la eficacia del agua de Lourdes ni en la elocuencia de la burra de Balaan! El comercio con una sociedad distinguida, culta y espiritual, el trato íntimo con hermosas y aristocráticas damas que nos celebran y nos aplauden, que nos sonríen al vernos aparecer y nos estrechan dulcemente la mano al partir, merece bien que alguna vez reservemos y hasta sacrifiquemos nuestra opinion. «¡París bien vale una misa!»

Transijo, pues, con que el Sr. Valera sea un hombre de orden entre las damas, y despues de dar á luz á D. Luis de Vargas vaya á rezar con ellas novenas á San Luis Gonzaga, porque son cosas estas que nacen y mueren con el individuo; pero que tan esclarecido ingenio tenga el mal gusto de entonar loas á la Inquisicion y al fanatismo religioso del siglo XVI en plena Academia Española, le digo á usted, Sr. D. Juan, que esto me ha conturbado penosamente. Usted y el Sr. Nuñez de Arce, á quien muy

de veras aprecio, son dos sábios de primera fuerza, como diría *La Correspondencia*. Son ustedes tan eruditos, tienen tanto talento y son tan liberales, que cuando de ustedes hablo, no puedo remediarlo, se me cae la baba como si les hubiera enseñado algo. ¡Imagínese usted ahora la rabieta que habré tenido al ver la dureza con que atacaba usted al Sr. Nuñez de Arce, que es tan buena persona, para defender al bribon de Torquemada! ¡Es mucho afán de llevar la contraria!

He dicho que transigía con la devoción aristocrática del Sr. Valera porque me parece de todo punto inofensiva. Yo no soy de los que excomulgan á un demócrata por haberle hallado besando la mano de una dama encopetada. Goethe suponía que la mano más digna de ser besada el domingo, era la que había cogido la escoba el sábado. Me adhiero con toda el alma á esta delicada lisonja que el gran poeta dedica á las hijas del pueblo; mas para que la verdad quede en su punto, es necesario hacer constar que la escoba no tiene el privilegio de embellecer las manos, ántes por el contrario las torna duras y acrece sus dimensiones, por lo que no es gran maravilla que el Sr. Valera, y con él otros muchos, sean más dados á adorar manos aristocráticas que plebeyas.

Pero estos instintos que alejan á ciertos escritores y oradores demócratas de lo que ha dado en llamarse cuarto estado y los arrastra á las doradas mansiones de las nobles, responden además á una verdadera y plausible disposición del espíritu, que detesta lo vulgar y lo adocenado, que ama lo brillante y lo distinguido.

Ernesto Renan ha convertido en sistema lo que no pasaba de vergonzante inclinacion, pretendiendo sustituir á la aristocracia de la sangre, que ya no tiene ninguna significacion positiva en nuestra época, otra más verdadera y respetable; la del talento.

En efecto, ya estamos cansados de que por un palo más ó ménos oportuno y fecundo en consecuencias, aplicado en tiempo del rey que rabió, llamemos hoy todavia á un descendiente del inclito apaleador, «Marqués del Real-Trancazo.» ¿Cuánta mayor razon existe para expedir títulos de nobleza á los que han dado á la humanidad una obra impeccedera? ¿Por qué no habría de titularse el señor Castelar «Príncipe de la Elocuencia,» el Sr. Valera «Baron de Pepita Jimenez,» el Sr. Revilla «Marqués de las Dudas y Conde de las Tristezas?»

Lo dicho basta para comprender que, si bien el Sr. Valera es un bravo campeon de la idea democrática, no se juzga obligado por esto á comer callos y caracoles. Ama la atmósfera perfumada de los salones y se aleja del pueblo que no se lava con jabon de olor. O lo que es igual, algunos sienten al pueblo en el corazon; el Sr. Valera lo siente en la nariz.

Doy de mano al carácter del Sr. Valera, porque me siento sin fuerzas para llevar adelante mi exploracion. Temo llegar á ser indiscreto (si es que ya no lo he sido), levantando un poco más la punta de la cortina. Veamos si para terminar logro dar mayor precision al género de su oratoria.

Es una elocuencia original la del Sr. Valera. Procede en sus discursos con un tan ameno desórden, que nadie echa de ménos la ausencia de proporcio-

nes y la excesiva copia de incisos y paréntesis. Es una conversacion que el Sr. Valera sostiene con el público, sin que nadie le interrumpa. Dice todo cuanto le viene bien; pero por un extraño capricho quiere hacer pasar por pueriles indiscreciones las más acerbas de sus diatribas. Es regla general que yo entrego á la delicada observacion de mis lectores: cuando el Sr. Valera hace una salvedad, es que nada deja á salvo; cuando vacila, es que está muy decidido; cuando su intencion era otra, no lo duden ustedes, era la misma.

Pero esto es llamarle embustero, me dirá alguno. Distingo, digo yo siguiendo el ejemplo del padre Sanchez: cuando Moisés, por encargo divino, escribió las tablas de la ley, prohibió en absoluto la mentira, pero lo hizo sin contar con el Sr. Valera. Al lado de la regla debió consignar, á mi juicio, la excepcion, y conceder carta blanca á nuestro orador para decir cuanto se le ocurriese, fuese verdad ó no. Pues qué, ¿no valen más las mentiras del Sr. Valera que las verdades de todos los demas? ¿Cuánto más chistoso es el Sr. Valera que Pero Grullo, con ser éste el hombre de más verdad que se ha conocido? Además, nuestro orador sabe desenterrar con mucha oportunidad verdades que yacen en el polvo injustamente olvidadas. Cuando alguno de esos señores que pasan la vida sobando manuscritos, echa sobre los tiempos pasados todo el color rosa de su paleta, ¿con qué alegría veo al señor Valera tomar el pincel y arrojar sobre el rosado cuadro unas docenas de manchas rojas ó negras! ¿Sale de alguna sacristía un orador lamentándose de la inmoralidad del teatro moderno? pues ahí tienen

ustedes al Sr Valera demostrándole inmediatamente que no sabe lo que se dice, porque nuestro teatro de los siglos XVI y XVII es bastante más inmoral que el presente. ¿Quiere algun otro ensalzar el fervor religioso de otras épocas? pues el Sr. Valera pone con presteza de relieve cuanto había de brutal é irrespetuoso en este fervor. Todo razonado con tan graciosos y picantes ejemplos, que ordinariamente el inadvertido reaccionario vuelve á su guarida maltrecho y amoscado para no salir más de ella.

Doy fin á estos renglones, haciendo presente á mis lectores, que cuando sientan impulsos de ahuyentar por algun tiempo sus pesares sin menoscabo de la pureza del espíritu, dirijan sus pasos al Ateneo de Madrid, y si el Sr. Valera está hablando, siéntense para escuchar humildemente la palabra más culta, más ingeniosa y más chispeante de nuestra patria.

DON JOSÉ MORENO NIETO.

Largos años hace que el Ateneo de Madrid guarda en su seno como precioso tesoro un hombre estudioso, modesto y elocuente.

Cuando este hombre, arrobado por el canto de la sirena política, ha querido lanzarse en sus revueltas aguas, se le ha visto como el que despues de un plácido sueño abre los ojos en lúbrica estancia donde el vicio desentona con procaz algarabía, llevarse á ellos las manos, vacilar y estremecerse como si le doliera aquel contacto, é inclinando de nuevo la cabeza, sumergirse en el éter de los gratos sueños.

¡Silencio! No le despertemos.

Este hombre, moviéndose con embarazo por las sinuosidades y asperezas de la política, es el ruiseñor que bate sus alas y mueve su lengua en medio de los buitres.

Todo consiste en que no es hábil, segun dicen. Acaso consista en que no sabe arrastrarse, pensamos nosotros. De todas suertes, poco nos importa la personalidad política del Sr. Moreno Nieto, pues-

to que se halla eclipsada totalmente por la del orador y la del sabio. Vamos á decir algunas palabras sobre la oratoria del Sr. Moreno Nieto, en cumplimiento del compromiso formal que con el público hemos contraído.

El Sr. Moreno Nieto estudia mucho, acaso más de lo que fuera menester, y escribe poco, ó casi nada. Esto produce un doble resultado: primero, una asombrosa erudicion en las ciencias á que predominantemente se consagra, que son las llamadas morales y políticas; despues, cierta vaguedad é indisciplina en el pensamiento, que le hacen aparecer á los ojos de sus adversarios como desprovisto de conviccion y de firmeza en sus opiniones. Cualesquiera que sean las mudanzas á que el Sr. Moreno Nieto haya cedido en el curso de su laboriosa vida, yo sé con toda certeza, sin embargo, y así lo declaro paladinamente, que no responden ni al cálculo ni á la ligereza; fruto son del exámen y el estudio.

El Sr. Moreno Nieto no escribe, volvemos á decir; pero habla, y habla con pasmosa facilidad. Con mayor, jamás hemos oido hablar á nadie. Esos soplos débiles y fugaces del pensamiento, que en los demás no bastan á despertar la lengua, en él son chispas que la abrasan y retuercen; esos inefables sentimientos que en el fondo del corazon duermen, sin definirse, se hablan y definen por su boca; esos vagos y tenues rumores que se escuchan apénas en los profundos abismos del alma, llegan á su oido distintos y atronadores. Pudiera decirse que el señor Moreno Nieto cuando habla pone un cristal en su pecho para que todos, grandes y pequeños, vayamos á contemplar las alegrías y las tristezas, los

triunfos y los desmayos, las luchas y los dolores de un corazón elevado y generoso. El resultado de esto es que, á pesar del ímpetu y violencia con que salen las palabras de su boca, verdadera lava que va á caer derretida sobre las cabezas de sus adversarios, le miren éstos con particular cariño, contentándose con sonreír maliciosamente mientras habla, y con exponer alguna de las contradicciones en que incurre, después que cesa. ¡Maravilloso poder de la ingenuidad! Los mismos que levantan murmullos de protesta cuando algún orador atusado y relamido empuña la bandera de la tradición, acogen con salvvas de aplausos las descargas cerradas del señor Moreno Nieto. Y en esto puede reconocerse con toda precisión la antigüedad que cada cual goza en la casa. Los que por vez primera acuden al Ateneo para sentarse en los bancos de la izquierda, véseles alterados é impacientes al escuchar aquella granizada de denuestos con que el Sr. Moreno Nieto salpica sin cesar las doctrinas que combate, y es indispensable que los veteranos, para evitar conflictos, los sujeten por los faldones, diciéndoles al oído al propio tiempo: «Sosiéguese usted, compañero; ya verá usted cómo no es nada.»

La facundia de este orador es imponderable. Después de hablar dos horas y media, sale sigilosamente del salón con ánimo de engullir un sorbete, célebre ya en los fastos del Ateneo. ¡Desdichado! Los sabuesos que dejó malparados en la contienda le siguen de cerca y le alcanzan en la puerta de la Biblioteca. Acorralado allí, se defiende siempre hasta quemar el último cartucho, que es la postrera palabra que espira en sus labios.

El palenque está abierto. La voz de los ujieres, á guisa de clarín, acaba de anunciarlo. Todos presurosos acudimos á colocarnos en aquellos potros, verdadero baldon del ramo de ebanistería que reciben el nombre inverosímil de butacas. La izquierda ostenta sus ojos brillantes y negros cabellos. La derecha exhibe su frente venerable y la grave rigidez de sus modales. El leal caballero se presenta. Pero, ¿qué es lo que acontece? El caballero acaba de lanzar su bridon á la carrera. ¡Virgen de las tormentas, qué acometida!

Su lanza salta en mil pedazos. Empuña la espada y se revuelve dando furiosos mandobles. Pero, ¿qué es lo que va persiguiendo allá abajo? ¡Ah! ya la veo, es la filosofía de Krause. Rechina su armadura y el polvo enturbia los aires.

Torna y vuelve á arremeter con creciente denuedo. ¡Quién resiste al diluvio de estos golpes! Huyamos. ¿Tendrá al ménos un tendón vulnerable como Aquiles?

Quizá, y á buscarlo se aplican con ahínco varios campeones.

Muchos años hace que el caballero viene ejercitando su valor y bizarría en estas contiendas, y la experiencia no le ha enseñado á preparar traidoras emboscadas ni á tejer insidiosas asechanzas. Lucha con bravura, pero siempre de frente y alzada la visera.

Como la pitonisa que asciende sobre el sagrado trípode, y al recibir en su frente los vapores pestilentes de la divina cisterna, siente el fuego de misteriosa llama, y se agita y se retuerce presa de fatal impulso, así el Sr. Moreno Nieto, subiendo á la tribuna y al aspirar los húmedos vapores de la pe-

lea, se ve poseido de un calor desconocido que forja sin cesar pensamientos cada vez más luminosos y frases cada vez más hermosas. El alma sube entonces á los ojos y quiere salir al exterior.

El orador vive para leer, como la sibila, los secretos inextricables del porvenir, y llora tambien con sublime emocion sobre las ruinas poéticas del pasado. Espiritu generoso, escruta con ánsia los lazos invisibles que unen las aspiraciones del presente con la historia, y los presenta á nuestros ojos con vigorosa elocuencia.

Algunas veces se vislumbra que su alma, poseida de espanto ante las recias y fragosas contiendas del pensamiento filosófico, se aferra con más ánsia que absoluta conviccion á una creencia. Esto, no puedo ménos de confesarlo, me inspira hácia él profunda simpatía. Los dolores que sufre nuestro cuerpo son tan crueles, que nos hacen exhalar agudos gritos. Pero ¿qué me decís de esas luchas invisibles en que el alma se tortura y se abrasa dia y noche, latiendo sin cesar dentro del pecho como si albergáramos en él pequeña bestia? ¿No veis con qué ardor lima ese cautivo las rejas de su cárcel? ¿No le veis caer rendido y jadeante, con el llanto y la angustia en los ojos? ¿Qué cosas tan tristes volarán por su pensamiento! Respetemos este dolor y amemos á los hombres que trabajan por abrirnos las puertas del infinito.

Dicen que los árabes, forzados en sus largos paseos por el desierto á un ayuno continuado de palabras, si la ocasion se presenta, que debe ser de Pascuas á jueves, saben darse harturas más que regulares de plática. El Sr. Moreno Nieto, despues de peregrinar largamente de un cabo á otro de la

biblioteca durante varios dias, se dirige á la seccion, y con tal apetito entra en el debate, que no le bastan para saciarlo varias horas. Nos hace recorrer con velocidad que causa vértigo todo el panorama de las cuestiones vitales, y saltando de astro en astro visitamos en corto tiempo todos los puntos luminosos que brillan en el cielo del pensamiento. ¿Quién se atreverá á censurar las metamorfosis de sus ideas? ¿Por acaso no hay hermo-~~uras~~uras en todos los parajes del camino recorrido? ¿No hay tambien en todos ellos indignidades y torpezas? Son muchas las flores de donde su inteligencia podrá extraer la miel sabrosa. Mucho tambien es el cieno donde sus alas corren peligro de mancharse. Si la humanidad muda diariamente de creencias y opiniones, ¿qué podrá ser la individual firmeza!

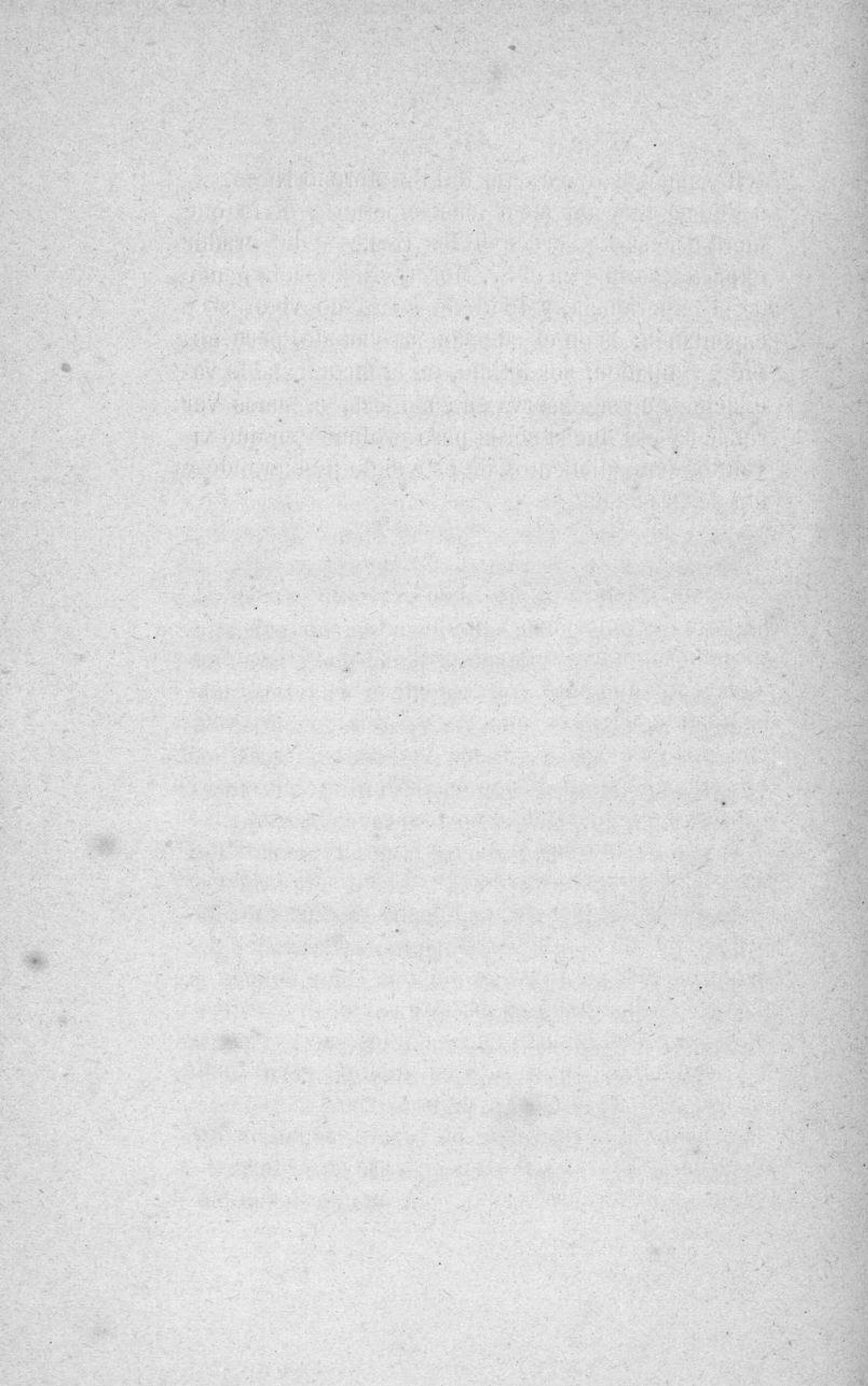
Jamás emplea la chanza ó la burla para atacar las doctrinas que tiene enfrente. Cuando es objeto de ellas, su indignacion sube de punto y se irrita y exaspera, pero la rabia de que se siente poseido á nadie infunde pavor ni miedo. Tiene un dejo de infantil inocencia que la hace simpática más que repugnante.

El conocimiento que del auditorio tiene es, si la paradoja valiera, inconsciente; sabe apreciar en globo los efectos, pero no llega su penetracion á graduar los últimos registros. El período sale terso casi siempre, pero el ímpetu que trae lo prolonga á menudo más de lo conveniente, rebajando un poco su belleza.

Aunque la palabra es fogosa y la entonacion acalorada, apénas se vale de imágenes para expresar su pensamiento. Cuando las emplea, son animadas y del mejor gusto.

Resumamos el carácter del Sr. Moreno Nieto.

Elocuente y un poco más impetuoso de lo que fuera necesario; carece de los recursos del orador experto, porque en el Sr. Moreno Nieto nada pende de la experiencia, y todo de su genio vigoroso y espontáneo: es en el ademán arrebatado, pero noble y simpático: por último, en la incontestable vacilación que se observa en sus ideas, creemos ver reflejada esa lucha sorda pero profunda en que viven los entendimientos de este siglo ¡tan grande y tan desgraciado!



DON JOSÉ CARVAJAL.

Aunque reconozca de buen grado mi insuficiencia para dar colorido á estos bocetos, no es parte pequeña á quitárselo la conformidad que guarda mi pobre entendimiento con las ideas profesadas por los ilustres oradores que presento al público. Sé bien que el elogio á que me inclina esta para mí feliz avenencia, no puede despertar interés. Tampoco se me oculta que la más áspera censura y hasta la crítica mordaz ó maldiciente, regocija á los perversos, y alguna vez hace tambien sonreir á los benévolos. Porque así es nuestra naturaleza. El brillo de los unos significa siempre la oscuridad de los otros. Mas yo no tengo ninguna culpa de que la mayoría de los oradores del Ateneo sean elocuentes y discretos. Si no lo fuesen tanto, quizá ganaran mis semblanzas en color y en dibujo. Pero ¿qué ganaría con ello la cultura de la patria?

La historia del orador que ahora juzgamos no puede ser más breve. Pertenece á esa clase de hombres cuya historia se resume por mucho tiempo en

la historia de su pensamiento, que nutren lentamente allá en el silencio de sus soledades, cuando la borrasca de la tiranía azota con furia los cristales del retiro que les da albergue y se escucha apenas el sordo gemir de la patria que se dobla, se retuerce y cede á la violencia del huracan. Estos hombres salen llamados por las circunstancias á detener la mano airada de la demagogia cuando quiere perpetrar el mayor de los crímenes, la ruina de la libertad. Aparecen en el ocaso de las revoluciones á prestarles un apoyo que por desdicha no alcanza á conjurar la gran derrota.

El Sr. Carvajal no apareció en la vida pública sino al llegar al apogeo de sus facultades intelectuales y al colmo de su experiencia. Desdeñó lo que aquí ha dado en llamarse con no poco cinismo la carrera política, y dedicó su claro talento á la direccion de empresas industriales ó financieras. La carrera política en España tiene todo el aspecto de una correría, de una algarada á través de los fértiles campos del presupuesto. Por gran desdicha, á mi juicio, ha querido aplicarse á la direccion de los negocios públicos el principio económico de la division del trabajo, y en nuestra patria á los jóvenes se les destina indistintamente á ingenieros, veterinarios ó políticos desde sus primeros años. Convertida la política en profesion, el que á ella se dedica prescinde casi en absoluto de la vida del ciudadano, desconoce las necesidades del país porque no las ha sentido, tambien su opinion porque siempre ha militado en un partido que oscurece su pensamiento con torpes preocupaciones, y se aplica con ahínco á conquistar puestos en el escalafon de los

hombres de Estado. Confieso ingenuamente que en esta ocasion no veo la ventaja de la distribucion de tareas. Pienso que la política no debe ser un oficio, sino una de las indeclinables funciones del ciudadano. Todos necesitamos ser políticos, y todos debemos consagrar parte del tiempo que nos dejan libre nuestras ocupaciones profesionales á meditar sobre los árduos problemas de la gobernacion del Estado y á gestionar activamente sus intereses, que son tambien los nuestros. La plaga de los políticos de profesion es tanto más terrible, cuanto que invaden el campo de todos nuestros partidos. Como la flora terrestre nacen y se desarrollan así que encuentran en el suelo que pisan condiciones de existencia. Los enemigos más encarnizados de esta política profesional han sido los partidos extremos, y cuando el viento de la fortuna los echó á la playa del poder, ¡ay! no dejaron de hallar bella la profesion. Triste es reconocer que esto mismo ha podido observarse varias veces en el gobierno de los partidos avanzados. Se resuelven con sana intencion á cortar todos los abusos, pero en algunos de ellos quedan cautivos. Recuerdan á aquel soldado que gritaba: «Mi teniente, acabo de hacer un prisionero!» Y cuando el teniente le mandaba que lo trajese, contestaba: «No puedo, porque me tiene sujeto.»

Bajo este sentido, la figura del Sr. Carvajal no puede ménos de aparecer simpática. Es un político de ayer, y acaso por esto le desdeñaran los que desde sus juveniles años han seguido la carrera de ministro, empezando por concejales. Los señores del escalafon deben sufrir con paciencia, no obstante, que el Sr. Carvajal haya comen-

zado por el fin, porque si no ha intervenido de un modo tangible en la administracion del Erario municipal ántes de intervenir en el nacional, no ha dejado por eso de preocuparse con ella y estudiarla. Ha sido siempre un concejal platónico.

Fuera para mí tarea más sabrosa el juzgar al señor Carvajal como orador político que como académico. El Parlamento fué el teatro de sus campañas más brillantes. Como orador del Ateneo no hemos tenido el gusto de conocerle hasta el presente año, y cualquiera comprenderá las dificultades con que he de luchar para hacer el juicio crítico de un orador que por vez primera levanta su voz en tales debates. Esto no obstante, el Sr. Carvajal ha tenido tiempo para mostrar excelentes condiciones en este género de oratoria. Por el vigor de su pensamiento, siempre fino é intencionado, por la solidez de sus conocimientos, y más que por esto, por la pasmosa correccion y sonoridad con que maneja el habla castellana, puede y debe ser colocado este orador en primera línea.

Habla con cierta solemne entonacion que no permite echemos en olvido al hombre de Estado, é imprime á su palabra una trascendencia que no es la científica, sino altamente personal y política. No se remonta jamás el Sr. Carvajal por encima de la realidad, ni se engolfa en apartadas disquisiciones; habla para el momento actual, razona sobre lo inmediato y dice lo que ha querido decir; nada más, pero tampoco nada ménos. La significacion de actualidad que el Sr. Carvajal presta á su palabra hace que se le escuche con profunda atencion y con religioso silencio, pero desnaturaliza un tanto el can-

dor tradicional de los debates académicos. Bien claramente nos revela esto que el Sr. Carvajal es, ante todo, un orador parlamentario. Otro hecho nos lo acusa con mayor claridad aún. El Sr. Carvajal se ha distinguido siempre en las contiendas parlamentarias por el empleo de la sátira, que maneja con rara habilidad. Pues bien, este elemento, tan característico de su oratoria, lo ha hecho desaparecer así que levantó su voz en la cátedra del Ateneo, juzgando, y no sin razón, que en los severos moldes del debate científico no cabe con holgura esa referencia continua á la persona, que se observa en toda lucha parlamentaria (1). La ausencia de este elemento, á tal punto integrante en la oratoria del Sr. Carvajal, esparce sobre ella un tinte de frialdad que la perjudica, porque no es ingénita, sino accidental. Quédale, sin embargo, esa serenidad majestuosa y casi sacerdotal que, si no hiere vivamente al sentimiento, avasalla y reduce á la inteligencia. Hay en su forma de expresión un tono tan soberano, que ayuda poderosamente al éxito de su elocuencia.

La energía de sus convicciones no se revela como en la mayor parte de los oradores demócratas (sobre todo en los antiguos) por la exaltación y la intransigencia. Manifiéstase, al contrario, por el lógico encadenamiento de sus ideas y por ciertas extrañas concesiones hechas á los representantes de la tra-

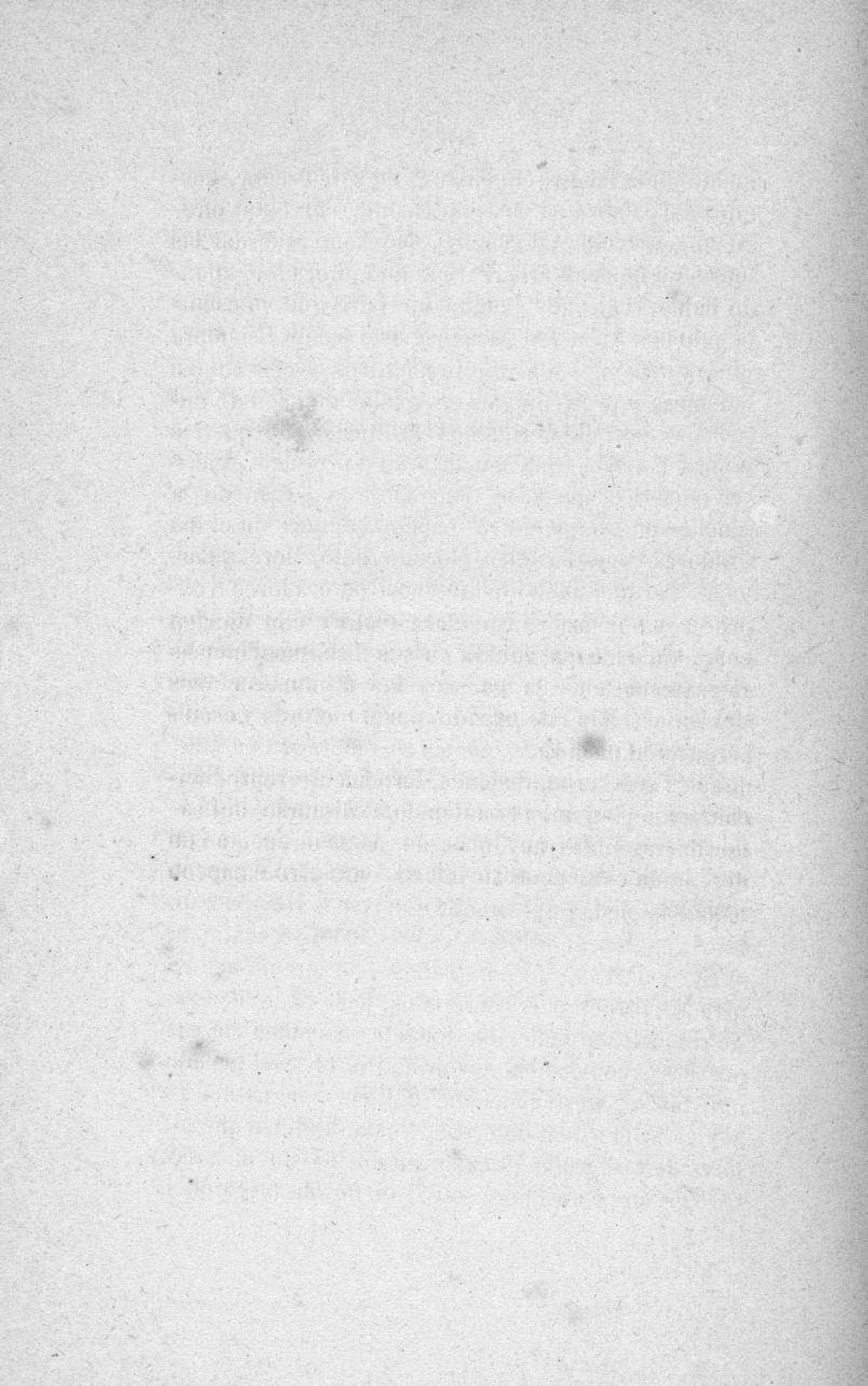
(1) Advertiré de paso que no quiero recordar al lector con estas palabras las formas empleadas en el debate por el Padre Sanchez, á quien ya he tenido la honra de dedicar un artículo.

dicion que no dejan de irritar al elemento más impetuoso del partido extremo liberal. El Sr. Carvajal, al obrar así, prueba que tiene más seso y más amor á la libertad que los que á cada minuto la ponen á dos dedos del abismo con sus insensatos discursos, cuando no con sus locas empresas. En efecto, el Sr. Carvajal no está vaciado en el mismo molde que los oradores liberales del primer tercio de nuestro siglo. Aquel era un período de destrucción, y convenía á los fines de la idea democrática el que sus defensores en la prensa ó en la tribuna encendiesen su palabra con la tea del exterminio, fuesen otros tantos arietes aplicados á la fortaleza del pasado. Mas hoy nuestra situación ha cambiado radicalmente. Hemos sembrado de ruinas el suelo de la vieja Europa, y á su vista sentimos la necesidad de alzar sobre robustas pilastras las bóvedas espléndidas del alcázar del porvenir. Tregua, pues, á la piqueta demoledora, y vengan á nosotros diestros artífices para labrar con primor los colosales fustes. Si por acaso el brazo de los nuevos artífices no presenta formas tan atléticas como el de los pasados, no nos importe: para destruir hacen falta principalmente la decisión y la fuerza; para edificar son necesarias la perseverancia y la idea.

Después de manifestar que el Sr. Carvajal no debe clasificarse en el género de aquellos oradores que hace algunos años podían llamarse *milicianos* y hoy reciben otro nombre derivado de cierto combustible de universal-consumo, sólo nos resta fijar nuestra atención sobre el elemento artístico de sus discursos, sobre su forma. Y en verdad que, llegados á este punto, no es fácil que acertemos á significar

cuánto nos admira la palabra de este orador. Porque esta palabra no es simplemente correcta: ofrece su corrección tal esmero, que hace recordar las líneas de la estatuaria. Parece que el orador, cuando habla, tiene por lengua un buril que va esculpiendo sus frases. Al escuchar esta palabra siempre tersa y armónica, el orgullo nacional se nos sube á la cabeza y prorumpimos en exclamaciones de entusiasmo, porque abrigamos la ilusión de que las demás naciones nunca acertarán á producir oradores como los nuestros. España es la patria de la elocuencia. Ningun otro país presentará en el día oradores como Castelar, Moreno Nieto, Moret y Carvajal. Porque no se limitan nuestros oradores á expresar su pensamiento claramente y con dicción correcta, sino que agotan en sus discursos los más ricos tesoros de la poesía y los últimos recursos del idioma. Más que oradores, son pintores y escultores de la palabra.

Tales son las impresiones, torpemente reproducidas, que en mi ánimo ha dejado el discurso del señor Carvajal. De hoy más, el Ateneo cuenta con otro orador elocuente; la libertad con otro campeón insigne.



DON- LUIS VIDART.

No soy por ningun concepto responsable de que el Sr. Vidart haya venido á exigir el lugar que le corresponde en esta galería. Por mi gusto, jamás hubiera trabado relacion de ningun género con un hereje contumaz (creo que así se dice), con un iluso que se rie de todo; de todo, hasta del Padre Sanchez. Mas ya que á ello me obliga el loco intento de escribir semblanzas de oradores profanos, es mi deseo que esta sirva de severo correctivo para la mucha impiedad del orador que va á ser tema de estos renglones. Sólo así, esto es, sólo presentando al Sr. Vidart, no diré en camisa, porque no quiero ofender respetables escrúpulos, pero sí en mangas de camisa, es decir, en toda la desnudez de sus perversas convicciones, conseguiré lavar el pecado que las circunstancias me obligan á cometer. Yo soy el primero en dolerme de esta fatalidad que me lleva de mal grado á ocuparme un dia de un ateo, otro de un protestante, otro, en fin, de un católico

tibio, de aquellos que hacen vomitar al Espíritu Santo, al decir de San Juan (1).

Hoy llega el turno á un pesimista, á uno de esos desdichados que ven el mundo á través de un cristal ahumado.

El pesimismo, como filosofía, ha venido á nosotros recientemente. Aquí nunca se había conocido hasta ahora tal plaga. Y en verdad que yo no me explico por qué razón ha de erigirse el mal humor, ó el esplin, como decimos los españoles, en sistema filosófico. Comprendo muy bien que allá, en las estepas de la Germania, tiritando siempre de frío y rodeado de perpétuas nieblas, le pareciera el mundo á Schopenhauer detestable; pero en esta tierra, que no sin razón llamó alguno de María Santísima, bajo un cielo claro y sereno, frente á unos ojos *claros serenos*, no es fácil explicarse por qué le parece al señor Vidart la vida cosa tan ruín y despreciable. Bien cierto es que no dejamos de apurar aquí también tragos amargos, y que al apurarlos solemos hacer no pocas muecas; pero, en nuestros quebrantos, jamás se nos ha ocurrido fundar sistemas filosóficos en que se comience negando al Sér Supremo y se termine considerando al amor como un industrial que trabaja por la duración del género humano. Porque, en medio del más grave disgusto, acontece que cruza *ella* á nuestro lado y nos sonríe; y ¡qué filósofo no exclama entónces, sobre todo si es andaluz:

(1) «Porque eres tibio, que ni eres caliente ni frío, te arrojare por la boca.»—(Apocalisis.)

Hoy la tierra y los cielos me sonríen;
 Hoy llega al fondo de mi alma el sol;
 Hoy la he visto... la he visto y me ha mirado...
 ¡Hoy creo en Dios!

Convénzase el Sr. Vidart de que pedir la extincion de nuestras miserias es una verdadera gollería, y el protestar contra ella una incalificable puerilidad. ¿Pues qué derecho tenemos nosotros á que se nos trate con ese mimo que el Sr. Vidart apetece? ¿No sabe el Sr. Vidart que nuestra naturaleza está pervertida desde que á nuestro padre Adan le plugo pervertirla con su desobediencia? Poco imita el Sr. Vidart al paciente Job, que si bien no dejaba de presentar alguna vez argumentos de fuerza á la Divinidad, resignábase humildemente al dolor y áun lo agradecía. Y, no obstante, el Sr. Vidart tiene un punto de contacto con Job. Job es el apestado de la Biblia: Vidart el del Ateneo. ¡Cuántas veces he sorprendido á los señores de la derecha cerrándose herméticamente la nariz con la mano á fin de no percibir la pestilencia de sus discursos! Y hacían perfectamente; porque, para mengua y vergüenza suya, he de manifestar que cada proposicion que de su boca sale, debería llevar á sus inmediaciones el pavoroso *anatema sit* que llevan las proposiciones del *Syllabus*.

No es posible negar, aunque buenas ganas me dan de hacerlo, que tiene talento, que posee vastos conocimientos y que si su palabra no ofrece brillantez, en cambio es altamente incisiva é intencionada; pero estas buenas cualidades quedan sepultadas en las espesas nieblas que envuelven su

pensamiento. A través de ellas, ¿cómo no ha de percibir el Sr. Vidart la imagen del hombre, ora fantástica, ora repugnante? Hay una circunstancia que explica hasta cierto punto lo sombrío de su pensar. El Sr. Vidart ha sido artillero. El ser artillero en estos tiempos es un placer; pero dicho se está que mirando á la humanidad por el telescopio de un cañon, no puede parecer otra cosa que... carne de cañon. No es esto todo: el Sr. Vidart lleva tambien á la polémica los hábitos del cuerpo á que ha pertenecido, y en vez de discutir, en realidad lo que hace es acañonear las doctrinas de sus contrarios. No hace muchos dias que soltaba sobre los bancos de la derecha la siguiente granada. Debatíase el tema de la «poesía religiosa,» y un católico sostenía que el sentimiento religioso era la fuente más rica de la inspiracion artística, citando como ejemplo nuestra poesía de los siglos XV y XVI. Nuestro orador contestó con la mayor sencillez «que esta poesía sólo era bella en lo que tenía de anticatólica.»

El Sr. Vidart es un orador de manías. Entre ellas las tiene muy graciosas, como es la de llevar siempre la contraria al Sr. Revilla. Éste, aunque saturado de las máximas de humildad y caridad evangélicas, se irrita y exaspera, originándose de aquí una deleitosa polémica en que ambos discuten

«con un manso ruido
que del oro y el cetro pone olvido.»

Es decir, se arma un zipizape científico que instruye á la par que deleita al auditorio. Parece ser que en estos últimos tiempos se muestran conci-

liados; pero ¡ay! qué poco debemos fiar de las *conciliaciones*. Porque aunque en el Sr. Vidart han «cedido las armas á la toga,» ni el Sr. Revilla ni yo tenemos gran confianza en estos señores que han usado armas.

Este orador es además de los que no se muerden la lengua, cosa rara ya en nuestro país. Y no obstante, ¡quién lo diría! habla siempre con la sonrisa en los labios. Yo no sé si esta sonrisa es un argumento contra las proposiciones desconsoladoras que va sentando, ó son tales proposiciones las que arguyen con tristeza á la sonrisa. El hecho es que el Sr. Vidart nunca debiera sonreír. Pero los pensadores de nuestros días carecen de aquella originalidad que prestaba á los filósofos de los tiempos antiguos la conformidad entre el pensar y el obrar. Cualquiera que sea la doctrina que profesen, viven como hombres de sociedad, y no hay forma de distinguir hoy ni por el traje ni por sus maneras á un idealista de un positivista. El Sr. Vidart, que debiera llorar constantemente como Heráclito, le da por reír como á Demócrito.

Nadie será osado á dudar de que nuestro orador es hombre de serias convicciones, por más que yo las considere execrables. Tampoco es posible dudar de que las expone con energía y laconismo dignos de mejor empresa. Lo que yo voy á confesar con cierto recelo á los lectores, para que lo tomen como una de mis muchas extravagancias, no como expresion de un pensamiento serio, es que abrigo el presentimiento de que el Vidart abandonará con el tiempo los campos malditos de la herejía para convertirse en poderoso adalid del ultramontanis-

mo. Si me demandasen razones para apoyar esta singular idea, me apurarían bastante, porque carezco de ellas; mas si tratasen de averiguar qué fundamento tiene allá en los limbos misteriosos de mi alma, no dejaría de contarles cierto sueño que me asaltó noches pasadas, el cual, aunque disparatado y extraño en alto grado, hubo de señalar en mí profunda huella. El sueño es como sigue:

Apénas habia cerrado los ojos, cuando me hallé en el recinto de un claustro. La luz moribunda del dia penetraba en él llenándolo de sombras, y yo discurría bajo sus pardas bóvedas en medio de un augusto silencio. Sin comprender si eran séres vivientes ó espectros evocados por la imaginacion, veía deslizarse fantasmas con hábitos negros y rostros macerados, que no producían el más ligero ruido. Pasaban á mi lado sin percibirme, y desaparecían por una puerta inmensa. Todos cruzaban con la cabeza entornada sobre el pecho y los ojos fijos en el suelo. Sólo uno detuvo el paso un momento, y alzando la frente sepultó su mirada húmeda en la espesura del jardin. Despues, otra vez dejó caer la cabeza, y siguió su marcha un poco más vacilante. Los seguí y tambien penetré por la puerta inmensa.

Esta puerta era la entrada de un pasadizo largo y oscuro, á cuyo fin veíase chisporrotear la luz de una lámpara colgada del techo. Los fantasmas pasaron bajo aquella lámpara, y ví dibujarse en la pared sus pavorosas siluetas. Despues había una puerta muy pequeña, y por ella entraron en el templo. En las anchurosas naves, iluminadas por una luz tibia y misteriosa, tampoco se escuchada el

ruido de sus pasos, y uno tras otro, con silencio sobrenatural, fueron perdiéndose entre sus cien columnas. Arrimé entónces mi cuerpo á una de ellas, doblé la rodilla y percibí un cántico sagrado repetido confusamente por todas las concavidades del templo. Yo no sé lo que había en aquel cántico, que infundía una tristeza infinita en mi corazón. Otras veces lo había escuchado sin que sus monótonas cadencias, interpretadas por voces gangosas y desapacibles, hablasen nada á mi alma. Pero ahora la inspiración del profeta lamentaba la ruina de Jerusalem, y su voz gemía con acento desgarrador. El cántico había perdido su monotonía: los séres que cantaban debían tener los ojos arrasados de lágrimas.

De pronto, á aquel sosegado coro se unió una nota discordante. Mi oído se llenó de ruidos misteriosos y confusos que parecían venir de fuera, y creí distinguir el sordo murmullo de una multitud. El cántico sagrado fué perdiéndose lentamente en aquel rumor, que tomaba proporciones inmensas. Las puertas del templo se abrieron con infernal estrépito, y por ellas entraron oleadas de una rojiza claridad, que llegó hasta el presbiterio: aquella claridad era producida por las teas de una multitud de hombres de talla gigantesca y de vestidos rojos. Después comprendí que sus vestidos no eran rojos: venían cubiertos de sangre. La comitiva penetró en la nave con ruidosa algazara, pareciendo ejecutar con cierto ritmo alguna extraña ceremonia. Los rostros de aquellos hombres estaban horriblemente contraídos por la ira. Sus ojos movíanse en las órbitas con descompasados giros, y sus cabellos al

ondular se torcían como si fuesen víboras. Lanzaban estridentes carcajadas, y al pasar ¡escupían á las santas imágenes!

Entraron en el coro donde ántes resonaba el canto del profeta, y escuché gritos aterradores, blasfemias y juramentos. Poco despues sentí mis piés humedecidos: miré al suelo y pisaba sangre.

Allá, en uno de los ángulos más oscuros del templo, de rodillas y sumido en los éxtasis de la fe, percibí un monje que parecía completamente extraño á lo que en torno suyo pasaba. Tenía la inmovilidad de la estatua, y el negro capuz ocultaba casi por completo su rostro. Miéntras la salvaje comitiva maldecía, aquel monje murmuraba bendiciones y preces.

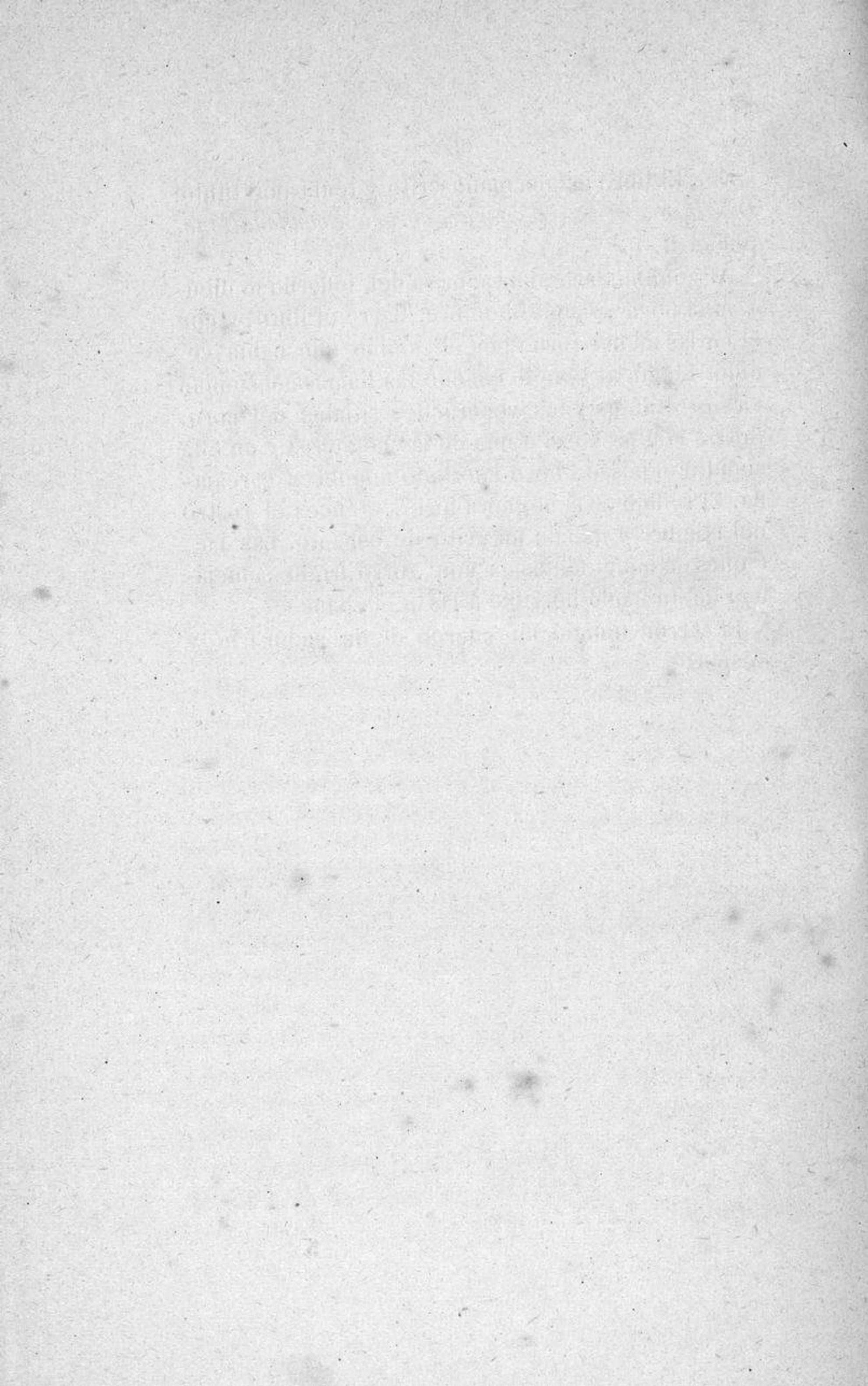
Una sombra se deslizó veloz por el ámbito del templo, lanzando gritos penetrantes que semejaban á los del buho, y llegó hasta el ángulo donde se hallaba el monje. El reflejo siniestro de una cuchilla hirió mis ojos, y la cabeza del monje rodó por el pavimento. Aquella cabeza ensangrentada era la del Sr. Vidart.

La misma sombra corrió entónces por todos los ángulos de la iglesia buscando una salida, y cuando halló la puerta pequeña; penetró por el largo pasadizo en el claustro, subió por la escalera de piedra que comunicaba con el convento, y deslizándose cautelosamente por sus múltiples crujías, llegó á una puerta cuya cerradura hizo saltar con un golpe de su mano. Las paredes de la habitacion que entónces se dejó ver, estaban tapizadas de libros, y con segura planta, aquel hombre se dirigió á uno de sus lienzos y sacó de allí un libro grande, que

abrió. El libro estaba manuscrito y tenía por título: *De atheorum pessimistorum errorum condemnatione*, por el R. P. Vidart.

Al contemplarlo, una sonrisa del infierno se dibujó en la boca de aquel hombre. Cerró el libro, y con él en las manos tornó por el camino que había venido. Llegó al templo cuando las llamas consumían ya sus retablos y los venerandos sitiales del coro. Corrió con presteza á una de las hogueras y en ella sepultó el pesado libro lanzando una feroz carcajada. El reflejo de la hoguera hirió entónces el rostro del hombre y exhalé un grito de espanto. Las facciones de aquel fantasma con gorro frigio semejaban de un modo horrible á las del P. Sanchez.

El terror inundó mi cuerpo de un sudor frio, y desperté.



D. GUMERSINDO DE AZCÁRATE.

En pos de un pesimista, un optimista. No me tildarán mis lectores de monótono en el asunto, ya que deje bien probado que lo soy, y no poco, en el estilo. Me asaltan, sin embargo, serios temores de que esta proximidad de los señores Azcárate y Vidart llegue á la postre á engendrar algun conflicto.

En verdad que no es gran prudencia acercarse de tal modo á dos pensadores tan opuestos; pero así lo exige la ley de la armonía. *Post nubila, Fhœbus*. Despues de aquel pensar cavernoso del Sr. Vidart, vienen como de molde unos instantes de esparcimiento. Saliendo del cerebro tapizado de hollin de un pesimista, nada más grato que penetrar en el de un optimista forrado de miel de la Alcarria y arroyo manchego. Pensar como piensa el Sr. Vidart, es dormir toda la vida con pesadilla. ¿Por qué no han de hacer tambien los filósofos castillos en el aire? Siempre fuí muy partidario de los castillos en el aire. Los que fabricamos en tierra firme salen muy caros, miéntras un soberbio palacio de aquel

género se levanta sin necesidad de aprenderse de memoria el capítulo de servidumbres urbanas, ni entenderse para nada con el gobierno ó los particulares; ¡las dos únicas entidades que en este mundo me molestan! Pero entremos en el castillo del señor Azcárate.

Como acabo de manifestar, en punto á filosofía soy grande amigo del color de rosa, y suelo barnizar con él todas mis especulaciones metafísicas. Por eso coincido con el Sr. Azcárate en los rasgos más capitales del sistema general del universo. Quiero confesar ingénuamente, sin embargo, que amo el optimismo como puede amarse á una mujer bella, pero coqueta; es decir, que lo amo temblando siempre que me la pegue. El Sr. Azcárate, que conserva su virginidad filosófica, lo ama con la pasión ardorosa y confiada de un adolescente. Está vaciado en el molde de los hombres de fe, de esos hombres que miran á la verdad sin telescopio para no descubrir en ella, como en el sol, mancha ninguna. Su carácter es la causa y el efecto de sus creencias. Espíritu recto y lleno de virtudes, tiene derecho á erigir el bien en ley universal y á esperar una perfección hácia la cual camina con segura planta. La unidad de sus creencias arrastra consigo la unidad de su conducta, y ésta la de su carácter, que afecta una inmovilidad digna y serena. La facultad predominante del Sr. Azcárate es la voluntad. Su talento, con ser muy grande, es en relación á ella secundario. De ahí esa notoria lealtad y fidelidad del Sr. Azcárate en sus actos públicos y privados, señales evidentes de una naturaleza superior, pero en las cuales tanta parte tiene la voluntad

como el instinto. Porque las virtudes de los hombres superiores no son movimientos involuntarios ó inconscientes como en los oscuros; no son inocentes como la violeta que exhala su perfume sin saberlo, sino que se conocen y se gobiernan. Los hombres superiores conocen y gobiernan sus virtudes, y las iluminan con su talento de tal modo, que atraen sobre ellas las miradas y provocan los juicios, sirviendo así de mayor ejemplo.

Posee el Sr. Azcárate una de las condiciones que más admiro en todo orador, á saber: el perfecto acuerdo entre su palabra y su pensamiento; la sinceridad. Si á alguno le parece extraña tal admiración, le advertiré que no es la sinceridad la cualidad más corriente entre los oradores; que son muchos los hipócritas y mucha la cizaña, y como oí á cierto clérigo—que no quiero nombrar por no ser pesado—cuesta gran trabajo separar al trigo de la cizaña despues de la revolucion de Setiembre. El señor Azcárate es el trigo más limpio que he conocido en esta materia. Dice lo que piensa; no todo, porque se necesita estar muy reñido con la piel para decirlo todo en estos tiempos, pero sí aquello que es compatible con un mediano sosiego. Consiste esto en que nuestro orador profesa cariño á las ideas y subordina á ellas los intereses. Ama la libertad, ama el derecho, y se constituye en apóstol suyo con todas las fuerzas de su entendimiento. Con el Sr. Azcárate me pasa una cosa, y es que en el orador, en el hombre público, en el pensador, admiro principalmente al hombre. El hombre es lo que más vale en el Sr. Azcárate, y esto le hace mucho honor. ¡Existen ya tan pocos hombres!

Los profundos estudios que viene haciendo sobre las ciencias sociales ó políticas, unido á la seriedad de sus convicciones, han robustecido su pensamiento, tornándole en paladin famoso de la idea democrática. Cuando levanta su voz en pró ó en contra de cualquiera institucion, corre un estremecimiento de placer por los bancos de la izquierda, y se escucha un tenue rumor que va á la derecha diciendo: «Ahí está nuestro atleta; ¡dad con él en tierra si podeis!» No, no ha llegado al Ateneo quien pueda contrarestar el empuje de este orador insigne. La fuerza de aquellos héroes legendarios que con sólo su brazo ponían en dispersion á miriadas de enemigos, se ha trasladado al cerebro del Sr. Azcárate, y su palabra candente y vigorosa es la maza de Martel ó la espada de Bayardo que fulgura sin cesar sobre la cabeza de sus contrarios. Campeon invulnerable es al mismo tiempo, porque en su vida no existe ni una sombra de vacilacion, sobre todo de aquella clase de vacilaciones que amargan á la conciencia. Su espíritu es un palacio de cristal por cuyos muros penetra la luz de un sol que no se acuesta jamás. ¡Cuántos hay que pareciendo todos de cristal tienen, sin embargo, al Sur ó al Norte un muro de cal y canto por el cual no ven, ni oyen, ni entienden nada; el muro de alguna preocupacion! El Sr. Azcárate vive sin preocupaciones: debe pasar una vida muy dulce. Cuando comparo al Sr. Azcárate con uno de esos robustos clérigos cuyos espesos carrillos y anchuroso abdomen van gritando á voz en cuello: «Hijos míos, nuestro reino es de este mundo,» opino que hay un ligero error en la distribucion de las funciones so-

ciales. Escuchad, no obstante, á ese clérigo, y os dirá que el Sr. Azcárate es un infame descreído, un ateo que tiene los demonios metidos en el cuerpo. ¿Y por qué? Porque el Sr. Azcárate profesa horror á las restricciones mentales, porque ama la sinceridad. ¡Ah! si todos los hombres expresaran lo que llevan en su corazón, ¡cuánto más valdría la sociedad! Decir en alta voz lo que se piensa es manifestarte digno del título de hombre. Amar la verdad es un medio seguro de hacerse amar de ella. Amar y ser amado por la verdad, hé aquí la dicha. El amor, la verdad, la caridad, hé aquí toda la religion.

La palabra del Sr. Azcárate se acomoda admirablemente á las exigencias de la idea que le anima. No tiene de ella tan gran copia como otros oradores; pero en cambio es vigorosa y precisa cual ninguna. Acaso carezca de flexibilidad y no sea tan elegante como apetecen por punto general nuestras Asambleas; pero es viva y esta saturada de ciencia. Es una palabra jugosa, como las frutas más lozanas de la América, pero no tan dulce. Tiene la frescura y el aroma de la flor de los campos, aunque no ostenta los vívidos colores de la que riega blanca mano entre las pintadas rejas de un balcon. En la discusion vibra como un dardo acerado y produce chispas cual si chocase con un pedernal. Es una palabra fragorosa como una montaña que se derrumba. Es una palabra que amedrenta, porque tiene chasquidos como el trueno. He visto un dia al Sr. Perier en poder de nuestro orador como tierna gacela en las garras del leon. Me hacía el mismo efecto que un caramillo contestando á un trueno. La lógica del Sr. Azcárate rugía sobre la cabeza del incauto con-

servador, mientras éste pasaba y repasaba con la mayor tranquilidad el bucólico instrumento por sus labios arrancándole muy dulces y prolongadas notas.

Era una verdadera sinfonía alemana. Por los clavos de Cristo, mi querido Sr. Perier, si usted no quiere que se turbe esa paz seráfica que su corazón disfruta, no vuelva jamás á entrar en lides con el Sr. Azcárate, que es un gigante. Y no me venga usted á recordar ahora que el mancebo David consiguió vencer á Goliat, que era otro gigante. David derribó á Goliat de una pedrada, y usted, dulcísimo Sr. Perier, es incapaz de tirar una pedrada á nadie.

El Sr. Azcárate es á la fecha presidente de la Sección de ciencias morales y políticas, y en este honroso cargo ha tenido ocasión de dar á conocer una firmeza, un tacto y una imparcialidad que deseamos ver imitadas por cuantos en adelante lleguen á ocupar el mismo sitio. Y cuenta que nuestro orador está como el que más enamorado de sus ideas y las defiende con exaltación; pero sabe anteponer la notoria rectitud de su carácter á las sugerencias de la pasión. Por todo esto, lo mismo que por sus altas dotes intelectuales, debe ser considerado, y de hecho lo es, como una de las figuras más simpáticas que hoy posee el Ateneo de Madrid.

DON MANUEL PEDREGAL.

Habló, y pidió la palabra el P. Sanchez. Todos dijimos: «Séale Sanchez ligero.» Temblábamos por él, y no sin razón, porque es un poco cándido. Contra lo que esperábamos, el tonsurado campeón del ultramontanismo desdeñó la presa y satisfizo su voraz personalismo con algunos leves mordiscos á la ciencia liberal. Así, que no pude ménos de exclamar entre dientes: «Bienaventurados los cándidos, porque ellos no sufrirán los rigores del P. Sanchez.» Y no porque el P. Sanchez sea, bajo este punto de vista, más temible que cualquier otro ultramontano; las tomo yo con su paternidad. Mas para el buen concierto y feliz demostracion de mis ideas, conve-níame personificar en alguno ese espíritu clerical que levanta las montañas y las partidas, y tuve la mala ócurrencia de fijarme en el P. Sanchez. El P. Sanchez, pues, ha sido sacrificado á una cuestion de método. Dios me perdone, ya que él no me ha de perdonar. De todas maneras, le doy el más sincero parabien por no haber tenido el mal gusto

de atacar personalmente al Sr. Pedregal. La personalidad del Sr. Pedregal es de acero bruñido, y cuantos dardos se la dirijan se harán pedazos ó volverán á herir la mano que los haya lanzado.

El Sr. Pedregal no tiene historia, y por eso le considero feliz. Los individuos como los pueblos más felices son aquellos que no tienen historia. No abundan todos, sin embargo, en mi opinion. Hay muchos todavía para quienes la historia lo es todo—siquiera sea la del doctor Garrido—y que se hacen cruces cuando contemplan ministro á una persona cuyo nombre no ha conseguido el incomparable honor de llegar á sus orejas. Esta gente, que ama la publicidad ántes que el mérito, jamás perdonará al Sr. Pedregal el haber sido ministro sin haberse anunciado previamente unas docenas de veces en *La Correspondencia*. Pero si el vulgo necio no le perdona, los doctos le han acogido en su seno, y figura ya con justicia entre lo más ilustre y selecto de nuestra sociedad. Sus brillantes discursos de este año han dejado grato recuerdo en el Ateneo de Madrid, despertando por su persona la simpatía y el respeto que sin disputa merece.

Es el Sr. Pedregal, hombre de profundos conocimientos y de un honrado pensar. Ama á los tiempos actuales como ama el marino al bajel que lo conduce por el húmedo desierto á playas aún no vistas, pero ya soñadas. ¡Odiar á su siglo! ¿No es esta una infame deslealtad? Y cuando este siglo sostiene lucha bárbara, pero heroica, con la desgracia que pesa sobre su frente; cuando le vemos por tierra yacente, sintiendo revolverse en sus entrañas el hierro de la duda, y despues alzar su no-

ble cabeza con mortal angustia y extender sus temblorosos brazos hácia el porvenir, ¿no es casi un sacrilegio?

¡Oh, qué miserable es el que odia al siglo que le lleva en su seno! En vez de enjugar sus amargas lágrimas, en vez de derramar sobre sus miembros destrozados por la fatiga el bálsamo de la fe, en vez de prestarle el hombro para que sostenga sus vacilantes pasos, le vilipendia y le escarnece! Yo pondría sobre sus espaldas un letrero que dijese: «¡Traidor!»

El Sr. Pedregal no es de los traidores; es un amigo leal de su siglo y le sirve con una inteligencia poderosa y con la reconocida integridad de su carácter. Espíritu abierto á toda verdad, y voluntad apercebida á toda noble empresa, es capaz de sacrificarlo todo por sus ideas y por sus amigos; todo, menos su razon.

Nada semeja á aquellos que con la mayor facilidad hacen á Dios el sacrificio de su razon—sin duda porque la tienen en poco—y son incapaces de sacrificarle ninguna de sus viles pasiones.

No pertenece el Sr. Pedregal al número de aquellos otros á quienes un impulso fatal é irresistible arrastra hácia las borrascas de la vida pública porque sienten en su pecho el acicate de la ambicion. Por el contrario, estoy seguro de que le viene prieta esa vida, y apetece de todas veras aquella otra más serena y retirada en que pueda dar entera libertad á la disposicion de su espíritu, consagrándose al estudio, *ni envidiado ni envidioso*. La inteligencia del político brilla como un relámpago, ilumina el horizonte, deslumbra á la multitud y vuelve

á quedar sumida en las sombras hasta que fulgura nuevamente. La del Sr. Predegal esparce en torno suyo, como gusano de luz, una claridad no tan viva, pero más constante.

La tribuna del Sr. Predegal no es la del Parlamento. Se siente más cómodo en la cátedra; pero donde se mueve con mayor holgura y desembarazo es en la del foro. En el debate académico nuestro orador hace brillar su erudición y la incomparable fortaleza de su razonamiento; mas cualquiera que le escuche atentamente, no tardará en percibir que aquella palabra serena, persuasiva, majestuosa, padece de nostalgia. Está reclamando á gritos el debate jurídico. Llamo la atención de los críticos hácia el lamentable abandono en que yace la oratoria forense en nuestro país. En las naciones latinas, precisamente en aquellas que debieran rendir un tributo constante de admiración á la elocuencia de la toga, se encuentra sofocada y rendida á la gran pesadumbre de la tribuna política. Esta, más jóven y vigorosa, la aventaja en expresion y colorido; pero ¡cuánto la supera aquella en energía y concision! Entiendo que no existe motivo alguno para que pongamos en olvido este género de oratoria, en el cual Hortensio y Ciceron alcanzaron sus más preciados lauros. Y hoy que las circunstancias me deparan un orador llamado por sus condiciones á ilustrar con su nombre los anales del foro, bien puedo regocijarme, y conmigo los que amen el arte en todas sus esferas.

En efecto, el Sr. Pedregal no puede ser orador político, segun el sentido que hoy se aplica á este dictado, porque no tiene un alma laberíntica, por-

que bajo su frente se oculta un espíritu trasparente, un espíritu que está en paz con el mundo y consigo mismo. Para brillar en la oratoria parlamentaria es necesario poseer cierta dosis de osadía, y un sí es ó no es de malicia. No pidais nada de esto á nuestro orador: aseguro, sin temor de equivocarme, que no existe persona alguna que con razon pueda quejarse de haber sido herida, ó aun mortificada en lo más mínimo, por el Sr. Pedregal en el debate. Tampoco es un orador que corra desatentado en pos del éxito. Lucha con denuedo por sus ideas, sin parar mientes en el resultado de la lucha, porque es uno de esos corazones de leon que no tienen necesidad del éxito para combatir hasta el último instante.

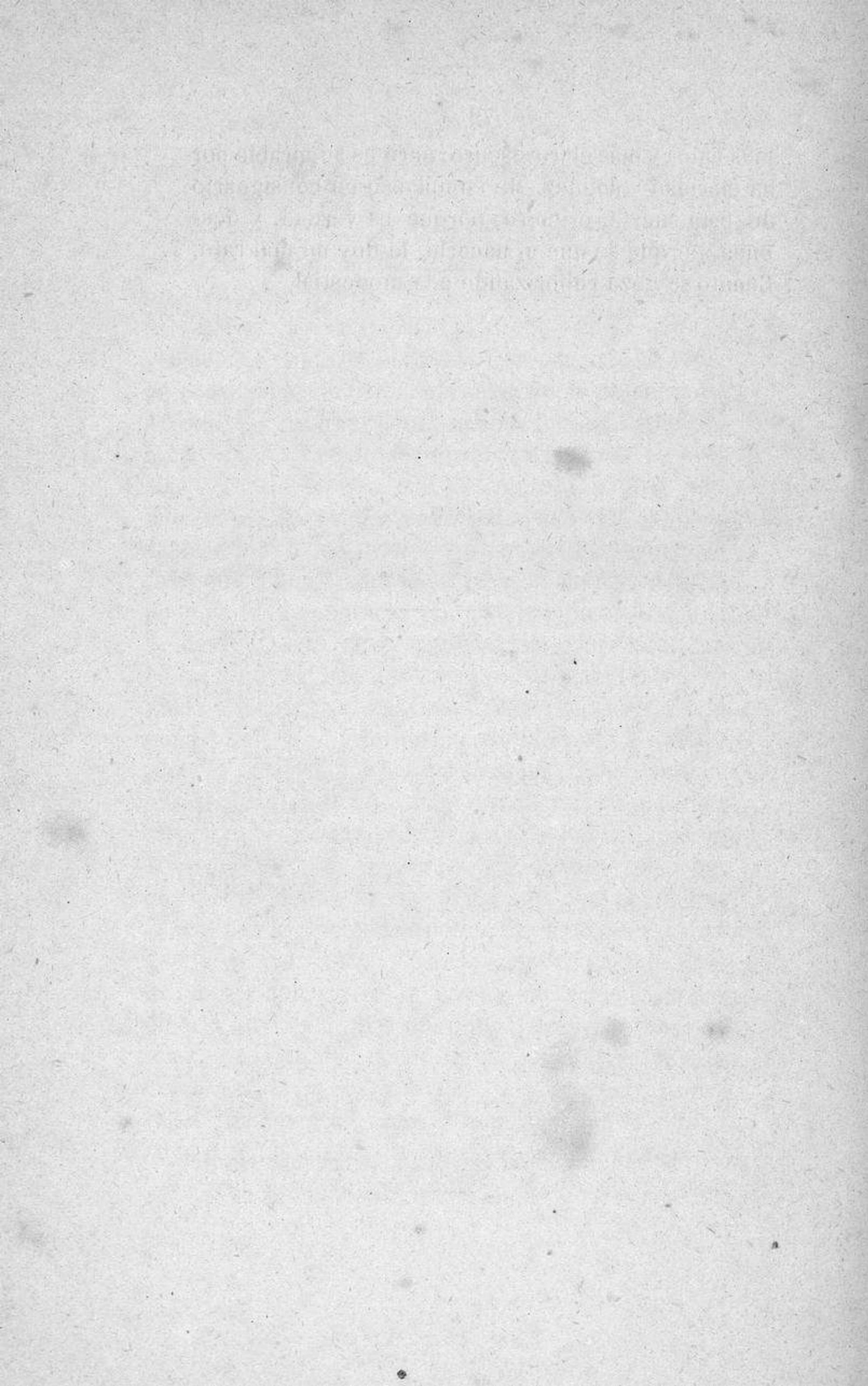
El Sr. Pedregal profesa con firmeza sus creencias religiosas y políticas. Si no es por esto el ave fénix entre nuestros políticos, poco le ha de faltar seguramente. ¡Desdichado! ¡Qué pecado habrá cometido para ser hombre político en España! Merecía serlo en un país civilizado. El Sr. Pedregal tiene horror al vacío, y nuestros gobernantes lo erigen en norma de su conducta. El Sr. Pedregal nutre en su espíritu ideas, y nuestros gobernantes las arrojan con desprecio, si es que alguna tiene la desgraciada ocurrencia de dar un paseo por su cerebro. Casi estoy tentado á darles la razon. Toda idea en España es un faccioso. No hay idea á quien no se le caiga la cara de vergüenza viendo lo que aquí sucede. Y no es eso lo peor, sino que maltratan con su constante clamoreo los delicados tímpanos de nuestros conservadores. Están fuera de la ley y de la constitucion interna. ¡A Fernando Póo con ellas!

Como orador académico ha mostrado el Sr. Pedre-

gal en su corta carrera excelentes cualidades. Para hablar bien no hay nada mejor que conocer el asunto del debate, hasta en sus más recónditas profundidades. El ilustre orador demócrata conoce cuantos asuntos trata, con la notable erudición que ya le caracteriza. Ama con pasión los detalles históricos, y bajo este punto de vista más que por ningún otro, ha conseguido hacerse apreciar en la cátedra del Ateneo. Su cabeza es un precioso arsenal que infunde terror á cualquier ultramontano. No es preciso exigirle la cita con el capítulo, página, edición, etc., etc.—antigua zancadilla que el P. Sanchez suele armar á los oradores inexpertos,—porque á todo ello y aún á más se anticipa el simpático campeón de la democracia. Su palabra no es brillante ni flexible, sino severa y enérgica. Procede con cierta lentitud, que hace á su oratoria un tanto lánguida y monótona; mas cuanto pierde en viveza, lo gana en claridad y ternura. Cuando el Sr. Pedregal toma la palabra, me llego á imaginar que es un hecho el que alza su voz en la discusión, para hablar con aquella lucidez, rectitud y frialdad con que un hecho hablaría si se hiciera carne. Sin embargo, hay cierta palidez en sus discursos, que el Sr. Pedregal debiera cuidar de combatir. No se me oculta que la verdad es fría, y que la artística combinación de efectos con que se la ofrece, no suele siempre dejarla incólume; mas no debe perderse jamás de vista que la verdad entra tanto por el sentimiento como por la razón, y que en nuestro país, sobre todo, aunque place mucho lo desnudo, á la verdad se la exige que se presente siempre bien vestida.

En suma, la elocuencia del Sr. Pedregal necesita

más calor y más claro-oscuro; pero es admirable por su claridad y solidez. Me complazco en consignarlo de esta suerte; primero, porque es verdad, y después, porque sé que al hacerlo le doy un mal rato. Cuánto se goza ruborizando á la modestia!



D. FRANCISCO DE PAULA CANALEJAS.

Cuando oigo decir que en España abunda el talento, mi pensamiento va á parar sin saber cómo al Sr. Canalejas. Cuando me dicen que escasean la diligencia y el carácter, sin saber cómo tambien pienso en el docto presidente de la seccion de literatura. Por más que no acabe de convencerme de que el talento busca puerto en nuestra patria con preferencia á otros puntos del globo, no cabe duda que el Supremo Hacedor mostróse pródigo y hasta rumbon, como acá decimos, y aún se le fué la mano con alguno de mis compatriotas.

¡Excelente cosa es el talento! Que lo diga, si no, el Sr. Perier, que en esta materia es testigo de mayor excepcion. ¡Cuántas cosas buenas se pueden hacer con talento! Entre ellas, una semblanza de gracioso corte, que agrade á los lectores y no disguste al orador. Lo cual es mucho más difícil que inflar un perro.

Para mí, el talento del Sr. Canalejas es materia de dogma. Aparte de que mi entendimiento así me lo

dice, tengo otro motivo para creerlo. Es un motivo fantástico. Han de saber ustedes que allá en los tenebrosos laberintos de mi cerebro, he dado en representarme, sin que tenga fuerzas para huir esta insensata imaginación, las ideas y las cualidades del espíritu por los colores de la materia. Así que, al amor me lo figuro blanco, á la simpleza rosada, al talento azul, al país rojo y á los constitucionales verdes. El Sr. Canalejas lleva siempre delante de sus ojos unos espejuelos azules. No me cabe duda, tiene talento.

Creo haber dicho ya, y si no lo he dicho lo digo ahora, que el talento del Sr. Canalejas está contrastado por un carácter enteco y tornadizo. Esto al ménos se dice de público, y esto debemos creer pensando mal, que es la mejor y más fácil manera de acertar. En el espíritu del Sr. Canalejas han contraído matrimonio un talento másculo y un carácter hembra. Y como este matrimonio no se ha verificado como el Santo Concilio de Trento lo dispone, para los buenos creyentes es un nefando concubinato.

La voz del pueblo (*vox Dei*) acusa, además, al Sr. Canalejas del feo pecado de holgazanería. Confesemos que en esta ocasión la voz de Dios ha dado un gallo. Para mí el Sr. Canalejas es un prodigio de actividad. Sólo con actividad, y con mucha actividad, se alcanza un nombre esclarecido en la literatura, en el foro y en la filosofía. Pero nuestro presidente sostiene lucha desigual, que agotará sus fuerzas, con un enemigo terrible: el tiempo. El tiempo es la materia primera de todo sabio, y sin ella no es posible laborar ciencia. Así se explica que el señor Canalejas aborde con denuedo todos los problemas

del pensamiento humano y los abandone cuando aún no está bastante saturado de ellos. Yo hubiera deseado más verle ahondar en la ciencia de la estética, que tanto contribuyó á propagar en nuestra patria, que hallarle cual frívolo mancebo requebrando de amores ora á los estudios de erudición literaria, ora al derecho, ora á la filosofía. Necesito hacer una salvedad. Si el Sr. Canalejas se ha dedicado al estudio del Derecho—incompatible, á mi juicio, con otros de distinta índole—por pura afición ó deseo de saber, merece que le censuremos ácremente. Mas si ha dedicado sus talentos á la jurisprudencia tan sólo para alcanzar por su intercesion lo que no ha podido recabar por vías más amables, entónces sólo nos resta lamentarnos amargamente de que en nuestro país necesite un literato insigne sacrificar su vocacion en aras de las necesidades físicas.

He dicho que el Sr. Canalejas tenía talento, y no me vuelvo atrás. Sobre que sería igual que me volviera, pues no dejaria por eso de tenerlo. Conviene que determine ahora de qué clase es su talento. Acerca de esto no puede existir duda alguna: el talento del Sr. Canalejas es esencialmente crítico. Como crítico no tiene rival hoy en España. Vaya usted á averiguar ahora por qué un hombre que posee dotes extraordinarias de crítico no piensa en criticar nada. Para la resolucion de este problema recuérdese lo que he dicho en el comienzo de este artículo. De todos modos es imperdonable que el Sr. Canalejas abandone el campo de la crítica, principalmente de la crítica dramática, á la impotencia petulante é insufrible de los literatos menores que

hoy la tienen monopolizada para baldon de las españolas letras.

Las cualidades que lo realzan como crítico menoscaban su elocuencia, de la cual tiempo es ya que hablemos. Un crítico es un hombre que necesita criterio firme, talento analítico, dicción correcta y juicio sereno. No diré yo que estas aptitudes sean para el orador cosas superfluas, pero me atrevo á creer que tampoco son de primera necesidad. Tengo para mí que el docto lector ha enderezado ya su pensamiento hácia un insigne orador del Ateneo, y lo está desmenuzando sin piedad para comprobar mi aserto. Caro lector, ten el afilado escalpelo y observa que vas á cortar la fibra de la pasión y el hermoso tejido de la fantasía.

El Sr. Canalejas pasa por orador de muchas tildes. Con efecto, de tal modo peina y asea su palabra, que las frases que brotan de sus labios, por lo afeitadas y relamidas, semejan damas del tiempo de Luis XV. Salen con el cabello empolvado, las mejillas pintarrajadas y hasta lunares postizos. El señor Canalejas aspira, por lo visto, á hablar lo mismo que escribe. Supongamos que lo consigue: tendremos un elegante y castizo escritor que redacta su prosa con la punta de la lengua, pero no un orador. La oratoria necesita más de calor y oportunidad que de tildes.

Pero si no es un verdadero orador el Sr. Canalejas, bien puede considerársele en cambio (un cambio que nadie vacilaría en aceptar) como el prosista más elegante, más castizo y más flúido que hoy posee el idioma castellano. Es la prosa del Sr. Canalejas como una de esas bebidas azucaradas y refres-

cantes que se toman con delicia en una tarde calurosa del estío. Si la comparamos con las inmundas pócimas que diariamente nos hacen gustar las prensas españolas, parece ambrosía de los dioses. Hé aquí por qué leo sus discursos con más placer que los escucho. El Sr. Canalejas no pronuncia discursos, los dicta, ó lo que es igual, los pronuncia para el día siguiente. Pero al día siguiente son una obra tan lucida y primorosa, que merecen llevar á su cabeza el humeante pebetero de la Academia con la metafórica inscripcion: *Limpia, fija y da esplendor*.

La palabra de este orador sería flúida y expedita si no cuidara tanto de su aliño. Pero el público tiene que esperar á que cada una haga su *toilette* ó tocado, como decimos en romance, y este se prolonga alguna vez en demasía. No sé decir si á esta frialdad que advierto en la oratoria del ilustre presidente, contribuyen aquellos supradichos espejuelos azules. Creo que sí. Los ojos son un poderoso auxiliar para la lengua, y los del Sr. Canalejas son unos ojos mudos; mudos al ménos para el auditorio, aunque agoten los giros más expresivos detras de unas paredes cristalinas. Los ojos rien, los ojos lloran, los ojos interrogan, los ojos amenazan. Nada de esto llega á nosotros cuando habla el orador que nos ocupa. El Sr. Canalejas habla como hablaban con su boca de sílice los antiguos oráculos egipcios; se percibe el movimiento de los labios, se escucha el ruido de la voz, y nada más. Los ojos no varian el curso de la palabra, pero lo iluminan. Ciceron no hubiera confundido á Catilina si gastara anteojos azules.

En cambio, estos anteojos prestan á su pensa-

miento un optimismo que escandaliza al Sr. Revilla. La tierra para él es un segundo cielo. Los campos y las ciudades son azules para nuestro orador. Hasta al Sr. Revilla lo ve de color de cielo.

Se dice que es discípulo de Krause (1). Distingamos. Si por krausista se entiende un personaje extravagante y soberbio que, colándose de sopetón en la morada de la ciencia, pretende dar con la puerta en las narices á cualquier otra doctrina que no sea la suya; es decir, si el krausista ha de ser un ultramontrano vuelto al revés, el Sr. Canalejas está muy lejos de recibir con justicia tal denominacion. Mas si esta significa por ventura la creencia razonada en todas ó en parte de las doctrinas de aquel filósofo sin constituirse en sectario suyo, bien puede asegurarse sin temor de calumniarle que es krausista. ¡Que no fueran todos los krausistas como el Sr. Canalejas, tolerantes, flexibles, y sobre todo más estéticos en su obrar y decir!

Merced á su talento y á una base metafísica bien asimilada, nuestro orador habla con lucidez y discrecion, sobre todo lo que es asunto de la ciencia y del arte. Prefiero, no obstante, escucharle cuando diserta sobre el último punto. Entónces adquiere su frase el más alto grado de perfeccion y domina en las palabras como en los pensamientos una armonía que denota la irresistible vocacion de su espíritu. No hay duda que el Sr. Canalejas está formado para amar la verdad por conducto de la belleza.

(1) Observen ustedes que escribo Krause con una ese, áun cuando sus impugnadores en España lo escriben casi siempre con dos.

D. MANUEL DE LA REVILLA.

Hé aquí que el Sr. Revilla surge ante mis ojos y ya adopta la figura más graciosa para ser retratado. No le hagamos esperar; tiene fama de impaciente, y pudiera marcharse dejando á mis lectores defraudados, y á mí corrido y boquiabierto con la pluma tras la oreja.

Todo el mundo ha puesto las manos sobre el señor Revilla. Y por si estas metafóricas manos le hacen cosquillas, me apresuro á explicar el tropo diciendo que el Sr. Revilla ha dado ya mucho que decir en el curso de su vida. Yo mismo, que soy una especialidad en no decir nada, sobre todo cuando no me preguntan, confieso que he murmurado de este orador un poco, en cierto número de *La Política*, que no recuerdo en qué mes ni en qué año vió la luz. Algo de lo que entónces dije habré de repetir ahora; mas no será muy poco lo que necesite callar, pues la fisonomía moral, como la física, sufre por virtud de los años grande y atendida mudanza.

Al hablar del Sr. Revilla, juzgo necesario despojarme de aquella simpatía personal que pudiera conducirme á un entusiasmo sobrado ruidoso, para manifestar, con toda imparcialidad, mi serio y leal entender sobre su persona. Ninguna prueba más clara de aprecio puede darse á un grande espíritu que presentar sus defectos al lado de los méritos que lo realzan. Porque de esta suerte asegura su reputacion contra la malevolencia, y la guarda tambien de una vil y funesta lisonja.

Una de las cualidades que la opinion se empeña en señalar con más insistencia al carácter de nuestro orador, es la de ser profundamente escéptico. Sobre tal escepticismo, fuerza es que discurremos brevemente. El Sr. Revilla no es un escéptico de pura sangre, de aquellos que salen al mundo haciendo muecas al cura que los bautiza y lo dejan con una helada sonrisa de desden; almas provistas de concha como la tortuga, en las cuales el sol de la religion no consigue hacer entrar sus rayos, ni el amor humano logra introducir su elixir de vida. No; el Sr. Revilla es un escéptico de ayer, un escéptico novicio, y por eso incurre en todas las imprudencias y sinrazones del neófito. Más que escéptico, es un creyente avergonzado, que perdió su fe en la verdad porque la halló ridícula. Si la verdad se ostentase siempre bella ó fuese de buen tono, como ahora se dice, nunca dejaria de contar al señor Revilla entre sus adeptos. Mas aquella afecta en ocasiones formas rudas y desgraciadas, y el señor Revilla ama demasiado á la estética para consentir en privarse, ni por un instante, de sus tiernos halagos. De aquí que se preocupe más por seguir con

escrupulosa exactitud los vaivenes de la moda en el mundo científico que de aquilatar con paciencia la verdad ó el error de cada nueva teoría. Su inteligencia, un tanto impresionable, le arrastra todos los días por distintos y peregrinos senderos. Y hago observar que así como el escepticismo corriente se caracteriza por no creer nada, el del señor Revilla, más original, consiste en creerlo todo por etapas. Su viajero pensamiento se columpia como una oropéndola y discurre con increíble agilidad por todos los sistemas religiosos ó sociales, haciendo noche fatigado en los yermos de la duda. ¡La duda! La duda no es para el Sr. Revilla la llave de la sabiduría, sino una deidad misteriosa é incitante á quien su confundido entendimiento rinde fervoroso culto.

No soy de los que creen en la absoluta necesidad de afiliarse á una secta filosófica ó política; pero sí abrigo la convicción de que urge para todo pensador el crearse un sistema de verdades, sin el cual pensamiento y conducta marcharán siempre vacilantes. Por lo mismo no reprocho al Sr. Revilla sus geniales deserciones, sus transacciones ó sus intransigencias; lo que me atrevo á censurar con todas mis fuerzas es que por mostrar discreción, ó á guisa de solaz, haga frente á cada escuela con las doctrinas de su contraria, sin que alcance á recabar de estos conflictos su poderosa inteligencia otra conclusión que la que deducen los espíritus vulgares del choque de los sistemas, esto es, que todos por igual son falsos y mentidos.

Mas dejemos al Sr. Revilla, filósofo, entregado á las enervantes caricias de la duda, y salgamos del

océano amargo de la censura para entrar en las dulces aguas del aplauso. El Sr. Revilla podrá no ser un filósofo, y de hecho le falta mucho para serlo, pero es fuerza convenir en que tiene bastante para ser uno de los entendimientos más privilegiados que hoy posee nuestra patria. Es uno de esos talentos insinuantes y serenos á propósito para sortear los escollos de la vida, porque al modo de ciertos metales, es dúctil y maleable. No quiero decir con esto que carezca de vigor, pero es más audaz que vigoroso. Se ofrece como uno de esos hombres que nadie sabe de dónde vienen ni á dónde van, pero que todo el mundo conoce perfectamente dónde se les encuentra. Vive en la polémica, en la incesante batalla que tienen trabada las escuelas, y lucha, ya de un lado, ya de otro, con una ó con otra enseña, porque

«*sus* arreos son las armas,
su descanso el pelear,»

esgrimiendo la lengua con aquel denuedo y bizarría con que el invicto Orlando daba vueltas á su luciente espada.

En la polémica es donde el Sr. Revilla pone de manifiesto lo perspicuo y lo flexible de su ingenio. Por abstrusa que la cuestión parezca, ó por lejana que se encuentre de su recto camino (y cuenta que en el Ateneo las cuestiones son bastante dadas á irse por los cerros de Úbeda), así que el Sr. Revilla se apodera de ella, se esclarece y depura cual si entrara en un poderoso crisol. Conviene advertir, no obstante, que el Sr. Revilla ve con asombro-

sa claridad los aspectos más capitales de todo asunto, pero acostumbra á dejar en lamentable abandono los detalles. Tratándose de problemas sociales ó religiosos, este lógico porte ántes parece plausible que vicioso, porque la vaguedad con que las más de las veces se plantean, lo reclama; mas en achaques de arte suelen jugar los detalles un papel principalísimo, alumbrando ú oscureciendo el pensamiento generador de la obra. De aquí que el Sr. Revilla, como crítico, no tenga á mi juicio aquel puro sentido artístico que en vano se busca en los tratados de Estética, porque sólo reside en una naturaleza fina y exquisita, socorrida por una larga y atenta contemplacion de obras artísticas. En una palabra, creo que el Sr. Revilla no tanto posee el sentido como la ciencia del arte.

Pero es ya tiempo de estudiar sus condiciones de orador. Todos los reproches y censuras que como pensador pueden dirigirse al Sr. Revilla, deben cesar al tiempo mismo que como orador se le considera. No le dotó Dios de aquel sublime calor que enrojece el pensamiento del Sr. Moreno Nieto, merced al cual se consigue inspirar y apasionar al auditorio; pero concedióle el don señalado de dominar absoluta é incondicionalmente la palabra. Esta responde siempre con escrupulosa exactitud á los más ligeros choques del pensamiento, y camina con gran desembarazo por sus pliegues más profundos. La inteligencia es viva, y ejercita las transiciones repentinas con una facilidad que maravilla. Parece que el orador jamás se encuentra dominado por un pensamiento único que le dirija y avasalle, sino que todos los evocados por su mente se le presentan

con la misma pureza en las líneas y la misma intensidad en los colores. Esto me hace presumir que el Sr. Revilla mantendría con la misma soltura el pro y el contra en todas las cuestiones.

Maneja la ironía con buen éxito, y á esta arma debe muchos de sus triunfos. Tiene gran perspicacia y ve la situación de un solo golpe, hiriendo con firmeza á su adversario en los sitios vulnerables, pero haciendo resbalar con sutileza el cuerpo cuando se siente cogido entre sus brazos.

Recuerdo que en una ocasión cierto ministro, al entrar en la Cámara, contestó satisfactoriamente á una compleja interpelación que no había oído, ganando por esto y otras cosas semejantes fama de diestro.

Pues bien; el Sr. Revilla, tratándose de ciencia (que es algo más frágil y delicado que la política), sabe contestar con brillantez las cuestiones que no ha estudiado ni pensado previamente. Es tan formidable improvisador de teorías como el P. Sanchez de citas. Solicitado el pensamiento á la continua por una fantasía inquieta y afilada, trabaja con brío durante la peroración, y cuando llega el momento de reposo, presumo que muy quedo le dirá: «También por esta vez te he sacado del aprieto.»

Quiero confesar, no obstante, que aunque el señor Revilla me produce con sus discursos placeres sin cuento, no deja de causarme de vez en cuando algún serio disgusto. Yo le escucho con placer siempre que defiende cualquiera de las fases de la moderna cultura; mas cuando asendereado y fugitivo acude á guarecerse bajo la égida de los respetables defensores de la tradición para condenar lo que en-

tónces llama por mayor desprecio *volterianismo*; esto es, cuando arranca de sus sienes el laurel de la democracia para ceñirlas, siquiera sea por breve instante, con el sombrero de teja, entónces blasfema el Sr. Revilla. Amamantado por una escuela que sostiene cual ninguna la libre indagacion de la verdad, y sin más instruccion que la que bebiera en las corrientes del movimiento intelectual contemporáneo, no será jamás baluarte del pasado, sino su más terrible demoledor. Si el Sr. Revilla quiere creerme, y juzgo hacerle un favor suministrándole la idea, debe renunciar cuanto más ántes á esos aires de recelosa ambigüedad que lo sofocan, y conceder libre curso á su genial oratoria, la cual jamás podrá vivir en otro ambiente que en el del racionalismo crítico.

No es en la entonacion ardiente, como el señor Moreno Nieto, sino grave é insinuante. La diction es correcta, y repito que la maneja por entero á su talante. El ademan noble y circunspecto, aunque deja traslucir un poco al pedagogo.

D. FRANCISCO JAVIER GALVETE.

La muerte, que todo lo quebranta, tambien ha quebrantado un propósito que habia concebido al inaugurar esta galería de oradores. Pensé que siendo los jóvenes de suyo sobrado inquietos para hallarse bien entre personas de tal gravedad y discreccion como las que aquí han venido, era prudente no dar cabida en ella á los oradores noveles.

Por otra parte, el carácter de estos ofrece tal vaguedad en los contornos y están sus tendencias tan borrosas y confusas, que la pluma nada acierta á definir con claridad en ellos, y al convertirse en hombres, acaso mostrarian mi semblanza como una de esas fotografías envejecidas y arrinconadas en álbum añoso que despiertan siempre la hilaridad de los amigos de la casa.

Pero la muerte envejece más que los años. El que muere queda en un todo definido, y sus rasgos fijados por una eternidad. Es un joven muerto de quien os voy á hablar.

Poco más de un mes hace todavía que un puñado

de yeso cerró para siempre en tétrica estancia el cadáver de Javier Galvete, y ¡cuántos le han olvidado ya! Tal vez á alguno le parezca demasiado tarde para hablar de él. ¡Haré mal en entregar á su indiferencia con este recuerdo el nombre de un amigo querido? ¡Decídmelo los que escuchasteis por última vez aquella palabra vigorosa y acerada que hacía vibrar las conciencias! ¡Decídmelo los que visteis aquel rostro, lívido por el dolor y por la duda, mirando por vez postrera hácia vuestros escaños, con los ojos opacos y ansiosos del gladiador que muere en la arena! ¡Sí! murió el atleta del espíritu, y el olvido fué la losa que cerró su tumba. Mas yo tengo motivos poderosos, motivos del corazón, para no asociarme á tal olvido, y quiero rendir á Galvete con estas líneas un triste y fraternal homenaje.

Javier Galvete habia alcanzado una madurez de entendimiento fatalmente prematura. Como ciertos frutos que ostentan desde muy temprano su dorada corteza entre las verdes hojas del estío, Galvete ocultaba una inteligencia de gran alcance, bajo una frente de niño. Pero los frutos prematuros no pueden resistir el ímpetu del vendaval ni las tempestades del verano, y caen y se corrompen en el suelo. Así cayó Galvete del árbol de la vida.

De aquellos dos grupos de temperamentos que se reparten el linaje humano, el uno soñador, místico, entusiasta; el otro práctico, sereno, impasible, Galvete pertenecía al primero. El mundo indiferente y egoísta en que vivimos era pobre escenario para un espíritu tan ardiente y turbulento como el suyo. Mejor le cuadrara aquel otro de tensión extrema, de fiebre, que recibe el nombre de Edad Media: en

sus locas empresas, en sus férreos dogmas, en sus brillantes emociones, conseguiría tal vez apagar la sed que lo devoraba. Este afán ansioso que sentía de llenar su alma de ideas para engrandecerla, llevóle harto temprano, sin auxilio de nadie y sin medios de fortuna, al país donde hoy se forjan los más altos pensamientos, á la tierra insigne de Alemania. ¡Cómo se repitió con mi infeliz amigo el viejo cuento germano! La pérfida Loreley, la virgen de los cabellos de oro, disfrazada ahora con el manto immaculado de la filosofía, le atrajo con sus cánticos suaves para hacerle morir traidoramente.

Los que hemos conocido á Galvete nunca dudamos de su mérito, y sabíamos muy bien que no tardaría en hacerse la luz sobre su nombre. Mas él mostrábase indiferente y hasta esquivo á las seducciones de la gloria, tal vez porque reclamaba toda su atención la cruel batalla que se reñía en su conciencia. La idea religiosa llenó completamente su breve existencia. Al nacer á la vida de la razón, sintióse acometido de esa terrible enfermedad que azota nuestro siglo y que amarga todos nuestros placeres. La duda impía alojóse en su cerebro. Muchos estudios, muchas vigiliass, muchas torturas consiguieron al cabo lanzarla fuera, pero al salir dejó detrás un cuerpo marchito y agotado, muy propio para servir de presa á la tisis.

Nada hay más horrible que esos gritos desesperados del pensamiento que á toda costa quiere ser acción. Galvete los sintió siempre tronar en sus oídos. Apénas nacidos ya le atormentaban demandándole una instantánea realización, y su alma y su

cuerpo se esforzaban en vano por concedérsela. Esta lucha le producía fiebre, y la fiebre le mataba lenta, pero seguramente.

La enfermedad es antigua. El espíritu del hombre vive en perpetua agitación como las aguas del Océano, sube como sus olas hasta los cielos y baja también á los más negros abismos. Y así, entre el dolor, la duda y la esperanza se mueve eternamente el mundo de los seres humanos. Feliz el hombre cuya vista no penetra la región de los sueños y de las ambiciones. Su vida ignorada, apacible, monótona, es mil veces más dulce que la de aquellos cuyo cerebro pudiera tomarse por guarida de fantasmas.

¡Feliz aquél que trata á sus nervios como viles lacayos! ¡Plegue á Dios que jamás se le rebelen ni promuevan algaradas en su organismo! Porque si la lucha del hogar doméstico está pintada con tan sombríos colores por los moralistas, ¿qué debemos pensar de la que existe en el fondo de la conciencia? Sí, hombres que sufrís los excesos del pensamiento, ¡guerra á muerte por discolo y traidor al sistema nervioso cerebro-espinal! ¡Llor eterno al prudente tejido muscular! El sólo es fuerte, y á la par sensato y honesto.

El mal se ha recrudecido de un modo alarmante en nuestros días. El vértigo se ha apoderado de todas las cabezas, quiero decir, de casi todas, porque tengo el honor de conocer una que rige los destinos municipales de un lugar, del cual, aunque no quiero, me acuerdo todos los días, en la que jamás ha entrado vértigo alguno; es más, respondo de que no entrará. Todo se piensa, todo se medita, todo se pro-

yecta, pero nada se deja sazonar. El minuto mata al minuto, y el pensamiento al pensamiento, y en esta desenfrenada actividad intelectual se rompe la armonía del espíritu y se disipa el encanto de la vida. Y es lo peor de todo que cada hombre no se resigna á ocupar el sitio que le corresponde en la obra de las generaciones, no quiere limitarse á cultivar con paciencia el suelo que pisa, sino que aspira, en los breves dias que se le otorgan sobre la tierra, á resolver todos los problemas, á someter los imperios del cielo y de la tierra á su dominacion.

Yo no sé si Galvete era un hombre religioso ó un impío. Los hombres religiosos que me han hecho conocer desde muy temprano, respiran sosiego y alegría por todos los poros de sus mejillas frescas y rosadas por punto general: su marcha es reposada y firme; están siempre en guardia contra su pensamiento, y hablan sin escrúpulo de todas las cosas que no se relacionen directa ni indirectamente con el dogma. La Providencia, pero una Providencia regocijada y y pródiga, parece habitar en su alma. ¡Cuán diferente de ellos era Javier Galvete, tan brusco, tan flaco, tan triste, tan inquieto!

Yo he oido decir, sin embargo, que la meditacion sobre la naturaleza de Dios es un verdadero culto; nuestra alma se desprende de lo que es perecedero y finito, y marcha hácia lo absoluto é infinito en alas de la razon, penetrándose del amor eterno y de la armonía del universo; pero doy en presumir que estas son huecas palabras de una filosofía revolucionaria y atea.

Lo cierto es que nuestro jóven orador no iba á la

moda en materia de religiosidad, sin comprender que á todo el que pretende romper con la moda se le levanta una cruz en este mundo.

Como escritor tuvo tambien este ilustre jóven la mala ventura de no ver aprovechadas sus notables aptitudes por la prensa política afin á sus ideas, necesitando poner su pluma, para subsistir, al servicio de otra ménos liberal.

De este ultrajante grillete que la necesidad aplicaba á su inteligencia durante el dia, vengábase á la noche lanzando rojas oleadas de una oratoria vivaz y atrevida sobre las dormilonas cabezas de los ultramontanos del Atenéo. Nadie como él logró estremecerlos azotando sin compasion sus invasoras doctrinas, despues de arrancar á girones el oropel con que se encubren. Aquel rostro pálido y de algun modo siniestro, aquella palabra audaz, penetrante, fanática, traian á la memoria las predicaciones de los primeros campeones de la Reforma. Como en los de ellos, brillaba alternativamente en sus discursos un entusiasmo ruidoso, un amargo desengaño ó una ansiedad febril. Sin embargo, aunque exaltado é impetuoso en el debate, era dulce y afable cuando hacía reposar su espíritu angustiado en el seno de la amistad. Me complazco en consignarlo aquí para desvanecer cualquiera duda que acerca de su carácter pudieran concebir los que no conocieron á Galvete más que en las discusiones académicas. Se habia erigido en apóstol de los derechos del libre pensamiento y del Estado, enfrente de las pretensiones del ultramontanismo monstruosamente acen- tuadas en estos últimos años, y acaso movia su lengua con demasiada sinceridad para la usanza de

esta tierra. Su oratoria era profunda y nerviosa. Hablaba con una facilidad severa y restringida como aquel que quiere hacer que prevalezca la idea sobre la palabra. La acción con que se acompañaba tenía muy poca variedad, era monótona, pero se acomodaba bien á ese género de oratoria sin efectos, serena y clara, donde cada juicio vale una sentencia y cada palabra un hecho. Era una oratoria interior más que exterior. Los años hubieran limado las asperezas de su estilo y los arranques de su misticismo, y entónces pasaria á formar entre los más grandes oradores.

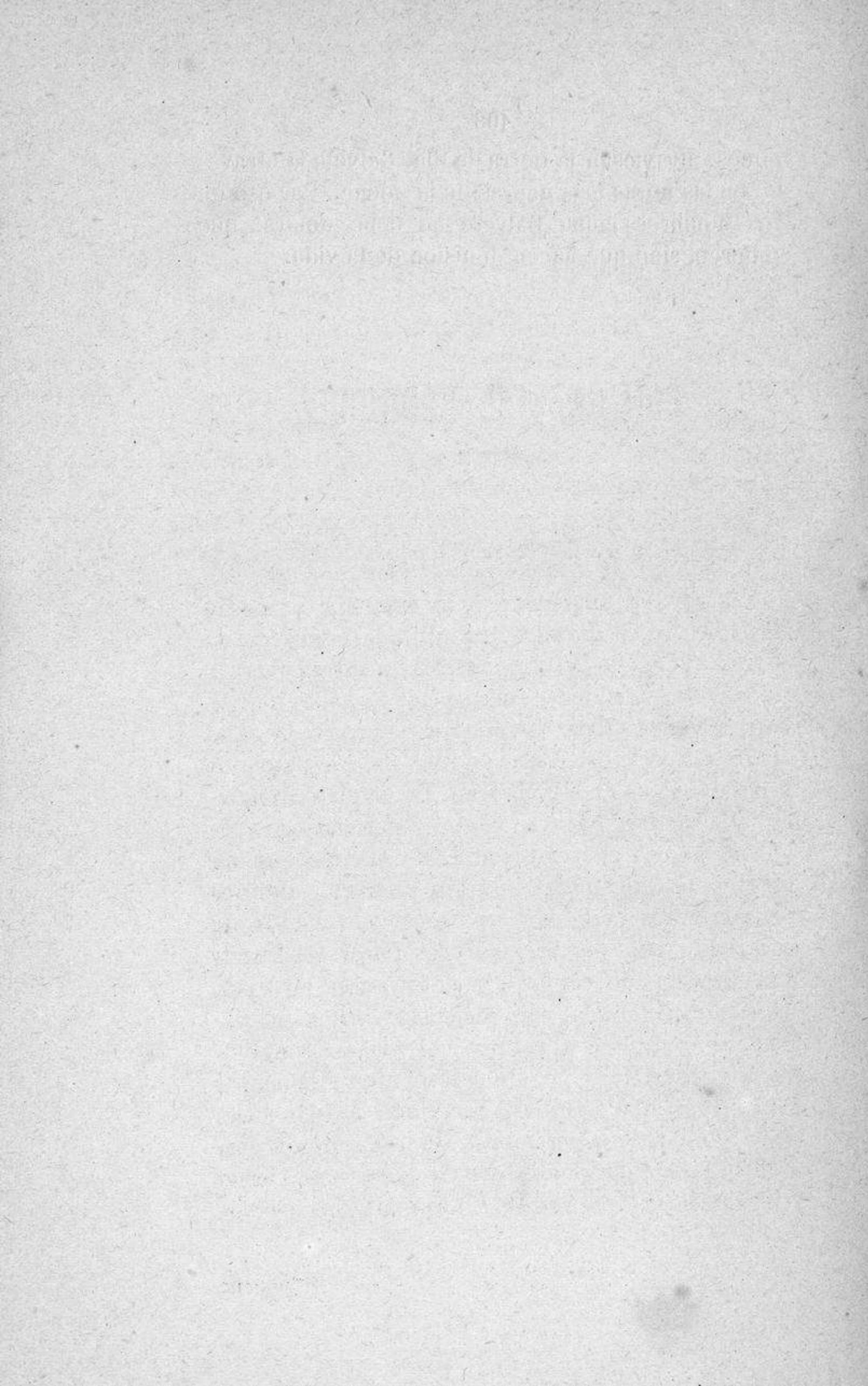
Pero ¿á qué imaginar lo que pudo ser? Acordémonos más bien de lo que ha sido: un jóven que pensó, que sintió con exceso y que pagó con la muerte el capricho de pensar y de sentir las cosas que tienen sin cuidado á los demas; un perseguidor infatigable de fantasmas; uno de esos hombres que en el jardín da la vida se empeñan en coger tan sólo aquellas flores tristes y simbólicas que la fantasía del pueblo ha llamado *pasionarias*.

La verdad es que el número de estas va aumentando de tal modo, que amenazan cubrir con fúnebre manto los verjeles de la tierra. Todos los antídotos de la filosofía optimista no bastan ya á convencernos de que esta vida sea más que una serie dolorosa de tristezas y decepciones. La muerte va adquiriendo de dia en dia mayor reputación entre los hombres razonables. Y es que la vida debe parecerse á una de esas mujeres coquetas y abominables de las que nos cuesta gran trabajo separarnos, pero que, despues de conseguido, nos admiramos de haber amado tanto. Por el contrario, la muerte es

tranquila, serena, inalterable como la vírgen de los últimos amores. ¿Vale tanto por acaso una vida de dolores y desengaños como el dulce reposo de lo eterno? ¿Y qué otra clase de vidas ofrece el destino á los que nacen con talento? El talento es ya por sí una enfermedad, por más que esta enfermedad, como la de las ostras, produzca hermosas perlas, y el que lo posee lo arrastra por el mundo con trabajo. Fuera de los carriles ordinarios de la vida, va tropezando con todo, chocando con los infinitos obstáculos que la preocupacion, el egoismo y la rutina oponen á su paso, y cuando llega al término de su carrera, que es la muerte, ha dejado ya en pedazos por el camino todos los deseos y todas las ilusiones de su alma. El hombre que muere sabe que deja en pos de sí un universo de desdichas cuyo amargo jugo hubiera él gustado gota á gota, á prolongarse más su estancia en este suelo. Lo que nos hace amar la vida es la seguridad que tenemos de perderla. Sin esa seguridad, no me cabe duda que la miraríamos con desden, y ¡quién sabe tambien si con horror!

He visto morir á algunos de mis amigos cuando habian llegado á la plenitud de las esperanzas, pero no á la de la razon. Pues bien; creo, despues de considerar atentamente su existencia, que á serles posible, ninguno volveria de la region de las sombras, ninguno atravesaria de nuevo la laguna Estigia para mezclarse otra vez con la turba de los vivos. Galvete ménos que todos querria emprender nuevamente su fatigoso Calvario: él, que ha descifrado ya el enigma tremendo de lo infinito, conoce bien lo que vale este mundo finito. Algunos, muy

pocos, atraviesan la tierra de día. Galvete la atravesó en las horas más negras de la noche. Por eso de los hombres como Galvete no debe decirse que mueren, sino que hacen dimision de la vida.



DON GABRIEL RODRIGUEZ.

Sentado en un rincón de la estancia, y medio oculto entre un diván y una silla, gozando de la última ráfaga de la luz que se iba, y entregado á la dulce voluptuosidad de no pensar en nada, he visto una vez penetrar con sonora planta en la galería de retratos del Ateneo á uno de los patricios y notables que en ella figuran. Le he visto dirigirse, sin vacilar, hácia su efigie, y permanecer ante ella en atenta contemplacion, un tiempo que no me fué posible medir. Y, sin quererlo, algunos pensamientos pérfidos y traviosos, y vestidos de encarnado, cuál pequeños Mefistófeles, acudieron á mi desocupado cerebro, y entornaron mi vista hácia aquella muda, pero elocuente escena. El patricio contemplaba al retrato; el retrato contemplaba al patricio; y yo, silencioso, muy silencioso, los contemplaba á ambos. Parecíame asistir á extraña y misteriosa ceremonia de una religion perdida. El patricio rendia con la mirada un tierno y fervoroso culto al retrato; lanzábale con los ojos

todo el incienso de su alma, y hasta se me figuró que sus rodillas se doblaban, buscando con ánsia el duro pavimento.

El retrato, con impasible y frío continente, dejábase adorar sin dar muestras de que aquel incienso se le subiera á la cabeza; ántes, bien, parecía un poco contrariado. Yo guardaba silencio, mucho silencio, pero de mis ojos debía partir un río de ironía, un Mississipi de sarcasmos, porque el patricio separó, con trabajo, su vista del retrato, la volvió hácia mí, y ¡oh, pudor santo y adorable! Cual tímida doncella, que imprudente cazador sorprende en el baño, las tintas de un rojo carmin tiñeron sus mejillas. Giró sobre los talones, y salió con breve, pero cortado paso de la sala. Y yo quedé á merced de mis pérfidos y traviosos pensamientos.

¡Ay! pensé; ¡*anch' io son piktore!* ¡Tambien yo he dibujado con mano torpe el perfil de muchos de esos señores! ¡Mas á mi pobre galería no vendrán coronados de pámpanos á celebrar festejos en su propio honor, como el ilustre patricio que acababa de salir, porque se respira en ella un ambiente cargado de franqueza y desenfado que los asfixiaría!

Y sin embargo, y á pesar de cuantas quejas voy recibiendo, estoy bien convencido de que no he lastimado á nadie. Yo no puedo lastimar á aquellos á quienes admiro. Tan sólo me he permitido sonreír alguna vez con el borde de los lábios, y volviendo la cara á fin de que el público no se diera por enterado. Mas si estas mis sonrisas pudieron molestarles, protesto una y mil veces de su

inmaculada inocencia; ¡son cándidas y puras, sí; como la oracion de un niño ó un exordio de Perier!

¡Quién es D. Gabriel Rodriguez? Vamos á verlo.

Acababa yo de llegar á Madrid de mi insigne cuanto remoto villorrio, y no hay para qué decir que traia almacenado en el pecho un buen cargamento de admiracion, del cual he derrochado ya bastante, hasta el punto de que á la hora presente sólo me queda un poco, que procuro gastar con la mayor prudencia. Pues bien; hallábame cierta noche de sesion en la cátedra del Ateneo, cuando acertó á entrar por ella una persona de fisonomía noble y expresiva, que llamó desde luego mi atencion. Y ya me disponia á preguntar su nombre al vecino, cuando sobre un leve rumor que se produjo en torno mio, creí percibir el nombre de Rodriguez. Y no sólo percibí el nombre, sino tambien algunas frases dialogadas que me impresionaron vivamente:

"Ahí está Rodriguez.—¿Rodriguez?—Sí; Rodriguez, el que no ha querido ser ministro.—Eso no puede ser, amigo."—Y un eco que se produjo en las sillas, repitió varias veces: "No puede ser no puede ser, no puede ser."—Esas cosas es necesario verlas para creerlas."—El eco volvió á decir: "para creerlas, para creerlas, para creerlas."—¿Pero Vds. entienden, señores, que el hombre que no acepta una cartera debe ser enseñado al público á peseta la entrada como un objeto curioso?."—Aquí se me figura que el interlocutor era yo. Toqué la fibra sensible, y entonces todo se volvió patas arriba.—"Nada me parece más natural, dijo uno."—Si para aceptar hoy una cartera se necesita

un valor..... —"Métase Vd. entre esa balumba de expedientes.—Y luego el descrédito..... y la agitación"..... En fin, todos convinimos en que no habia en el mundo papel más ridículo y desairado que el de un ministro.

Desde aquella noche concebí el propósito de trazar el perfil del Sr. Rodriguez. Es un hombre tan franco, tan sencillo, tan amable, que no dudo se alegráran mis lectores de haberle conocido, y hasta llegarán á ofrecerle cordialmente su casa.

Rodriguez ha llegado á ser en nuestra sociedad un personaje aristocrático, pero en el sentido etimológico de la palabra, esto es, uno de los mejores. Es un digno representante de esa aristocracia democrática, si fuera lícito expresarme así, que tiene por únicos blasones, en campo azul—es mi color predilecto, como ya tuve el honor de advertir—virtud y talento. En la vida pública ha sido un caballero sin tacha y sin miedo, un especie de Bayardo político, siempre dispuesto á romper lanzas con toda suerte de iniquidades. Por eso ha merecido que debajo de su efigie, repartida á todos los vientos por la fotografía, se lean sus famosas palabras sobre la esclavitud, las más bellas que nunca se hayan pronunciado en lengua castellana. En la vida privada..... pero yo no tengo derecho á entrar en la vida privada, siquiera sea para dejar consignado que nuestro orador pasa con justicia por un modelo de integridad, de modestia y de laboriosidad. En la vida científica hay de todo y de todo voy á decir, contando con un perdón que humildemente demando, y que noble y generosamente me otorga el Sr. Rodriguez.

La inmovilidad es, á mi entender, la cualidad más hermosa de un carácter. Después de las pirámides de Egipto, lo que más admiro en este mundo son esos hombres que, encastillados en sus principios morales, mantienen el alma intacta en medio de las borrascas de la vida. Nadie puede dudar de mi amor á la solidez. Y, sin embargo, repugno bastante los sábios sólidos. La inmovilidad, que tanto me place en los principios morales, me parece cosa extraña y hasta ridícula, tratándose de escuelas científicas. Flotar á merced de todos los sistemas y señalar exactamente como alta veleta los vientos que reinan en la region de la ciencia, me parece pueril: pero dejar pasar en ráudo vuelo por delante de los ojos las escuelas y los sistemas en actitud indiferente, suponiéndolos á todos descarriados, lo juzgo insensato.

Hé aquí por qué siento que el señor Rodriguez haya arrojado el áncora sobre la escuela económico-individualista y aun esté fondeado tranquilamente en su estrecha bahía. No soy de los que desconocen los altos merecimientos de esta escuela, ni pretendo de ninguna suerte menguarlos. Tengo siempre en la memoria el denuedo con que riñó batallas, combates y escaramuzas contra ese socialismo de baja estofa, que hoy tambien ha encontrado intérpretes en los debates del Ateneo, contra ese socialismo que empieza pidiendo herramientas de trabajo, y concluye negando á Dios. Sé que la debo muchos y buenos oficios. Oh! sí, es mucho lo que debe mi pobre entendimiento á la escuela de los Smith, Say y Bastiat! Cuando ahora cae de nuevo un libro economista en mis

manos, se me figura que recibo la visita de mi buena y anciana nodriza. A ésta la estrecho entre mis brazos, pensando en el amante esmero con que en otro tiempo puso en mis lábios el jugo de la vida. A aquel le tiendo una mirada cariñosa, busco y leo con placer algún capítulo, cuya huella no se haya borrado de mi espíritu, y torno á colocarlo con el mayor cuidado en su estante, recordando que en otro tiempo ha provisto mi carcaj de escolar con firmes y aguzadas saetas.

Conste, pues, que me duele profundamente el ver al señor Rodríguez tan individualista. Sería muy largo el asunto, y no tengo en este instante tiempo ni oportunidad para dar explicaciones sobre este mi metafísico dolor. Día y ocasión llegarán tal vez en que sea más pertinente el hacerlo.

Mas el señor Rodríguez es un individualista que ha puesto siempre su palabra y su pluma al servicio de todas las grandes causas sociales. Con esto y con la afición que de poco acá se le ha despertado al estudio del Derecho, todavía puede esperarse que rectifique y temple algún tanto su espíritu intransigente. De un hombre de talento se puede esperar mucho: pero de un hombre de talento y sincero, debe esperarse todo.

Como no acostumbro á ocultar nada, tampoco quiero ocultar al señor Rodríguez uno de los efectos que me produce. He pensado muchas veces que el señor Rodríguez es el único que entre nuestros políticos conserva pura la tradición progresista. Creo ver en él el único ejemplar que hoy nos queda de aquella insigne raza de hombres fervorosos y resueltos, exagerados quizá en su ódio á las ins-

tituciones del pasado, como en su amor á la libertad, pero firmes y generosos en sus pensamientos y en su conducta. El señor Rodriguez, es, como si dijéramos, el último Abencerraje del progresismo. Si algun dia tienen mis semblanzas el honor de pasar á la categoría de zarzuelas, pido al ilustre compositor que lleve á cabo tan meritoria empresa, no deje de poner á esta por música el himno de Riego.

No rias, mancebo presuntuoso, tú que apellidas cándidos á los hombres del progreso y reservas tus frases más ingeniosas y sarcásticas para el momento en que percibes los acordes del himno de Riego. Recuerda que al son cadencioso de este himno, derramaron tus padres mucha sangre por darte la libertad, que acaso tú no sabrias conquistar. Recuerda que vibró cual música de esperanza en los oidos de muchos moribundos mártires de la libertad y sonó aterrador en los alcázares de los tiranos. Quiero confesarte una debilidad, jóven imberbe. Yo, cuando escucho el himno de Riego, creo oir entre sus notas agudas y enérgicas los gritos triunfales de los héroes que lucharon hasta morir por la madre pátria y por la santa libertad, y derramo lágrimas de gratitud y de alegría. ¡Lloro jóven escéptico, lloro como un cúrsi!

La oratoria del Sr. Rodriguez, es genial y espontánea. No busca ni esquivo el efecto; esto es, no se entretiene en limar esmeradamente los períodos, pero tampoco llega su austeridad científica, y por ello le felicito, á despojarlos torpemente de sus galas cuando acuden ataviados á su lengua. Toda idea, por abstrusa que sea, puede ex-

presarse en un período castizo, sonoro y terso, y no necesita, como algunos suponen, andar á tajos, barbarismos y mandobles con la gramática para darse á luz. Es flúido, sin dejar de ser sencillo, castizo sin pedantería y enérgico sin afectación. Tampoco deja de poseer todo el donaire y gracejo que caben dentro de los límites que le impone la nunca desmentida y tradicional gravedad de su partido. No echemos en olvido que, ante todo, es el progresista, es decir, la imágen perfecta de la aguja imantada que sólo abandona por breves instantes la idea que señala; pero es el progresista que guarda en su pecho, como precioso tesoro de padres á hijos transmitido, toda la fé, todo el aliento y toda la inocencia de aquel memorable partido. No sé quién ha dicho que el partido progresista vivió durante algunos años con una idea y una cebolla. Yo creo que el Sr. Rodriguez seria capaz, hasta de prescindir de la cebolla.

DON EMILIO CASTELAR.

¡Castelar y el P. Sanchez!

No es posible negar que nuestra pátria es incomprendible y caprichosa por extremo. Unas veces se dedica á lo sublime, y sumergiendo su mano en lo profundo, arranca del rizado mar de su poesía una figura como Castelar. Otras se entrega con pasión á lo cómico, y despide de su seno entre muecas, carocas y contorsiones oradores como el P. Sanchez. Castelar y el P. Sanchez son el alfa y la homega de mi humilde trabajo. He salvado como pude el paso que media, segun dicen, entre lo ridículo y lo sublime.

Pero abordar el carácter y la fisonomía oratoria del señor Castelar ofrece un sin número de dificultades. La primera y más principal, en mi concepto, es la falta de perspectiva. La figura de Castelar, como orador, diré, empleando una locucion técnica, que está tallada en colosal, y es de todo punto imposible, sin alejarse un tanto, apreciar con exacti-

tud su valor artístico. Confieso que no puedo darme cuenta cabal del sitio que ocupa en el horizonte del Arte, y entrego por lo tanto esta mi semblanza á la enmienda de los futuros. Otra de las más grandes dificultades que se me ofrecen es el compromiso formal que he contraído al comenzar mi tarea de eliminar por entero el aspecto político del orador para ceñirme exclusivamente á su aspecto académico. ¡Oh! si á mí me fuera dado mirar, siquiera fuese con el rabillo del ojo al Parlamento, ¡con cuánto grande hombre pondría á mis lectores en contacto! Les contaría la vida y milagros de aquel insigne orador que al terminar su discurso se sentó con la mayor dignidad sobre el vaso de agua; y los de aquel otro que tratándose de la langosta pidió la palabra para una alusion personal; sin olvidarme tampoco de aquel que al llegar en su discurso cargado de apóstrofes, epitomemas, perífrasis y concatenaciones á la frase: „pensais tal vez, hombres ilusos, que Napoleon...” la repitió trece veces, y murió con Napoleon en la boca, realizándose en los escaños del Congreso aquel dia un Waterlóo de risa. Pero yo no soy cronista del Parlamento, sino del Ateneo, y es fuerza que guarde en el fondo de mi pupitre las historias que acabo de mencionar y otras muchas no ménos sabrosas y divertidas. De ello me pesa con toda el alma, porque estos señores académicos tan graves y comedidos que no son capaces de romper un plato, ni de sentarse sobre un vaso de agua, me obligan á guardar demasiada ceremonia. Siento que allá, por los laberintos de mi imaginacion, viene, vá y torna un espíritu retozon y travieso que está ganoso de reir á toda costa, y me

empuja fuertemente á ocuparme de otra ralea de oradores ménos sábios, ménos artistas, pero más amenos.

Tambien hoy es necesario que dormite en la más enervante postracion. Se trata de Castelar, del más grande de nuestros oradores, y me veo en la precision de ponerme el frac y adoptar un continente grave y respetuoso. Castelar, como orador, no pertenece solamente al Ateneo, pertenece á España, pertenece al mundo, pertenece á la libertad. La tiranía ha tenido á su servicio grandes filósofos, juristas y hasta poetas, jamás ha tenido un grande orador. Ciceron, Demóstenes, Mirabeau, Oconell y Castelar son hijos de la libertad. Es que el filósofo, el jurista y hasta el poeta mandan sus cuartillas corregidas á la imprenta, mientras el orador lanza su alma toda entera, sin tachas ni raspaduras, por la boca y por los ojos á la muchedumbre. La muchedumbre, que no es capaz de percibir toda la perfidia que puede esconderse entre los renglones de un libro, ve con admirable instinto la que se oculta bajo los ojos de un hombre, y sabe matar con el desprecio al que la engaña.

Castelar en la ciencia, en el arte y en la vida, representa un pensamiento amable, pero inverosímil y extraño para nuestra deforme sociedad. Este amable pensamiento se llama en la ciencia panteísmo, en el arte realismo y en la vida armonía.

Diez y nueve siglos hace que el espíritu, por un acto de energía sobrehumana, redujo á la impotencia las exajeradas pretensiones de la carne, y desde entonces mostróse el vencedor á tal punto

soberbio, que negó con desprecio toda intervencion en sus olímpicas decisiones á las influencias de la naturaleza. Durante toda la Edad Media se escuchan los lamentos desgarradores de aquella víctima propiciatoria del ascetismo cristiano. La edad presente ha tendido una mirada compasiva á esta sierva de la gleba del espíritu. ¡Cuánto tiempo habrá de trascurrir, no obstante, antes que el espíritu nos convenza de la sinrazones del espíritu!

Castelar es un campeón de la causa de la naturaleza. Es panteísta en el gran sentido de la palabra, en un sentido fundamental. Esto ha hecho pensar á muchos que el famoso orador es hegeliano. No puedo creerlo. No es Hegel el que ha hecho panteísta á Castelar, sino que, siendo el panteísmo inherente y virtual en su modo de sér, ha permitido que la filosofía hegeliana influyera poderosamente en su espíritu. Pero Castelar no es el panteísta especulativo que procede con rigurosa dialéctica para encerrar el pensamiento en un sistema, no; es el poeta, es el enamorado de las formas vivas que percibe con la claridad de un iluminado el lazo invisible que existe entre los dos aspectos, bajo los cuales el universo siempre idéntico y el mismo se ofrece al espíritu y á los sentidos. La filosofía de Castelar no permanece inmóvil y como cristalizada en el abstracto recinto de una fórmula matemática ó dialéctica, es una filosofía que arranca del fondo mismo de su naturaleza, es una filosofía puramente individual.

Esto significa que nuestro orador no siente la imperiosa necesidad de dar á la vida soluciones concretas, que es á la postre de todo lo que hace

brotar los sistemas; la vida le parece demasiado rica, demasiado vária para someterla al imperio de una fórmula inflexible y abstracta. Sin embargo, busca con ánsia la generalizacion, la síntesis que son leyes del espíritu, huyendo de un particularismo estrecho y falta de perspectiva con el que no podría acomodarse jamás su elevado pensamiento.

Esta filosofía individual no puede menos de engendrar una religion excesivamente flexible y humana. La inmortalidad se ofrece á su inteligencia como una trasformacion incesante, como un progreso sin fin, en el cual el espíritu jamás llega á agotar todas las formas de la vida infinita. Esta religion tiene su catecismo en el gozoso panorama de la naturaleza. En todas las páginas de este catecismo se encuentra grabado el excelso nombre de Dios. Mas el Dios de Castelar (digámoslo muy quedo á fin de que no se entere el cura de mi pueblo con quien he reñido largas peleas sobre este asunto) no es el Dios crucificado, no es el Dios transido de dolor, sino el Dios en quien se expresa todo lo que vive y siente, que incesantemente se transforma, que incesantemente se modifica, que muere en la naturaleza para renacer en el espíritu, y se ofrece, total y absoluto en una evolucion infinita. El buen párroco tenia razon; Castelar es un hereje. Pero yo tambien la tenia; Castelar no es un hereje.

El arte es una de las formas que ese Dios afecta al bajar sobre la tierra, y nuestro orador le rinde un culto apasionado. Si he dicho que Castelar era realista, entiéndase que no es el realismo efímero

de los tiempos presentes el que le cautiva, sino el realismo que parte de la célebre fórmula de la lógica hegeliana, toda idea es realidad, toda realidad es idea. La idea realizándose bajo forma sensible, ese es el arte, y artista el que siente palpitar la idea bajo la forma. También aquí percibo claramente toda la razón de mi párroco. Castelar siente que bajo las curvas elegantes de la Vénus de Médicis se entraña una idea. El piadoso ministro de Cristo opina que se esconde una infamia. ¡Cómo armoniza pareceres tan contrarios? ¡Allí dónde el uno juzga que se le muestra el infinito, el otro no vé más que los torpes desahogos de un cincel liviano!

No obstante, aunque Castelar representa en la esfera del arte la apoteosis de la forma, no se le puede acusar de haber alentado con su ejemplo ese cúmulo de producciones frívolas, donde la miseria del fondo aspira á velarse por los artificios de la forma. El fondo y la forma en el arte no se distinguen perfectamente como á primera vista parece, sino que mantienen tan estrecho enlace, que es imposible separarlos en la obra bella. ¿Quién sería capaz de distinguir el fondo y la forma en un cuadro de Velazquez ó en una melodía de Schubert? Castelar expresa bellamente lo que acude bello á su pensamiento. ¿Será por ventura responsable de que algunos se empeñen en expresar de un modo bello lo que acude feo y desgraciado á su imaginación? Lo que es preciso buscar en el arte, y lo que nuestro orador alcanzó en grado superlativo, es la espontaneidad individual disciplinada y corregida por la regla, que debe presidir á toda

concepcion artística para comunicarla las proporciones convenientes.

Pero se le censura, á mi juicio, con señalada injusticia por el empleo, segun se dice abusivo, de las formas artísticas. Es opinion demasiado extendida que Castelar sacrifica la precision y el rigor, que son los atributos de la exposicion científica, en aras de la fantasía, la cual quebranta y destruye con sus imágenes el encadenamiento lógico y necesario con que el entendimiento enlaza los juicios á los juicios, y las consecuencias á las consecuencias. Veamos lo que hay de fundado en esta censura. Indudablemente el empleo de las formas artísticas en el discurso tiene un límite, y no hay estético que no se apresure á señalárselo. Pero este límite todos convienen que está determinado, de un lado por la naturaleza del discurso y de otro por la naturaleza de lo bello. La belleza de la expresion contribuye poderosamente á llevar el convencimiento al ánimo del auditorio, mas segun que el discurso se proponga demostrar lógica y razonadamente una idea ó sólo infundir el amor á esta idea ó hacerla triunfar en el ánimo del auditorio, así se habrá de restringir ó extender el uso de la forma artística. A este propósito, dice el gran Schiller: "Existen dos clases de conocimientos: un conocimiento *científico* que está basado sobre nociones precisas, sobre principios reconocidos; y un conocimiento *popular* que no se funda más que en sentimientos más ó menos desenvueltos. Lo que es ventajoso para el segundo es con frecuencia contrario al primero." Ahora bien: no debemos echar en olvido que Castelar es el tri-

buno, no es el disertante, es el apóstol de la libertad y la libertad es una verdad *popular*. No hay duda que fué necesario demostrarla científicamente, pero esta es la obra de la filosofía moderna, á partir de Kant. Castelar concibió la titánica empresa de hacerla amable en este país, cuyo sentido político hubieran pervertido largos siglos de tiranía y fanatismo. Es el fundador de la democracia en España, es el propagador de una idea esencialmente popular y nunca se vió que las ideas populares fuesen difundidas por maestros y pedagogos, sino por poetas y oradores. El profesor buscá en su discurso un resultado futuro, el desarrollo intelectual de su discípulo mediante la adquisicion de ideas perfectamente deducidas y probadas; el orador popular aspira á un resultado inmediato y para esto es indispensable que trabaje sobre la imaginacion de sus oyentes, individualizando, haciendo sensibles las ideas. De aquí nace ese estilo animado, lleno de vida y colorido con que los escritores y oradores populares como Castelar difunden sus conceptos, el cual representa una transaccion feliz y armónica entre el entendimiento que busca sobre todo el encadenamiento, la continuidad, y la imaginacion que aspira á tocar y sentir la realidad y el calor de las ideas. Castelar, por el esfuerzo de su naturaleza armoniosa y comprensiva, junta y agrega lo que la abstraccion habia separado, y en vista de las facultades espirituales y de las facultades sensibles del hombre se dirige á él todo entero y lo atrae por ese encanto irresistible que producen cuando se encuentran reunidos lo verdadero y lo bello.

En la vida Castelar tampoco representa un fragmento, sino toda la humanidad. La moderacion y la actividad que se observa en su conducta es un signo de fuerza. Sólo los débiles son obstinados é impacientes. Contempla la vida con mirada serena y recoje en conjunto todos sus elementos sin predominio ni monstruosidades, porque es un espíritu equilibrado. Se ajusta fácilmente al medio y á las condiciones de su existencia, pero las modifica mediante la influencia de su génio. Castelar entiende que la vida es un arte y no una fiebre, que la continuidad moderada de la accion vale mucho más que una agitacion estéril y morbosa: por eso no opone diques inútiles á las corrientes de las ideas, sino que busca el medio de encauzarla para que lo conduzca al resultado que se propone.

Hay muchos hombres que aun cuando fabricados de barro como todos los demás, aspiran á tener la consistencia de los peñascos ó creen cumplir con su conciencia, ofreciéndose inermes al torrente devastador de las preocupaciones, como aquellos indios que se arrojan voluntariamente entre las ruedas del carro triunfal de sus ídolos para ser aplastados. Estos hombres merecen respeto por la pureza de los motivos que los impulsan; pero es necesario convenir en que no deben ser hombres de accion en ninguna causa, porque léjos de contribuir á su triunfo, lo retardan considerablemente. Tienen un puesto señalado en las esferas de la pura teoría, porque son impotentes para discurrir por los laberintos de la realidad. La vida es una continúa transaccion entre lo ideal y lo real, y aquel que no sabe transigir no debe acudir á ella.

Castelar tiene un fin que llenar en nuestra patria y lo persigue con un celo y al propio tiempo con un sosiego que me traen á la memoria aquellos hermosos y profundos versos de Goethe: „Como la estrella, sin prisa, pero sin tregua que cada uno se mueva dentro de su propia naturaleza.“ No puede petrificarse en la defensa obstinada de una sola verdad porque pertenece á su obra y su obra es grande y comprende muchas verdades. No puede retraerse de la lucha porque el retraimiento enerva y enmohece la inteligencia. Todavía en estos tiempos en que la vida política arrastra una existencia precaria, cuando se ha hecho un silencio mortal en todos los locutorios de la opinion, cuando no se escucha el crugir de una pluma sobre el papel, cuando no se mueve una hoja en los árboles ni una lengua en la tribuna, sólo el gran orador es capaz de sostener la contienda, porque él solo habla un lenguaje que no es el de las parcialidades políticas, un lenguaje que no lastima á nadie y que á todos seduce.

Una vez preguntaron á Sieyes: ¡Qué habeis hecho durante el Terror? ¡Qué es lo que he hecho! He vivido. Y habia hecho bastante. Cuando rodando los tiempos le pregunten á Castelar: ¡Qué habeis hecho durante el período del *Silencio*! ¡Qué es lo que he hecho! podrá contestar, he hablado. Y aquellos hombres casi no podrán creerlo.

II

Los que voy á transcribir son datos suministrados por un espíritu, ó si se quiere trasgo con quien suelo celebrar conferencias de importancia suma. Es un trasgo verídico, al ménos por tal le tengo, pero se ha dedicado últimamente con harta asiduidad para lo que corresponde á un duende de su significacion, á las lecturas de Hoffman Poe, Fernandez y Gonzalez y otros escritores no ménos alcohólicos, y me temo un poco que su cabeza, como la del ilustre hidalgo manchego, no rija de un modo cabal. Ustedes decidirán despues de haberle escuchado, si conserva un pizca de juicio ó si será preciso oírle como quien oye... á Perier.

No hace muchas horas vino á mí con aire de afectado misterio, y me dijo: "¿Estás escribiendo la semblanza de Castelar, no es verdad?" Sí. "Pues yo, que he vivido con todas las generaciones y en todos los países, te puedo comunicar datos interesantes para tu trabajo.—Vengan esos datos,—repuse. Y entonces el fantasma comenzó

á silbar con sigilo en mi oído este inverosímil y descabellado relato:

"¡Castelar! Castelar tiene una historia mucho más larga de lo que tú te figuras. Vosotros sabéis admirar y aplaudir á los grandes espíritus, pero rara vez os deteneis á estudiar su procedencia ó filiación histórica, ni las fuerzas ideales anteriores que han concurrido á su generación. Vosotros los humanos...—aquí el fantasma se despachó á su sabor contra nuestra raza, y hago gracia á los lectores de su filípica, que no les habria de complacer gran cosa."

"Castelar,—prosiguió el espíritu,—es el perfumado regalo que el viejo Oriente envía al Occidente. Salió de la cabeza de Brama cierta noche, en que las estrellas, con un dulce titular llamaban el pensamiento hácia lo infinito, cuando las oscuras ondas del sagrado Ganjes relataban muy quedo á la flor del lotus, que se inclinaba sobre su corriente los misterios inescrutables de la muerte, cuando el piadoso anacoreta postrado en tierra, murmuraba tembloroso su enigmática oración, cuando el ruiseñor turbaba sólo el silencio augusto de la naturaleza con su grito de amor y de esperanza.

"El dios luminoso que le diera el sér, envióle como fiel mensajero de su abdicación cerca de su hermano Zeus, y éste le prodigó mil agasajos, haciendo brillar su Olimpo con todo el esplendor de sus encantos perdurables. Todo cuanto una imaginación sobrehumana puede apetecer de dulce y halagüeño, derramólo el monarca de los dioses en su feliz morada para honrar al venturoso em-

bajador. Hasta se pensó en celebrar corridas de toros, pero el dios Apolo, con su séquito de musas, declaró rotundamente que en este caso, no tomaría parte en las fiestas, y fué abandonado el proyecto. Aquella série sin trégua de placeres y delicias, comenzó á cansar á vuestro orador, comenzó á aburrirle la conversacion del dios Júpiter, que no le dejaba ni á sol ni á sombra, y llegó á empalearle la ambrosía. Así, que un dia, tomando de aquel la régia vénia, descendió por los suaves declives del Olimpo á las llanuras del Atica, y bajo los plátanos del Agora, comenzó á arengar á la multitud de libres cuantos ociosos ciudadanos que allí rendian á la sombra culto á la libertad y al arte.

„Despues le ví multitud de veces, ya en el taller de Fídias, ora en los jardines de Academo escuchando atentamente los discursos de Platon, ora tambien en los misterios de Eleusis dedicado á interpretar los ruidos de las hojas del árbol sagrado al ser heridas por el viento. Parecia feliz y no me preocupé más de él.

„Mucho tiempo despues le volví á encontrar en Roma, cuando ésta, fatigada por las discordias civiles, plegaba sus brazos y bajaba su orgullosa frente ante la majestad de Octavio Augusto. Fué en una sesion del Senado. Se hallaba éste reunido en la Curia Hostilia sobre el Foro. Una docena de lictores que á la puerta vigilaban, anunció la llegada del cónsul Josefo que debia presidir la Asamblea. Antes de penetrar en el templo detúvose en el peristilo para consultar los auspicios, siguiendo la antigua práctica. Parecióme, sin em-

bargo, que al observar las entrañas de la víctima inmолada, se dibujaba en su rostro angular y glacial una sonrisa ambigua y poco ortodoxa. Los sacerdotes declararon que los padres de la patria podian deliberar, y el cónsul entró en el recinto seguido de su cortejo. Una vez dentro, se aproximó al altar de Jano (el de las dos caras) y ofrecióle incienso y vino. Despues fué á sentarse en su silla, y como la sesion aún no se habia abierto, muchos senadores rodearon al cónsul departiendo entre sí con grande animacion. Pude notar que aún cuando todos dirigian un diluvio de preguntas al presidente, éste apenas desplegaba los labios, limitándose á sonreir de aquella manera equívoca que ya antes me llamara la atencion y á sacar de su sportilla algunos caramelos que ofrecia con agrado á los *padres*. Estos revolvíanlos en la boca con no poco regocijo comentando al propio tiempo en detalle todos los matices de la sonrisa que los habia acompañado. Los unos pretendian que aquella era una sonrisa de oposicion, miéntras los otros la juzgaban de todo punto ministerial. Y entre estas y otras azucaradas razones se abrió la sesion. Uno de los ediles del Senado se levantó para leer una proposicion en la cual se elevaba al *príncipe del Senado* Antonio á la categoría de *Eterno*, la cual hubo de agradar tanto á la Asamblea que prorrumpió en calurosas muestras de entusiasmo. En vano fué que Antonio rehusara con fuerza esta pequeña distincion, pues la mayoría en masa, como un sólo empleado, decidió á todo trance votarla. El edil proponente se levantó entonces á dar las gracias al Senado, y suplicó á los

padres se sirviesen decretar que para conmemorar tan fausto acontecimiento se inmolasen en el templo de la Concordia 150 *ilegales*. En este instante el tribuno Emilio pidió la palabra desde su *subsellium* y reconocí en él á Castelar. Pronunció una brillante arenga combatiendo esta sangrienta proposición, y haciendo la defensa de las antiguas formas republicanas tan escarnecidas en aquellos días, por los que volvían su rostro al sol del Imperio, que era el que más calentaba por entónces. Me fué imposible oír por entero su discurso, pues las continuas y ruidosas interrupciones de que era objeto impedían que su voz llegase muchas veces á mi oído.

«No volví á verle en Roma y perdí su pista durante toda la Edad Media. En el siglo xv me dijeron que haciendo unas escavaciones en la ciudad de Agrigento, al levantar la tapa de una urna, maravilloso trabajo del cincel griego, lo encontraron dormido profundamente sobre el manuscrito de las obras de Homero.

«Por último, le ví una vez más en la Universidad central de Madrid. Explicaba la historia del universo en una cátedra de diez piés en cuadro con honores de pasillo. ¡Ay!—exclamé para mis adentros—y cómo echarás de ménos, ilustre heleno, aquellos tapizados jardines del Atica donde tantas veces te he visto conversar con Isócrates y Platon.

En aquel momento el profesor fijó en mí su mirada perdida, y cual si viese mis adentros ó fueran también los suyos, dijo:

—“.....”

.....Al posar, señores, nuestra vista sobre los campos resplandecientes de la Grecia, sobre el Olimpo, ornado de mirtos floridos, de lentiscos, de laureles, en cuyas hojas brillan eternamente gotas de rocío que descomponen la luz en mil varios matices; monte coronado de un cielo siempre etéreo y azul, desde cuya cima se descubren á lo léjos las ondas del mar, que se rizan en blancas espumas, y el Oriente, la cuna del sol, la cuna tambien del paganismo, y al ver aquel templo misterioso convertido en ruinas, sus dioses en mómias, secas las flores que lo cubrian, perdidos sus cánticos sin que de ellos quede ni un eco en los aires, desiertas las rientes playas por donde corrian, coronadas de verbena, sus teorías, sus procesiones, una indefinible tristeza se apodera de nosotros y parece que se despierta en nuestra alma un sentimiento hostil al cristianismo."

III

Héme aquí dispuesto por breves instantes á colgar de aquel lloroso sauce de que en otro tiempo nos hablaba Nuñez de Arce, mis pobres atavíos de literato, para ceñirme á las costillas el sesudo paletó del escritor político. Habia prometido en la primera parte de este estudio no salir de la vida privada, pero como ustedes ven, no fué mas que por el gusto de contradecirme. La contradicción tiene para mí ciertos encantos, sobre todo desde que el cuarto estado de la inteligencia se ha pronunciado de un modo tan decidido contra ella. Las gentes honradas se dedican hoy á cazar contradicciones en los dramas de Echegaray, en las críticas de Valera y en los discursos de Castelar, con el mismo regocijo y solicitud con que tiran á los conejos en el Pardo. No es, por tanto, muy extraño que yo, devoto fervoroso de la moda, y ompa con estas prácticas burguesas, y encaje una contradicción en mi discurso con el mismo desenfado que un elegante de Madrid se pone un rizo en medio de la frente.

Esto dicho, me contradigo y sigo. Viniendo de mecerme con todas las sonrisas y cefirillos del arte, no puedo menos de deplorar el tener que vagar ahora entre humeantes escombros. Y si se tiene en cuenta que no ha de faltar quien desde estos escombros me arroje algun ladrillo á la cabeza, mi conducta debe aparecer heróica. Sin embargo, rechazo toda admiracion. Elegí de mi grado el papel de barquero, porque es mi deseo cantar en ramplona prosa unas cuantas verdades. Sé que con mi canto ahuyentaré de mi lado á muchos de mis amigos; pero, ¿qué me importa? ¡Es tan dulce quedar solo escuchando el aplauso de la propia conciencia!

La política no es el fuerte de los españoles. Hé aquí el primer recitado de mi barcarola. La política vale tanto en romance científico como "lo posible" y los españoles aman con pasion lo imposible. De esto se deduce que implantar en España cualquier teoría, significa lo mismo que traerla por los cabellos y pasearla por todo el ámbito de la Península, contra la voluntad de Dios y de los hombres. Y hay que convenir en que nosotros hemos forzado á pasear muchas teorías sin lograr jamás domiciliarlas. Pero de estas teorías indudablemente la más fea y desgraciada es esa libertad, abstracta, incondicional, casi infinita, que cierto partido demócrata há tratado de hacer compatible con un poder tradicional. Aun suponiendo que esta abigarrada amalgama,—no es poco suponer,—fuese una verdadera armonía, ¿es posible, y si fuera posible, es conveniente para los intereses democráticos el arrojar á la deidad á quien rendimos culto, inde-

fensa y desnuda en una nación donde cuenta tantos y tan poderosos enemigos? ¿No es exponerla torpemente á una muerte prematura? Cierro mis lábios y dejo que por mí contesten los hechos de que todos hemos sido unos regocijados y otros tristes espectadores.

Otro elemento que pondrá siempre en peligro de muerte la libertad en España, es el socialismo popular que algunos alientan en las épocas críticas para que la borrasca los conduzca velozmente al poder. Hay muchos todavía que esperan vestirse de frac con los harapos del pobre. Este socialismo inconveniente y perturbador es nuestro enemigo nato, es la polilla que roe nuestros huesos: debemos luchar con él.

La democracia no puede tener en el día otro ideal que un gobierno apercebido siempre á defender la libertad contra las agresiones de propios y extraños, á reprimir los desafueros de todo elemento perturbador sea cual fuere. ¿Pero no vale más, me dirá alguno, un poder tradicional suavizado por el uso prudente de las libertades modernas que este gobierno fortísimo y temeroso? No, porque el poder tradicional tiene por genuinos aliados la Iglesia, la nobleza y todos los demás elementos tradicionales; tiene forzosamente sus ojos puestos en el pasado, mientras el gobierno que yo solicito, por robusto que él sea, los tiene fijos en el porvenir. Nos ofrece el sufragio universal como base del organismo político una completa y absoluta libertad religiosa, sin la cual no hay ni puede haber progreso en ninguna sociedad, completa también y absoluta libertad científica y de aso-

ciacion. Con estas solas libertades, aunque las demás sufran alguna forzosa limitacion, ningun país puede marchar hácia la tiranía, sino hácia una libertad cada vez mayor.

Todo el que se halle conforme con las breves precedentes observaciones, que con el mayor gusto ampliaria si no atendiese á más de una consideracion, habrá de convenir tambien en que no es sólo Castelar un *retórico*, sino un político. Bien que sea verdad que el prototipo del político sea muy otro en nuestra pátria que el que Castelar representa, no es ménos verdad que éste haya dado pruebas de estadista elevado y resuelto.

El político en España principia dirigiendo con feliz éxito unas elecciones en calidad de secretario del ayuntamiento, despues las dirige y las gana como gobernador, y más tarde como ministro tambien las dirige y tambien las gana. De lo cual se deduce que aquí el mejor político es el que mejor *hace* unas elecciones.

Pero aún hay en España otra especie de políticos de más estupenda y peregrina invencion, el cual aspira nada ménos que á regir los destinos públicos con la misma severa inflexibilidad que un moralista gobierna su conciencia. Para este político de nuevo cuño nada hay en la vida social que discrepe de la individual, ningun valor tienen las circunstancias del momento ni le aterran por ningun concepto los conflictos que pueden nacer de su obstinacion. Es preciso marchar en línea recta hácia la verdad concebida, sacrificando, si es forzoso, á la pátria en holocausto de esta remota verdad.

Este puede recibir con ménos razon aun que el anterior, el título de político. La política tiene un resorte que á cada instante es preciso tocar y los hombres de esta clase, ignoran dónde se halla el boton que lo mueve. Gobernar es transigir. Figuráos que este hombre de Estado y el que tiene el honor de ocupar vuestra atencion con estos renglones (que no es más que hombre de su casa), se ponen en camino á un mismo tiempo para Pekin, y que nuestro político se empeña, contra todas las advertencias y observaciones de otros viajeros que han hecho la misma ruta anteriormente, en marchar hácia Pekin en línea recta, salvando bosques, rios, cordilleras y escalando la muralla que rodea una gran parte del Celeste Imperio. Y que, por el contrario, este humilde servidor de ustedes comienza su peregrinacion trazando enormes curvas, sorteando bosques, rios, cordilleras y buscando con el mayor sosiego las brechas de la famosa muralla. ¿Cuál de entrambos calculan ustedes que llegará el primero á la capital de la China?

Pero este político suele acusar á los peregrinos que no le acompañan en su peligroso viaje, de falta de ideales. Ustedes ven ahora con cuánta sinrazon, puesto que los dos marchamos hácia Pekin.

Incurriria Castelar en una lamentable contradiccion consigo mismo si rechazase de la vida pública, esta que es la condicion esencial de toda vida, la armonía; si al tenor de otros ménos avisados correligionarios se mostrase intransigente. Para mí el decirse intransigente, no significa incluirse en ninguna de las grandes corrientes que cruzan el campo de la política, es confesarse enfermo. La

intransigencia es una enfermedad del pensamiento, no es un partido político ni mucho ménos una escuela científica. El que se haya asomado siquiera una vez á los balcones de la ciencia para ojear sus vastos dominios, sabe muy bien que la verdad y el error no marchan por ellos sueltos y definidos, sino confundidos y revueltos, y que es gran insensatez aceptar cualquier teoría sin reserva, como rechazar cualquier otra por entero. Pues si en la ciencia que es de suyo más sólida que la política no puede decirse de ninguna teoría que se halla desprovista *absolutamente* de verdad, ¿con cuánto más error condenaremos á perpétuo ostracismo en la vida del Estado, las opiniones y los intereses de una gran parte del país y los dejaremos sin ninguna satisfaccion?

Ni llamo yo político, ni nadie puede llamar con justicia, al que presume de infalible en medio de tan complejas relaciones y pretende una absoluta firmeza sobre un suelo tan falso y movedizo. Paréceme aún más digno de aquel título el que equivocándose confiesa ingénuamente su error y promete la enmienda, el que viendo los intereses de la pátria en flagrante contradicción con sus opiniones las sacrifica gustoso, el que en épocas críticas sabe adoptar una resolución salvadora, el que sabe organizar lo desorganizado, y avenir lo que anda desavenido.

Castelar no es un político *geómetra* como apellidaba Talleyrand á los que buscan la exactitud en el arte del gobierno; pero en el corto espacio de tiempo en que rigió los destinos públicos, y sobre todo en la firme y resuelta actitud que adoptó

despues, ha mostrado claramente que posee la primera de las cualidades que debe exigirse á todo estadista, esto es, un oido muy delicado para percibir las múltiples y sentidas reclamaciones de la opinion.

El párroco de mi pueblo, que es un terrible cazador de perdices y de ideas, y así que pone alguna bajo el cañon de su escopeta no se le escapa aunque en ello se empeñen todos los diablos y filósofos del infierno, profesa la opinion de que el político debe ser un hombre *muy largo*, cuanto más largo mejor, estrecho por consiguiente, es decir, que jamás se le vengán mientes de imaginar conceptos generales, ideas comprensivas, planes humanitarios ni ninguna de esas cosas que el pastor de sus ganados llama, estirando un poco el cuello, *pataratadas*. Las opiniones de la Iglesia han pesado siempre bastante en mi ánimo; así que muy formalmente traté de persuadirme de que toda la filosofía de la historia era una verdadera *pataratada*, pero ¡ay de mí! no logré convencerme. Y sigo pensando, aún cuando en ello comprometa gravemente la salvacion de mi alma, en la lógica histórica, en el progreso y en el poder de la razon humana. Tambien creo y confieso, para mengua de mis intereses espirituales, que el político no debe ser como el tonsurado cazador enseña, un hombre *largo*, sino más bien un hombre *ancho* ó que tenga las ideas ámplias y posea las dotes necesarias para llevarlas á la vida. El estado de postracion y de miseria á que ha llegado nuestra política nos hace considerar como hombres de Estado á los que no son más que hombres de intriga, y cuando un

político sano como Castelar aparece en la arena, con ideales firmes y probados, con la suficiente habilidad, prudencia y resolución para llevarlos á la práctica, los unos por lo que tiene de ideal le llaman ideólogo, los otros por lo que tiene de práctico le llaman reaccionario. Bien se le alcanza á Castelar que hoy se ha hecho la soledad en torno suyo, por que no quiere alentar con su palabra ni con su actitud ilusiones quiméricas ni bastardas ambiciones; pero lo que tal vez no sabe es lo que ha tenido á bien comunicarme mi trasgo familiar (el cual, dicho sea de paso, mantuvo en otro tiempo relaciones muy íntimas con Tertuliano) y es, que si hoy somos pocos, tal vez no tardemos mucho en poblar las ciudades y en llenar las imprentas y las tribunas. Así sea.

IV

Cuando una idea baja de la *region de las madres* á tomar carne en un hombre, agota con habilidad que maravilla, sin distraer uno sólo, todos los recursos que nuestra naturaleza finita la ofrece para mostrarse admirable; y aparece el génio. Castelar ha encarnado en los tiempos presentes la idea de la elocuencia. El que desee ver claramente las pruebas de esta verdad no tiene más que examinar con cuidado su vida y sus escritos, y podrá observar con cuánta energía se muestra el orador en todos los rasgos del hombre y en todas las páginas del escritor. Leed cualquiera de las obras de Castelar y, sin daros cuenta de ello, vuestros lábios empezarán á moverse, pronunciarán al principio tímidamente aquellos tersos períodos, despues los dirán con énfasis, y al cabo de algun tiempo, si algo no os saca de vuestra distraccion, estareis declamando en alta voz. Es que por todas las páginas del libro corre y centellea la idea de la elocuencia; es que Castelar es siempre un orador.

¿Y qué es un orador? Otra vez escucho la voz de mi venerable párroco, que formula una definición tan breve cuanto sustanciosa. No oso transcribirla aquí; pero si alguno siente curiosidad por conocerla, diríjase á él en buen hora, que no dejará de repetírsela cuantas veces lo demandare.

Yo no estoy en ésta como en casi ninguna otra cuestión mundana ó extra-mundana, de acuerdo con mi párroco. El orador es para mí el hombre á quien Dios entrega la espada del espíritu, la palabra. Unas veces se sirve de ella para sacar muelas en la plaza pública, y otras para volcar los imperios. Pero esta espada sale alguna vez de las fábricas cerúleas, luciente y afilada como aquella de fuego que, al decir de la Biblia, un ángel esgrimió contra nuestros primeros padres á las puertas del Paraíso, y la Providencia las destina á los seres privilegiados como Castelar. Otras salen melladas y opacas como la que Bernardo usára en otro tiempo, y son las que el Padre Eterno regala á los seres que nacen sin privilegios como Perier.

La palabra de Castelar es una palabra exuberante, briosa, con todo el calor de la juventud. Es una palabra destinada á hacer la luz en el profundo piélago de nuestra política, sublime y aparatosa como la de Moisés, flexible y gubernamental como la de un lord.

Su espíritu recibe todos los días nuevos ensanches como las grandes poblaciones, y la palabra corre con presteza como medio de comunicación á infundir la vida y el movimiento en la nueva ciudad. Es una fuerza que sin cesar acrece, llenándose de todo lo sano que flota en el ambiente que

respira, y su palabra recibe en cada trasformacion un nuevo temple que la hace esclava, bella y sumisa de un pensamiento grande.

Mas esta esclava es una esclava india, no hay que dudarlo, y por más que en ocasiones vista á la europea y siga la moda de París, veo aprisionado en sus ojos el rayo de sol del Mediodía y en sus cabellos negros y sedosos contemplo las sagradas selvas del Indostan.

El *Consultor de los Párrocos*, que es, á mi juicio, el mejor periódico satírico que se publica hoy en España, y este servidor de ustedes, somos los orientalistas más pronunciados que se pasean por las calles de Madrid. La única diferencia que nos separa consiste en que yo me inclino hácia la India, mientras él dirige sus aficiones á los turcos. El docto colega convendrá, pues, conmigo en que la palabra de Castelar es asiática de pura raza, aunque bien se me alcanza que mi colega preferiria oirla expresarse en latin. Siempre es prudente que estas odaliscas se produzcan en una lengua sábia, como los atribulados suscritores que le exponen alguna vez sus dudas.

Castelar trae del Oriente el sentido poético de la naturaleza tan necesario para templar y vigorizar los vuelos harto descompasados del ideal en nuestra Europa. Su estilo es un estilo plástico y poblado de imágenes que giran en caprichosos pasos por delante de vuestros ojos con la sonrisa en los labios y apuntando al porvenir.

¿Nunca sumergísteis vuestra mirada en las profundidades del mar durante una tarde sosegada y dulce del estío, en una de esas tardes en que se

muestra trasparente como una doncella que quisiera abriros su corazon? ¡Cuánto rico tesoro, cuántas espléndidas ciudades olvidadas para siempre en el seno de las aguas os hace ver la inquieta fantasía! Sumergidlas tambien en las profundidades de ese estilo oriental, y alcanzareis á ver los prodigiosos tesoros y las maravillas que puede fabricar la palabra humana.

Es una felicidad para el Sr. Castelar no haber nacido en los tiempos de Neron ó de Calígula, porque su lengua admirable haria nacer indudablemente en aquellos insensatos la infernal idea de cortársela para servir de plato en sus festines.

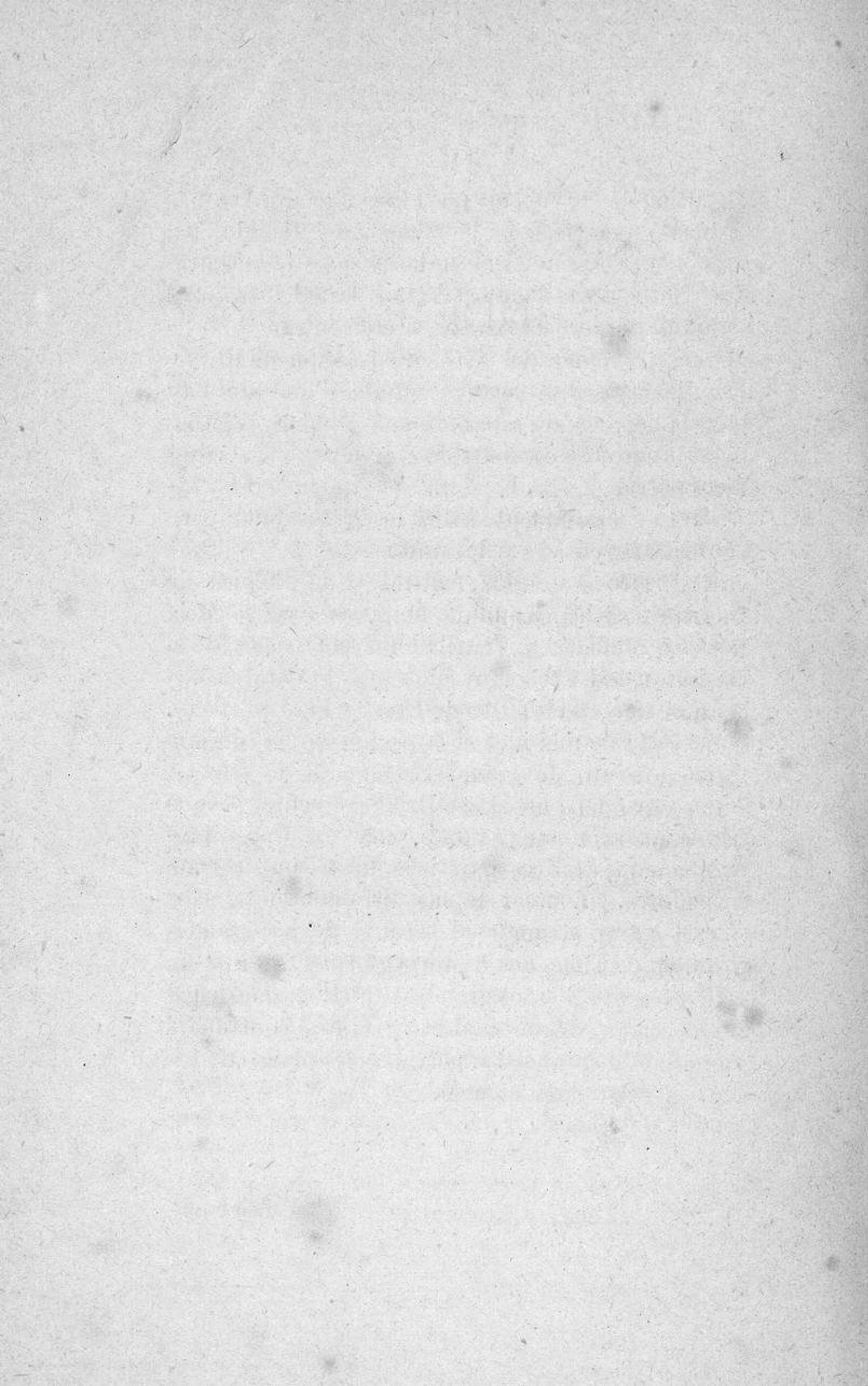
¿Por qué no se mueve ya esta lengua en la cátedra del Ateneo de Madrid? ¿Por ventura teme la competencia de la hoja de Albacete que esgrime el P. Sanchez entre sus carrillos? ¿O le infunde pavor la brocha de polvos de arroz que Perier pasea dulcemente por su boca?

No dejo de comprender que la política es una amiga celosa y exclusiva que con frecuencia nos priva de cualquiera otra inocente distraccion. Tengo presente demás, que usted, D. Emilio, necesita aprovechar todas sus fuerzas para llevar á feliz término la patriótica tarea que ha emprendido: ¿pero se figura usted que en el Ateneo no hacemos política? Vaya si la hacemos y muy flamante y muy seria (1). Si usted pensára en dar una vuelta por aquí, no dejaria de tropezar con algunos jóvenes de corazon sano y de mente vigorosa,

(1) La *Academia de la lengua* no permite que se haga política, pero la haremos á hurtadillas.

discutiendo en voz un poco más que alta las más árduas cuestiones de la ciencia del Estado. ¡Si viera usted que mústios andan y que desencantados! Entusiastas siempre de la libertad, pero aterrados ahora por sus excesos, se encuentran al borde del excepticismo, del cual sólo usted puede librarlos. Es necesario hacerles entender que aun hay para la democracia española una bandera, símbolo de progreso y compatible con la paz y la salud de la pátria, y esta bandera es la que usted ha levantado valerosamente sobre los restos de un partido ensangrentado y delirante.

El Ateneo es un país neutral, es la Bélgica de nuestra política, y aunque no pocas veces se cuele por sus rendijas y ventiladores el *simoun* de la pasión, usted sabe muy bien que los árabes llaman al *simoun* el hálito de Dios, y lo es en efecto. ¿Qué sería de una idea si la pasión no la cobijara bajo su manto de grana? Se moriría de frío. A este centro debe usted acudir nuevamente, porque este centro con sus pasiones, con sus indisciplinas, con sus deslices artísticos, hasta con sus conservadores, y á pesar de sus ultramontanos, sabe matener vivo el amor al estudio de los grandes problemas. Tiene una historia gloriosa, goza de un feliz presente, y si los grandes espíritus como usted no desertan de su modesto recinto, continuará empuñando en nuestra pátria, con aplauso de todos, el cetro de la ciencia.



ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Proemio.....	IX
D. Miguel Sanchez.....	1
D. Segismundo Moret y Pröndergast.....	9
D. Cárlos María Perier.....	17
D. Laureano Figuerola.....	23
D. Juan Valera.....	31
D. José Moreno Nieto.....	41
D. José Carvajal.....	49
D. Luis Vidart.....	57
D. Gumersindo de Azcárate	67
D. Manuel Pedregal.....	73
D. Francisco de Paula Canalejas.....	81
D. Manuel de la Revilla.....	87
D. Francisco Javier Galvete.....	95
D. Gabriel Rodríguez.....	105
D. Emilio Castelar.....	113

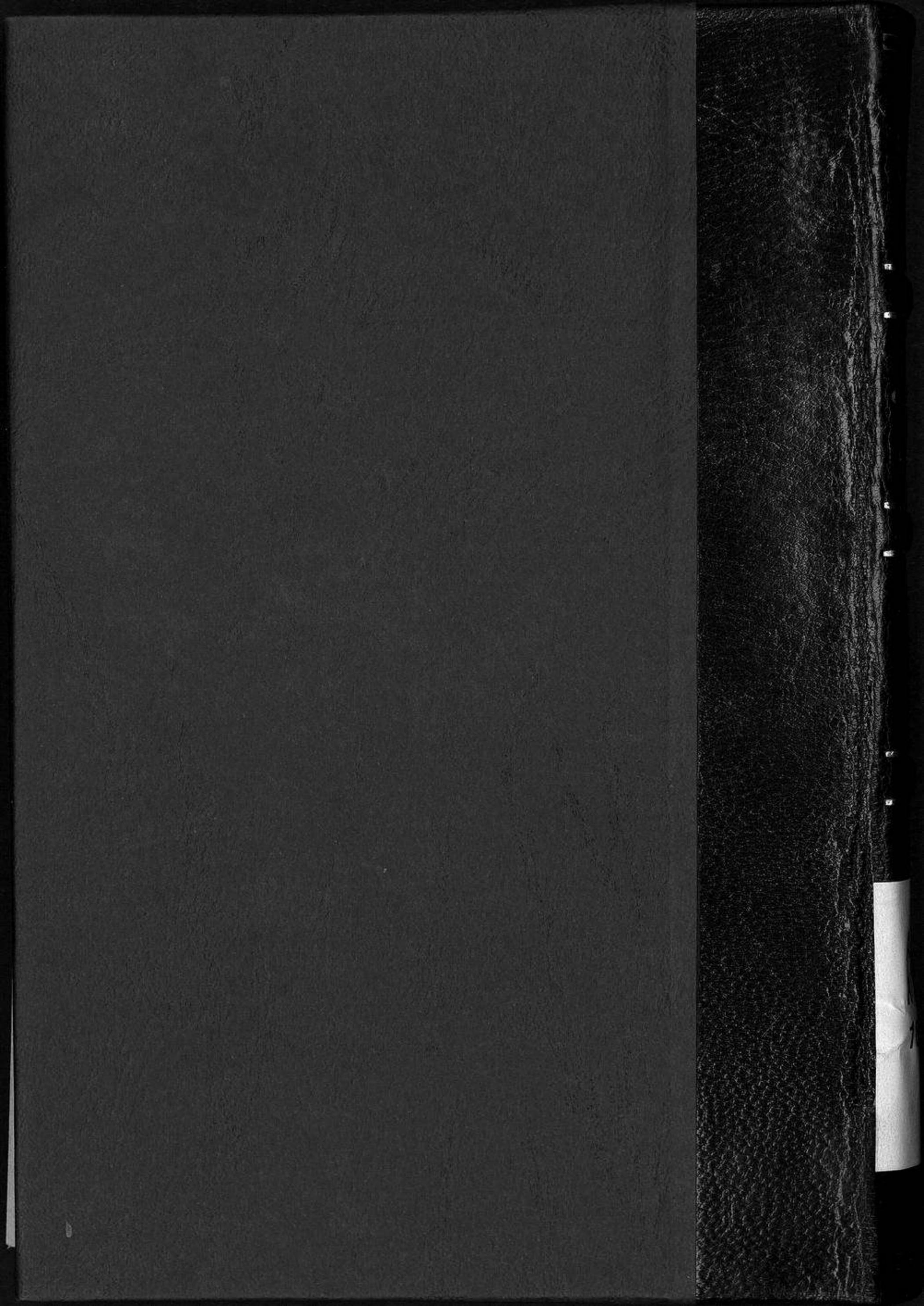
ERRATAS NOTABLES,

<u>Págs.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Léase.</u>
11	oradores	adoradores
26	juntas	justas
33	necesidad	serenidad
78	ternura	tersura
121	predominio	predominios
121	las corrientes	la corriente
131	inconveniente	inconsciente
134	ojear	otear



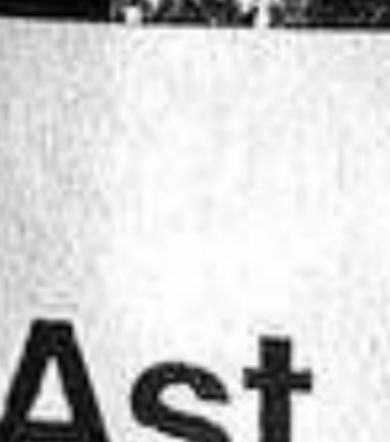
60 E 1^a-

ff. 11.002



Palacio
Valdés

Los
tradores
del
Ateneo



Ast

R

1877